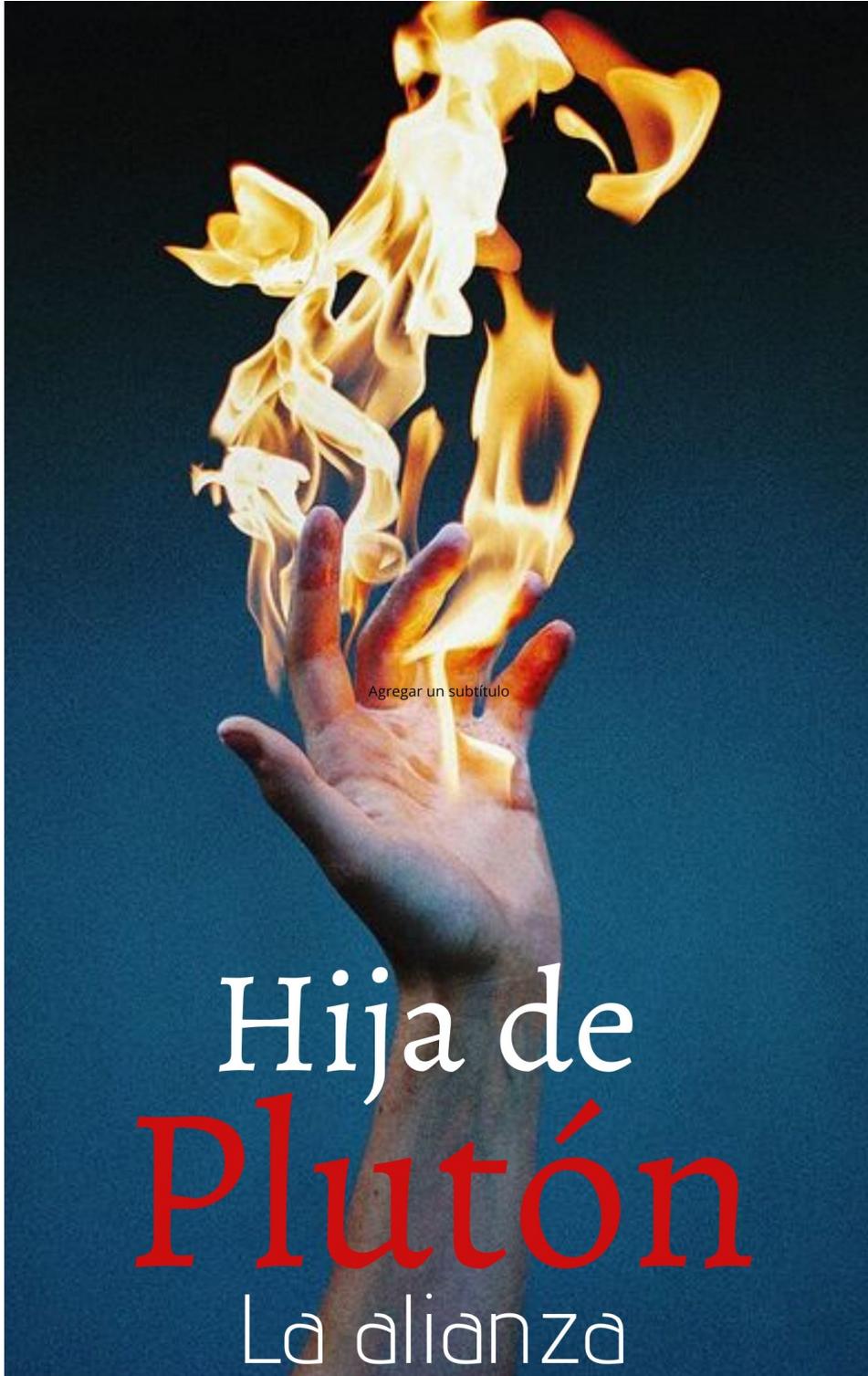


Hija de Plutón

Madison Blair



# Capítulo 1

## **Introducción**

Cuentan las malas lenguas que los hermanos Júpiter, Neptuno y Plutón nunca se llevaron bien, tanto así que son numerosos los mitos en los cuales se cuentan sus habituales disputas. Por ese motivo, no era raro que crearan nuevos artefactos o "seres" que los ayudaran en sus infinitas luchas fraternales.

Plutón puso en práctica lo que él pensaba que sería una original idea: tomó muchos huesos y los unió hasta formar varios esqueletos, luego los vistió de carne, piel y armaduras, también tomó un poco del fuego del Flegetonte y lo convirtió en su sangre. En último lugar, les dio algo muy importante: vida. Les otorgó varias habilidades que los ayudarían en la lucha contra sus hermanos: magia, velocidad y fuerza. Gracias al poder del río de fuego del inframundo, estos seres eran inmunes a este elemento en su totalidad, y con la capacidad de invocarlo y controlarlo en cualquier momento.

Así se creó la estirpe de los Ignis, fuertes guerreros con sed de muerte y destrucción, difíciles de vencer cuando peleaban, pero rebeldes y desobedientes.

Júpiter miró con atención la creación de su hermano, y pensó en imitarlo. Tomó un poco de arcilla y la moldeó hasta que tomara una forma humanoide. Con ayuda de su rayo, le brindó a la figura varias descargas eléctricas, lo cual ayudó a que, poco a poco, fueran tomando forma y vida. A sus creaciones les concedió astucia, inteligencia y el poder de invocar su rayo divino cada vez que lo necesitaran.

Así se nacieron los Fulgur, fríamente calculadores y soberbios, tanto en la vida cotidiana como en batalla.

Neptuno no quería quedarse atrás, así que con la espuma de las olas formó a sus guerreros. El mar corría por sus venas, cosa que los hacía totalmente impredecibles. Podían estar tranquilos, como él lo hacía en un día de poco viento, y de un segundo a otro volverse furiosos e indomables, como cuando este es agitado por las tormentas.

Sus poderosos guerreros tomaron el nombre de Aqua y eran fieles al amor que sentían por la guerra y grandes víctimas del rencor.

Tanto era el miedo que provocaban estos seres que ni siquiera Mors, el Dios de la muerte no violenta, era capaz de tomar sus almas. Esto les dio un poder más a los guerreros: la inmortalidad. Al igual que los hermanos, estas tres estirpes se enemistaron rápidamente y sus numerosas guerras

y disputas aún perduran en nuestros días.

## Capítulo 2

### Capítulo I

Giré rápidamente y me preparé para recibir otro ataque. La estocada vino por la derecha, pero yo la frené al instante, casi sin esfuerzo alguno. Di unos pasos hacia atrás para poder tomar impulso y atacar con más fuerza a mi oponente pero, antes de que tuviera tiempo a reaccionar, una voz ronca susurró a mis espaldas:

—Detente.

La magia funcionó, el hechizo que había utilizado sobre el maniquí, con el cual estaba luchando, se deshizo y la marioneta cayó al piso, quedando inerte. Me di vuelta, dispuesta a protestar. Odiaba que interrumpieran mis entrenamientos.

El hombre estaba parado frente a mí, duro como una piedra e imponente como un gran roble. Su entrecano cabello azabache ondeaba al ritmo del viento y sus fríos ojos grises miraban fijamente los míos.

— ¿Pasa algo, tío?—pregunté intimidada por su severo rostro. El hecho de estar tan serio no era normal en él, comúnmente se caracterizaba por ser una persona alegre.

—Acompáñame.

Acto seguido dio media vuelta y empezó a caminar en dirección a la fortaleza con paso firme y sereno. Lo seguí sin rechistar, pese a la mala espina que me daba toda esa situación, tampoco tenía muchas opciones.

Más temprano que tarde, la fortaleza se alzó ante nuestro campo de visión. El gigantesco edificio, hecho de mármol blanco, reflejaba el brillo del escaso sol de aquella tarde otoñal. Su altura era incalculable y ni siquiera inclinar la cabeza hacia atrás bastaba para verlo en su totalidad. Ese era mi hogar desde antes de tener uso de la razón. Las anécdotas que tuve entre sus interminables pasillos eran tan numerosas que ni una tarde entera alcanzaba para contarlas todas.

Víctor, mi tío, entró en el castillo y se escabulló tan rápido entre sus corredores que por poco le pierdo el paso. No me tomó mucho tiempo reconocer el camino por el cual me guiaba, nos dirigíamos hacia la biblioteca.

— ¿Qué sucede?—pregunté, pero ninguna palabra salió de su boca.

La curiosidad y preocupación me empezaron a invadir en ese punto, era evidente que algo malo pasaba, sino, la seriedad de Víctor no tendría sentido ¿Qué era lo que lo tenía así?

Pero ustedes deben preguntarse ¿Quién era yo? O más bien, ¿Qué era?

Los Ignis éramos una vieja estirpe de guerreros inmortales, llamada "Bellatorum". Nuestros orígenes se remontaban a la época en la que el Imperio Romano aún seguía en pie y teníamos varias costumbres de ellos, pero adaptadas a los nuevos tiempos. Como su nombre lo indica (Ignis, fuego en latín), nosotros teníamos total control e inmunidad sobre aquel elemento, lo utilizábamos para representarnos y como fuente de energía. Nuestra forma de gobierno consistía en el Senado, igual que en el Imperio Romano antes de su primer emperador. Cada año, los Ignis elegíamos a dos cónsules, uno para el departamento de batalla y otro para el de sabiduría, junto con otros administradores para ambos departamentos. La idea de esto era evitar que una sola persona tuviera todo el poder.

De momento, estábamos en época de paz, pero no siempre fue así. Hay otra estirpe de Bellatorum además de la nuestra, llamada Fulgur y nuestra enemistad se remonta al principio de ambas. Eran inmortales, al igual que nosotros, pero su símbolo era el rayo y la corriente eléctrica que este les proporcionaba, su fuente de energía. La guerra más reciente que tuvo a ambos bandos como protagonistas fue en el año 1888, luego de que unos soldados Ignis masacraran por completo a una aldea Fulgur. Todo terminó con la elaboración de un tratado de paz entre ambos bandos que se renovaba cada dos años.

Creo que me fui por las ramas, volvamos a lo otro.

Nos encontrábamos a escasos metros de la biblioteca, suficiente distancia como para escuchar lo que pasaba dentro.

— ¿Otra vez?—preguntaba una voz ronca y molesta que reconocí al instante.

—Me temo que sí, Aitor. Pero Víctor ha tenido una idea, acaba de ir a buscar a Samay para...

— ¿A esa niña? No me hagas reír, por favor. Nunca hace algo útil, no entiendo por qué tendría que hacerlo ahora.

Entramos a la biblioteca con un gran estruendo, haciendo que las personas que había en su interior se sobresaltaran. Aitor me miraba con desprecio a lo cual yo le devolví una mirada cargada con el mismo sentimiento. Me molestaba el comentario que había hecho, pero no me sorprendía viniendo de él. Siempre tuvo la facilidad de ser completamente

desagradable.

Sentado a su derecha se encontraba Vytho, encorvado sobre un viejo grimorio. Su cobrizo cabello estaba alborotado como siempre. Alzó la cabeza para vernos a mi tío y a mí, acción que me permitió notar la preocupación que yacía en sus llameantes ojos rojos. Vytho, al igual que Víctor, era reconocido por su viveza y buen humor. Ese día era la clara excepción de ambos.

— ¿Van a decirme finalmente que sucede?—pregunté impaciente.

Vytho se puso de pie y se acercó a mí, dispuesto a responder a mi pregunta.

—Como no. Verás, el problema reside en las colonias Ignis instaladas en Inglaterra, más precisamente en las ciudades cercanas al Río Támesis, como Oxford y Londres. Hay varios casos de ataques en esa zona. Hace meses mandamos unos cuantos guerreros a inspeccionar el área, esperando que hallaran a él o los culpables de tales ataques. Pero esta mañana hemos recibido una noticia alarmante, esas personas han sido...

—Asesinadas—Aitor completó la frase, las facciones de su rostro mostraban total indiferencia a las vidas que habían sido tomadas, hasta parecía que le daba gracia la situación.

—Por lo que pensamos que—esta vez continuó Víctor—serías genial para esta misión, nuestra mejor guerrera.

Víctor puso una áspera mano en mi hombro. Conocía esa técnica, hacer que me sienta orgullosa de mí misma y de mis capacidades como guerrera para que aceptara.

— ¿Por qué no? Ir a una misión de la que nadie salió con vida, que se basa en que me ataquen y en que muy probablemente también me maten. Suena genial, ¿Dónde firmo?

Retiré la mano de Víctor y crucé los brazos, esperando una mejor oferta.

—Tal y como dijo Víctor, eres nuestra mejor guerrera y lo sabes, por eso confiamos en ti y sabemos que lo lograrás—Vytho vio el ceño fruncido que le dedicaba y puso en práctica la técnica del chantaje—Contarás con una pequeña casa a las afueras de la ciudad equipada con todo lo que puedas llegar a necesitar y más, te daremos una gran cantidad de fondos monetarios para cubrir todas tus necesidades, un auto de último modelo y el escudo de bronce con perlas de fuego incrustadas que viste en el

mercado la vez pasada.

No sé porque, pero sus palabras me convencieron, tal vez haya sido mi estupidez, mi predisposición natural a meterme en problemas o las ganas de conducir un auto 0km. Pregunté cuando empezaba.

—Esta misma tarde—dijo Víctor—Pero hay algo más, dado a que no tuvimos tiempo a pensarte un castigo adecuado por haber dejado abierto el establo...

—Ya dije que lo sentía. Además, pudimos recuperar a todos los caballos, bueno, exceptuando a ese que terminó en el fondo del lago. Pero míralo como selección natural, si fue demasiado estúpido como para hacer eso, no nos hubiera servido para nada en una batalla.

—...Finalmente llegamos a la conclusión de que el mejor castigo sería que, durante tu misión, te hicieses pasar por una adolescente humana, ir al instituto y asumir todas las responsabilidades que eso conlleva.

— ¿Están dementes? Ni siquiera terminé la escuela normal, ¿Cómo quieren que apruebe la escuela humana?

—Sólo será por un tiempo, además, esto ayudará a que recuerdes cerrar los establos la próxima y a ser más responsable—Vytho contestó tratando de disimular la risa, seguro fue a él a quien se le ocurrió todo esto.

—Está bien—dije finalmente de mala gana, bien sabía que no tenía escapatoria.

—Creo que tenemos un trato—Vytho me tendió su mano y no tuve otra que estrechársela.

—Empieza a empacar—me recomendó mi tío— Como dije anteriormente, te irás dentro de pocas horas.

Asentí y me fui de la biblioteca, no sin antes haber escuchado que Aitor decía que era una interesada, que estaba feliz por mi partida, y que estaría más feliz aún si no volvía. Algún día me vengaría de él, estaba segura de ello.

Tras cruzar varios pasillos y subir varias escaleras entré a mi habitación. Una gran sala, con sus paredes pintadas de blanco y varias espadas y escudos colgados en ellas. Una estantería llena de empolvados libros de historia—que nunca leí y nunca lo haré— y grandes y viejos grimorios, repletos de hechizos, conjuros, y demás cosas que les servían a los taumaturgos. Mis habilidades mágicas no estaban del todo desarrolladas, ya que prefería enfocarme en la lucha y no en la brujería. Las espadas y

escudos eran interrumpidos por un gran ventanal adornado con cortinas de seda roja y que daba a un pequeño jardín, con una fuente de fuego cuyos costados estaban repletos rosales gigantescos llenos de las más hermosas flores rojas. Al lado de la pared derecha, estaba mi cama, con su cubrecama color rojo, decorado con pequeños dragones bordados que danzaban por toda la tela escupiendo fuego.

Sin más dilaciones, me dispuse a empacar mis cosas en una valija que alguien había dejado encima de la cama. Lo hice con ayuda de un pequeño hechizo, para no tardar demasiado. Deje la maleta a un lado de la puerta para que la recogieran más tarde y fui a hacer algo sumamente importante.

Me encontraba frente al bosque, a unos escasos kilómetros del edificio central de la fortaleza. Como nos hallábamos en pleno otoño, su piso estaba cubierto por un grueso follaje marchito y las casi calvas copas de los árboles permitían ver un poco más las profundidades de este. Tomé el silbato entre mis labios y soplé con fuerza y solo unos pocos segundos después de que empezara a hacerlo, un grave aullido acompañó el sonido del instrumento. Solo me quedaba esperar.

La hojarasca empezó a crujir llamando mi atención y un gigantesco lobo emergió de lo más hondo de la arboleda. Me agaché, para que no pensara que estaba en posición de ataque, y golpeé el suelo para indicarle que viniera.

Pluviam, o simplemente Pluv, era el lobo de Víctor. Lo encontró hace unos cuantos años cuando aún era un cachorro en una noche de tormenta, cubierto de barro y muy enfermo. Con los cuidados necesarios y mucha paciencia, el pobre animal se recuperó y creció para convertirse en la bestia que era en ese momento. Con casi dos metros y medio de alto, era el lupino más grande que conocía hasta el momento.

— ¿Cómo estás, chico?—le acaricié la cabeza cuando estuvo a mi alcance, gesto el cual tomó como una invitación para que me derribara y se acurrucara sobre mí. Era sofocantemente enternecedor.

Por más que fuera el macho Alpha de su manada, en el fondo aún era un niño. Un niño con proporciones y fuerzas dantescas que me estaba aplastando el pecho.

—Suficiente, vamos, levántate.

Creo que entendió "desparrámate sobre mí, no me importa poder

respirar".

— ¡Arriba!—fui severa al dar esa orden y afortunadamente Pluv la obedeció y se sentó en frente de mí. Hice lo mismo.

—Verás pequeño... No tan pequeño—. Giró la cabeza y alzó su oreja derecha.

Los lupinos, raza de lobos gigantes la cual se creía que descendían de la mismísima "Luperta" del mito de Rómulo y Remo, tenían la facultad de comprender el lenguaje humano.

—Tengo que irme por unos días, me asignaron una misión muy importante, así que quise venir a despedirme de ti.

Presionó su cabeza contra mi hombro.

—Vamos, Pluv—acaricié su lomo para intentar consolarlo—Serán unos días y, además...—Piensa, Sam, piensa— ¡Te comparé un juguete!

Esto pareció reanimarlo, ya que empezó a dar vueltas alegre sobre el césped y a dar saltos por doquier ¿En serio este lobo era macho Alpha y padre de 5 cachorros?

Ahora sólo me faltaba averiguar algo ¿Los humanos venderán juguetes ignífugos para perros tamaño monstruo?

Una vez que terminé de despedirme de Pluviam, caminé hacia la entrada de la fortaleza para buscar a Víctor. Me disponía a entrar cuando escuché carraspear al busto de mármol rojo ubicado al lado de la puerta.

—Hola, Tiberius—Exclamé.

El lar salió hecho una furia de su pequeño monumento y se posó adelante de mí, transparente como un fantasma y con un aura roja a su alrededor.

Tiberius era el lar encargado de la protección de la fortaleza y de que ningún enemigo ingresara en ella. Vestía con la clásica Lorica hamata, una armadura romana, y con un casco de penachos. Sus duros y cálidos ojos rojos resaltaban de todo el hierro que lo cubría.

Aunque a veces parecía difícil de creer, él no siempre fue un espíritu del hogar. En los tiempos de Julio César, él era un valiente y exitoso centurión del ejército romano... O eso decía él.

—Escuché que te marchas, ¿No piensas despedirte de Tiberius?—él

solía hablar de sí mismo en tercera persona.

—Oh, lo siento Tiberius, todo ha sido tan repentino... Solo me he despedido del lobo de Víctor.

—Tranquila querida, él ya está acostumbrado ¡Nadie se preocupa por Tiberius! Aunque Tiberius siempre se preocupa por los demás...

Ya había empezado con su sermón. Siempre se quejaba de la falta de atención que le brindábamos, tal vez si no se la pasara bebiendo, lo tomaríamos más en serio.

—Tiberius, te tengo un regalo—hice un sencillo hechizo, y una fantasmal botella de vino apareció en sus manos. Alimentar su vicio era una técnica que usaba cuando quería que se callase. Nunca fallaba

— ¡Por las barbas de Baco! ¡Vino! Al fin alguien se preocupa por el viejo y olvidado Tiberius. Gracias, querida. Por cierto, Víctor le dijo a Tiberius que te dijera que te esperaba en la meseta de entrenamientos.

— ¡Gracias Tiberius!

Me dirigí a donde me había indicado mientras lo escuchaba destapar la botella de vino y empezar a beber.

La meseta de entrenamientos adquiriría este nombre por ser el lugar en el cual los Ignis más jóvenes comenzaban sus entrenamientos en el hermoso arte de la lucha y donde yo tenía el placer de instruirlos. No es por presumir, pero era la mejor profesora de lucha que había habido en la fortaleza, o al menos eso es lo que me gustaba creer.

El pasto seco de la nombrada y las armas momentáneamente inutilizadas le daban un aspecto lúgubre, olvidado.

Víctor me esperaba, con una calma inquebrantable, un rasgo de lo más extraño en él. Calculo que el hecho de que haya aceptado la misión lo tranquilizaba un poco. Mi maleta estaba al lado de sus piernas.

— ¿Lista para irte?

—Así es.

Vi por última vez la fortaleza, la cual se alzaba lejana y rodeada de deshojados árboles y arbustos.

En un abrir y cerrar de ojos, Víctor ya había creado un portal. Una gigantesca columna de fuego se extendía frente a nosotros e iluminaba la meseta, la cual había empezado a oscurecerse gradualmente gracias al

avance de la noche.

—Las damas primero—hizo un gesto para que atravesara la pira.

—Entonces pasa tú—dije bromeando.

Me agarró de la nuca algo enojado y me empujó para que pasara de una vez.

Terminé al frente de una pequeña casa. Sus paredes eran de madera y el techo estaba cubierto de tejas rojas. Su fachada estaba decorada con bellísimas rosas blancas, cuyo aroma era potente. Sus alrededores estaban llenos de robles, con sus copas de escasas hojas moviéndose junto al viento, en un sutil baile otoñal.

Víctor apareció a mi lado y el portal comenzó a achicarse hasta extinguirse.

—Varios de tus vecinos son Ignis, así que no te preocupes tanto por guardar las apariencias. —Dijo mientras tendía su mano, en la cual portaba una llave dorada. La llave de la casa—Haz los honores.

La tomé sin decir palabra alguna y me aproximé a la puerta de mi futuro hogar. Puse la llave dentro de la cerradura y la hice girar. Como resultado, la puerta se abrió, invitándome a entrar, curiosar e inspeccionar cada rincón de la casa.

La primera habitación que vi apenas crucé la entrada fue la sala de estar.

Sus paredes eran de un hermoso y vívido tono verde, que al mismo tiempo estaban decoradas por cuadros pintados a mano y retratos. El olor a jazmín era intenso, ya que la sala estaba adornada con esas flores. En el centro, había un sillón blanquísimo y un televisor con demás aparatos tecnológicos de los cuales no tenía ni idea de su función.

—No debieron molestarse en tantas cosas como estas—señalé el televisor y los demás instrumentos—Estoy casi segura de que no los usaré.

—Pero tal vez lo hagas, uno nunca sabe. Vamos, te enseñaré la cocina.

Dicha habitación se conectaba con la sala gracias a un pasillo y era simplemente gigante. Sus paredes estaban llenas de azulejos blancos. Había cientos de encimeras y armarios en la pared. El horno era bastante grande y de color plateado con negro. El refrigerador, ubicado a la derecha, llegaba casi hasta el techo y era cinco veces de ancho.

No sé por qué una cocina con tantos lujos si no sabía cocinar y probablemente terminara incendiándola en el intento... Gracias a los Dioses yo era inmune al fuego.

Finalmente—después de conocer el baño tras una emergencia estomacal—llegamos al único lugar de la casa que me faltaba conocer. Mi habitación.

La cama matrimonial era el centro de atención. Su cobertor era de un intenso color rojo y se veía realmente cómoda. Mis espadas y escudos decoraban las paredes, las cuales estaban pintadas de un opaco verde oliva. La ventana, la cual dejaba ver el patio lleno de robles, estaba adornada con cortinas cuyo color era unos tonos más oscuros que el de las paredes. Casi al lado de la puerta, estaba el armario, hecho de caoba y con varias flores amarillas sobre él, en forma de decoración. Arriba del armario y pegado a la pared, había un espejo decorado con pequeños retratos y pinturas.

Detuve mi vista en un dibujo hecho a carbonilla, el retrato de mis padres.

— ¿Cómo... cómo eran ellos?—le pregunté a Víctor.

La misma pregunta que le hacía, por lo menos, tres veces por mes desde que tengo memoria.

—Eran personas maravillosas. Unos guerreros excelentes y los mejores amigos que podía desear—respondió, parándose a mi lado y pasando uno de su brazo izquierdo por mis hombros, abrazándome.

Nunca se quejaba de esa constante pregunta. Calculaba que era su manera de recordarlos.

Ella había fallecido y él había desaparecido en acción, ambos en medio de una guerra, cuando apenas tenía dos años, por lo que apenas tengo recuerdos de ellos. Sus miradas, sus sonrisas, sus voces pronunciando mi nombre.

Desde ese momento, desde ese fatídico momento, mi tío se ocupó de mí y se comportó como el padre que necesitaba. Gracias a él, aprendí a manejar una espada y logré convertirme en la guerrera que era.

Me puse frente a él y lo abracé con fuerza.

## Capítulo 3

### Capítulo II

Despertarse en la fortaleza era fácil, al ser un lugar que albergaba cerca de 500 personas, tarde o temprano el ruido de la gente empezando su día provocaba que uno lo hiciese también.

Pensé seriamente en comprarme uno de esos aparatos que los humanos llamaban "despertador".

«—Recuerda levantarte, más o menos, a las siete de la mañana para que te dé tiempo a hacer todo lo que necesites e ir a la escuela con tranquilidad.»

Las palabras de Víctor resonaban una y otra vez en mi cabeza, como si estuviera regañando y atormentándome desde cientos de kilómetros de distancia.

Miré el reloj en la pared por décimo quinta vez, como si eso fuera a hacer que la hora se atrasase o congelase. Eran las siete y cincuenta de la mañana, en diez minutos tendría que estar en esa escuela humana a la que me obligaban a ir, pero yo seguía con el camisón puesto, lagañas y con baba seca en las comisuras de la boca.

Corrí de un lado para otro vistiéndome, tratando de que los pantalones me entraran y buscando una de mis zapatillas. Fui a la cocina, agarré un pedazo de pan y me lo metí en la boca. No, no había tiempo de tener un desayuno como la gente o siquiera de ponerle algo de mermelada al pan. Eso iba a ser suficiente por el momento. Buscando las llaves del coche tropecé con los cordones de las zapatillas, ya que con la confusión no los había atado, y caí al suelo. Este día no podía empezar mejor. Me levanté rápidamente y seguí con mi búsqueda.

—Oh, llaves queridas ¡Vengan aquí!—grité desesperada al no encontrarlas. ¿Algo más me tenía que pasar?

Las encontré colgadas en el pequeño gancho que había al lado de la puerta. Con razón no las encontraba, estaban ordenadas y en su lugar.

Salí apresuradamente, le saqué la alarma al auto, lo puse en marcha y me dirigí a toda velocidad a la escuela, siguiendo las indicaciones que me había dado Víctor antes de irse. Ir derecho hasta encontrarme con una librería, doblar a la izquierda, luego a la derecha y otra vez a la izquierda.

Mientras conducía, miré por el espejo retrovisor y me di cuenta que mi pelo parecía un nido de fénix. Improvisé un peine con los dedos de mi

mano izquierda mientras mantenía la otra firmemente en el volante.

— ¡Yo también te quiero!—contesté a los insultos y al dedo medio del camionero que me tocó bocina cuando no frené en el semáforo rojo.

Lo único que esperaba era que la policía no me detuviera. Mi carnet de conducir había dejado de ser válido hace, más o menos, tres décadas. Seguí conduciendo sin dejar de pisar el acelerador hasta llegar a la escuela. Consulté el reloj para confirmar que llegué justo a tiempo. A eso le llamo velocidad, nene.

Entre al edificio sin tener la menor idea de lo que tenía que hacer, en ese momento me encontraba en un largo pasillo blanco y sucio, cuyas paredes estaban llenas de casilleros azules. Había varios adolescentes humanos que mantenían la vista fija en mí. Pues claro, era la nueva, el bicho raro. Maldecí a Víctor por no haberme dado indicaciones sobre qué hacer una vez que estaba en la escuela.

— ¡Hola!—una de las chicas que había allí me saludó efusivamente.

Parecía una especie de hada. Era de muy baja estatura —le llevaba cerca de una cabeza y media— su nariz era puntiaguda y sus ojos saltones, de un intenso marrón oscuro, casi negro. Su cabello era corto y de color violeta... Vaya, no sabía que los humanos venían en ese tono.

—Emm, hola—traté de imitar, sin éxito, su sonrisa y alegría.

—Mi nombre es Agatha y formo parte del centro de estudiantes. Normalmente soy la encargada organizar actos escolares y esas cosas, pero hoy mi deber es guiar a los alumnos nuevos. Tú eres Samay ¿verdad?—dijo todo esto casi sin respirar.

Asentí con un ligero movimiento de cabeza, algo confundida al solo entender esta última pregunta.

—Perfecto. Por cierto, lindo nombre, nunca antes lo había escuchado.

Oír hablar a esta chica me daba ganas de respirar.

—Gracias, creo.

—Sígueme por aquí—empezó a caminar, o más bien, a dar pequeños y ligeros saltitos. Empezaba a contagiarme su buen humor.

Me mostró varios salones, la biblioteca, la enfermería, el gimnasio, la cafetería y la oficina del centro estudiantil. También me contó un poco sobre ella. Tenía 16 años, un gato llamado Igor y sabía tocar el violín. Era

una humana bastante agradable.

Me dio el horario de las clases que tenía en la semana. Hoy era miércoles y en las dos primeras horas tenía clases de historia. Una materia aburrida pero relativamente fácil para alguien de 230 años que vivió varios acontecimientos históricos que los humanos consideraban importantes.

Agatha me acompañó hasta la puerta del salón una vez que tocó el timbre. Aula 12. Al entrar noté que solo había un lugar disponible, al lado de un chico de cabello negro que tenía unos cables conectados a sus oídos.

— ¿Puedo sentarme aquí?—le pregunté una vez que estuve parada en frente del pupitre.

—Claro—se sacó uno de sus cables para oírme mejor, supongo. Apartó su mochila de la silla contigua para que pudiera sentarme.

—Soy Samay—le tendí la mano una vez que me senté, en un intento de ser agradable.

—Nicolai.

Él, en cambio, me ofreció su puño. Hice el mismo gesto que él y estrechamos puños, o algo así. Nota mental: tendré que aprender más sobre costumbres humanas si quiero pasar desapercibida.

— ¡Qué extraños ojos tienes!— dijo abriendo los suyos como platos y con la boca formando un círculo casi perfecto.

No sabía a qué se refería. Los ojos rojos eran bastante comunes entre los Ignis. Cerca del 80% de la población los tenía.

— ¿Usas lentes de contacto?

¿Qué demonios eran los lentes de contacto?

—No...

Necesitaba urgentemente una clase sobre cosas humanas. Maldije a mi tío por quinta vez en el día por no haberme preparado.

— ¿De dónde eres? Tienes un acento algo extraño.

Mi lengua materna era el latín y, aunque llevaba casi un siglo aprendiendo otros idiomas, mi particular acento me delataba casi siempre.

—Soy de Italia. Vine aquí, a Inglaterra, por el trabajo de mi padre.

— ¿Y de qué trabaja él?

Por las barbas de Neptuno ¿No se iba a dejar de hacer preguntas? Me sentía en una especie de interrogatorio. ¡Soy inocente! ¡Lo juro!

Piensa en un trabajo humano, Sam, piensa en un trabajo humano.

—Vende espadas—por lo que tenía entendido, los humanos practicaban varias formas de comercio al igual que nosotros.

—Cool— ¿Qué rayos era "cool"?—Nunca escuché sobre alguien que vendiera espadas.

Él me contó que su padre trabajaba de contador en un banco del centro de la ciudad y que su madre era maestra de primaria. Tenía dos hermanos menores y, a la salida del instituto, trabajaba sirviendo cafés en un local cerca de la escuela.

Escuché su relato aunque no tuviera mucho interés en hacerlo y, a mitad de este, percibí como la energía del ambiente empezó a cambiar. Sentí un escalofrío y como lentamente se me erizaban los pelos de la nuca y los brazos, como si estuviera cerca de una fuente de energía.

Alcé la vista y ahí fue cuando lo vi.

Un chico que se ubicaba un par de asientos más adelante que el mío me miraba fijamente. No era como la mirada que me dedicaron todos apenas entré, la suya era más profunda, como si tratara de analizarme, de saber que pasaba por mi cabeza. Sus ojos eran de un electrizante y atrapante color ámbar, con pestañas largas y abundantes. Su descontrolado cabello rubio parecía dar pequeños destellos dorados cuando los rayos de luz chocaban contra él. Sus pómulos eran firmes, su nariz recta y sus labios delgados pero bien definidos.

Había algo extraño en aquel muchacho, no sabía exactamente qué, pero hacía que la preocupación y la curiosidad invadieran cada célula de mi cuerpo. Le mantuve la mirada, tal como él hacía conmigo. Ninguno apartó la vista y seguimos así, viéndonos directamente a los ojos por un largo rato, en una especie de lucha, hasta que Nicolai me distrajo.

— ¿Me estás escuchando?—sacudió mi brazo para que le prestara atención de una vez por todas.

—Oh, lo siento, ¿qué pasó?

—Como es tu primer día de clases y, no quiero sonar grosero, pero no tienes amigos aún, ¿Qué te parece almorzar conmigo y mis amigos?

—Suenan genial—dije, aceptando su proposición.

Alcé la vista nuevamente, pero no volví a cruzar la mirada con aquel chico.

— ¡Veo que conociste a Sam!—le dijo Agatha a Nicolai, en lo que los humanos llamaban recreo.

—Así es—dijo él, sonriente— ¿Viste sus ojos? Son muy extraños—esto último se lo susurró al oído.

Estábamos entrando en la cafetería. Un espacio gigante lleno de mesas azules y gente, obviamente. Agatha no prestó atención al comentario del chico de ojos azules y se dirigió a mí.

—Ven sígueme, seguro estas hambrienta— Agatha me tomó del brazo, guiándome hacia donde estaba la comida.

Mi estómago le respondió con un gruñido.

—Busca una mesa—le gritó a Nicolai antes de que sus palabras se perdieran con las de la multitud.

Ella agarró una bandeja y yo la imité. Nos sumamos a una larga fila, mientras elegíamos nuestro almuerzo. Había todo tipo de comida, ensalada, pasta, carne y algo que no sabía lo que era, pero parecía una sopa cremosa y verde con pedazos de no sé qué. Agatha me aconsejó que no la comiera si apreciaba mi estómago. Opté por la ensalada, ya que era lo único que tenía buena pinta.

—Estos brownies son un manjar de dioses, definitivamente tienes que probarlos—Agatha dijo emocionada (cuando no) mientras agarraba un platito con dicha comida.

Confiado en su palabra, estaba por agarrar el último plato que quedaba cuando mi mano chocó con otra. Sentí una leve descarga eléctrica al instante, mis dedos se tensaron y se me erizaron los vellos de ese brazo. Omití un grito de dolor y sorpresa. Miré a mi lado, para saber a quién pertenecía aquella mano.

Volví a encontrarme al chico con el cual había estado intercambiado miradas en la clase de historia. Su semblante era serio y podía jurar por el mismísimo y temible Plutón que sus ojos relampagueaban.

—Lo siento, tómalo tú—su voz era grave e intimidante. Por su mirada, parecía que me iba a dar una buena paliza si no tomaba el brownie y lo devoraba en frente de él, saboreando cada mordisco y alabando al cocinero.

—No importa, es todo tuyo.

Tomó el postre y lo puso en mi bandeja, después se fue refunfuñando. Ha sido todo un placer sociabilizar con usted, joven.

Una vez en la mesa, Agatha se sentó a mi lado.

—Pensé que el recreo no llegaría jamás, las clases de matemática se me hicieron eternas.

—Eres una exagerada, Aggie—Nicolai le dio gustoso un gran mordisco al sándwich que había traído.

— ¿Qué hay, muchachos?—dijo un chico rubio mientras se sentaba al lado izquierdo de Nicolai.

—Les juro que no aguanto al profesor de cálculo—.Dijo otro muchacho con rasgos asiáticos, sentándose del otro lado disponible de Nicolai—Es tan bizco que ni siquiera sé se mi está mirando a mí, a mi compañero, o si está vigilando que nadie toque su auto en el estacionamiento.

— ¡Theo! ¡Mike!—sonrió por enésima vez Agatha ¿no le dolerán las mejillas?—Les presento a Samay, llegó hoy al instituto.

—Michael Brooks, a tus servicios—me dijo el rubio mientras tomaba mi mano y la besaba.

Arqueé una ceja ¿y este quién se creía que era?

—Mike, no empieces—le advirtió ella y...

¡OH POR JÚPITER! ¡LA PRIMERA VEZ EN EL DÍA QUE PONE MALA CARA!

El que respondía al nombre de Theo se limitó a sonreírme y saludarme tal cual lo había hecho Nicolai, con su puño.

Hablamos casi todo el tiempo de cosas sin sentido, como la gigantesca verruga de una tal profesora Stone, por ejemplo. Michael me miró durante casi todo el receso con un intento de mirada seductora y una sonrisa

pícara, ¿acaso no se daba cuenta de que tenía la mitad de su ensalada entre los dientes?

— ¿Qué harás este fin de semana, Sam?— me preguntó Agatha—Porque el sábado es mi cumpleaños y bueno, recién te conozco, pero me caes muy bien y me gustaría que fueras.

—Gracias, eres muy amable. Iré con mucho gusto.

Cómo era de esperarse, sus ojos se iluminaron y en su rostro apareció una gran sonrisa. Esta chica no podía ser más adorable.

—Luego te paso la dirección de mi casa.

Asentí mientras me comía en dos bocados el brownie que, tal y como había dicho Agatha, estaba delicioso.

La clase que continuaba ahora era arte, según mi horario. Agatha me dijo que era en el aula 7, por lo que fui allí una vez finalizado el receso.

Me senté al lado de un chico que estaba bastante ocupado durmiendo y babeando la mitad del pupitre como para darse cuenta de mi existencia. El profesor entró haciendo un gran ruido, por lo que mi compañero de banco se levantó sobresaltado, mirando a todos lados con cara de no saber dónde estaba. El profesor se limitó a mirarlo con cara de pocos amigos y empezó a dar la clase.

Comenzó hablando de distintos estilos de arte, haciendo referencias de grandes artistas como Miguel Ángel y Donatello. Habló de técnicas de la pintura mientras nos mostraba imágenes en un proyector del año de Julio César que había traído.

El chico que se sentaba a mi lado volvió a dormirse, y en cualquier momento yo lo haría también. Mientras no tocara su baba mientras dormía, todo estaría bien.

De un momento a otro, la cabeza empezó a dolerme horrores, como si en cualquier momento fuera a estallar y Atenea saliera de ella con su lanza y armadura lista para el combate. Me sostuve la cabeza tratando de hacer más soportable el malestar, pero no había forma. Todo a mí alrededor se fue distorsionando de a poco.

— ¿Se siente bien, señorita?—el profesor de arte me miraba, se debió de dar cuenta de mi cara de sufrimiento extremo.

Todos los de la clase se voltearon a verme. Sean más disimulados, por favor.

—Sólo me duele un poco la cabeza, no es nada.

—No quiero hacerme responsable si algo le llega a pasar, por lo que le pido que vaya a la enfermería, por favor.

¿Todos los profesores eran así de amargados o sólo él?

Me levanté y salí del salón, si mal no recordaba, la enfermería estaba cerca de la cafetería, por lo que me dirigí allí.

Luego de caminar por unos escasos minutos (y de retener a la inquieta Atenea en mi cabeza), divisé una puerta blanca con una gran cruz roja en su parte superior. Golpeé tres veces. Esta se abrió y dejó ver a una señora rolliza de aproximadamente unos 45 años, llevaba un traje blanco y su rojizo cabello estaba sujeto en dos trenzas. Sonrió al verme.

—Pasa querida, siéntate aquí—me señaló una silla celeste— ¿Qué te sucede?

—Me duele un poco la cabeza, el profesor de arte me dijo que viniera aquí, pero no creo que sea algo seri... ¡Ay!—una punzada interrumpió lo que estaba diciendo y provocó que me agarrara la frente.

—Ya veo, ¿Has dormido bien? ¿Qué has comido? Sigue la luz—ordenó mientras sacaba una linternita de su pantalón y la pasaba frente a mis ojos.

—He dormido suficiente, creo. Comí una ensalada y un brownie de la cafetería y ¡Ay!— las punzadas volvieron a atacarme.

Una idea remota vino a mi mente ¿y si se trataba de un maleficio?

Recuerdo que, hace unos años atrás, Aitor me había lanzado un pequeño maleficio, el cual me hizo vomitar lava durante casi toda una semana. Gracias a los Dioses mi mejor amiga Eidel, la mejor hechicera y curandera que conozco, me curó con la ayuda un encantamiento y una desagradable pócima.

Una de las pocas veces que leí un libro sobre el tema, había leído algo sobre un maleficio, cuyo efecto era un terrible dolor de cabeza, el cual servía para confundir a tus enemigos durante la batalla.

—Todo parece en orden, no creo que sea nada grave, ten—sacó unas pastillas del armario que estaba a su derecha—Tómate esto cada 8 horas

y si mañana te sigue doliendo, ven inmediatamente a verme.

—Gracias—guardé las pastillas en mi bolsillo.

—De nada, querida, espero te mejores.

Una vez fuera de la enfermería, tiré las pastillas a la basura. Esas cosas no me servirían para nada. Apenas llegara a casa, iría a visitar a Eidel.

Bien, ¿qué aula era la de arte? Creo que la 5...Si, esa era. Me dirigí sin prisa y sin ganas al salón, ya que si escuchaba algo más sobre la suavidad con las que se debían hacer las pinceladas, mi cabeza estallaría definitivamente. Los humanos eran muy aburridos, deberían tener materias más útiles y entretenidas como "Lucha con espadas sobre un volcán a punto de estallar" o "El que menos se desangra aprueba" Esas materias sí que servían de algo.

Entre al aula 5, la cual estaba completamente vacía, sin rastros del dormilón o del profesor-no-sé-su-nombre y su estúpido proyector.

—Daemons, era el aula 7—no me extrañaba que me haya confundido, mi memoria no servía desde mi tercer mes de gestación.

Iba a darme vuelta, para dirigirme al aula correcta cuando sentí como todo mi cuerpo se acalambrara. Salí despedida hasta el otro extremo del aula sin previo aviso, como si un rayo me hubiera caído encima. Un olor a quemado invadió rápidamente el lugar ¿Qué mierda?

Mi dolor de cabeza se multiplicó por mil. Alcé como pude la vista, solo para encontrarme al estúpido y asocial rubio de la clase de historia. Tenía un extraño brillo dorado alrededor de su cuerpo y... ¡¿Por qué soy tan idiota?!

Até cabos rápidamente, la pequeña descarga eléctrica que había tenido cuando rocé su mano, la estática que había sentido, sus ojos que parecían relampaguear, ¡era un maldito Fulgur! Me abofeteé mentalmente por no haberme dado cuenta antes.

Definitivamente, Minerva no me había bendecido con su gracia divina.

Cerró la puerta, provocando un gran ruido y de su cinturón desenvainó una gran espada dorada que brillaba casi tanto como él. Me apuntó en ella y me miró fijamente a los ojos.

—Esto te va a doler— y con una sonrisa sádica de oreja a oreja, se dirigió rápidamente hacia mí.

## Capítulo 4

### Capítulo III

Giré rápidamente hacia la izquierda para evitar que rebanara mi amada cabeza. Con pasos torpes, por culpa de mi infernal mareo, logré ponerme de pie. Como si mi día no pudiera empeorar aún más, acababa de acordarme no llevaba mi espada conmigo. Pensé que era inútil llevarla a un lugar lleno de adolescentes llenos de granos y profesores amargados. Craso error.

Antes de que pudiera volver a atacarme, realicé un círculo de fuego para poder estar fuera de su alcance y aprovechar la energía de las llamas para recuperarme. El chico gruñó frustrado mientras yo me aliviaba lentamente. Tenía que hacer tiempo. Buscar una manera de zafarme de esta antes de que la rubia me parta en dos.

—Oye, tranquilo—Samay en modo pacífico: activado—Hay otras opciones mejores que las peleas, ¿qué tal hablar? ¿Te parece un té con galletitas para acompañar? Yo invito.

— ¿Una Ignis que no quiere pelear? ¿Qué sigue? ¿Júpiter siéndole fiel a Juno? ¿Venus virgen?

—No traje mi espada, pero créeme que me encantaría patearte el trasero.

—Insolente, ¿acaso sabes con quien estás hablando?

— ¿Con un idiota?

Si su mirada expulsara veneno, ya estaría convulsionando en el suelo.

—Príncipe Alain de los Fulgur, hijo del Rey Aulus, el grande y nieto del Rey Gellius, el desollador.

¿Qué hacía alguien tan importante en una escuela humana?

—Entonces, su majestad, sería todo un honor patearle el trasero.

Como si el destino me estuviera haciendo una broma de muy mal gusto, el fuego que me servía de protección se apagó (calculo que por la falta de una fuente de combustible) lo que permitió que Alain avanzara hacia mí hecho una furia.

Me agaché y me deslicé entre sus piernas en un rápido movimiento. Visualicé arriba de una mesa, una regla metálica de más o menos un

metro y la agarré para hacer la mayor estupidez de mi vida.

Llena de valentía e idiotez, me planté frente a Alain, utilizando la herramienta de metal como si fuera una espada de mala calidad. Él sólo se limitó a mirarme como el que mira a un demente pasear desnudo por el foro de la ciudad y tratar de no reír. Aprovechando su distracción, le di un fuerte golpe en la mano con la cual sostenía su espada, provocando que la soltara y me mirara confundido.

—Nunca subestimes el poder de una regla de metal, querido.

Los Fulgur se caracterizan por su velocidad, por lo que en un abrir y cerrar de ojos, él ya tenía el arma en sus manos y de una estocada rompió la regla por la mitad, dejando una parte de ella humeando entre mis manos. Y aquí es donde hubiera puesto en práctica el plan b, si tan solo hubiera tenido uno.

Él empezó a avanzar hacia mí, y yo a retroceder hasta que mi espalda se encontró contra la pared.

«Eh, cualquier Dios que me esté escuchando. Sé que no he sido la mejor de los creyentes, pero sí de casualidad se les ocurre mandarle un infarto o algo parecido a este chico, juro por la vida de mi tío y la de todo el concilio que me convertiré en una virgen vestal» Repetía una y otra vez en mi mente, a manera de rezo.

Esperando mi pedido a los Dioses, se me prendió la lamparita por primera vez en el día (o tal vez en la vida). Crearía un portal que me llevaría a casa, distraería a ricitos de oro y yo me iría feliz, contenta y con todas las partes del cuerpo en su lugar ni con heridas de gravedad.

Me concentré, mirando a un punto fijo y un pequeño portal apareció en la pared opuesta, haciéndose cada vez más grande hasta abarcarla en su totalidad. La cabeza me empezó a doler horrores nuevamente, no tendría que haber hecho un hechizo tan pesado y con un maleficio encima, pero era eso o no contarla,

— ¡Un humano! ¡Nos ha visto!—señalé hacia la puerta, tratando de crear una distracción.

— ¿Qué?—Alain miró sorprendido hacia donde señalé. Nunca pensé que mis dotes teatrales iban a ser lo suficientemente buenas para engañar a alguien. Tendría que hacerle una ofrenda a Baco luego.

Lo empujé hacia la derecha y empecé a correr hacia el portal. Alain se dio cuenta de que no había ningún mortal y corrió a mi lado, mirándome con

cara de querer hacer puré de Samay.

Sólo medio metro más.

Sentí el filo de la espada en mi brazo derecho justo cuando había cruzado el portal. Miré a mí alrededor y me encontré con las paredes de la sala de estar. Oh, también me encontré con el piso cubierto de sangre. Miré mi brazo, el sweater negro que llevaba esta mañana se desgarró, dejando ver un profundo corte. Sangraba y ardía mucho, pero era soportable.

Me levanté a duras penas, estar desangrándose, agotada y tener un maleficio no era de las mejores combinaciones. Fui a mi cuarto y abrí el armario. Dentro había una caja plástica la cual tenía un botiquín de primeros auxilios, lleno de hierbas medicinales y vendas. Agarré un ramo de una planta de hojas rojas en forma de gotas, llamada lágrimas de dragón. Esta planta era excelente para cortes, según tenía entendido. Puse algunas hojas sobre la herida y la vendé. Poco a poco el ardor fue disminuyendo.

Nueva misión, ir a la casa de Eidel y pedirle ayuda con el maleficio, el cual sentía que empeoraba a cada minuto.

— ¿Acaso eres idiota? ¿Hiciste un portal hacia aquí teniendo un maleficio de mal de ojo?—Eidel empezó a regañarme, sus gritos me hacían doler aún más la cabeza. No sabía que eso era posible.

—De hecho, fueron dos. Unos desde la escuela a mi casa y otro desde mi casa hasta aquí.

Parecía que sus ojos—uno negro como el carbón, el otro del color de una brasa ardiente—entrarían en erupción en cualquier momento. Eidel se paró y fue a buscar una poción al estante de roble que tenía a su izquierda, mientras decía palabrotas.

Me encontraba en el "Salón de brujería" de Eidel, donde realizaba todas sus pociones, hechizos y estudios de magia. El piso era de madera oscura y las paredes de un opaco color vino. El lugar estaba lleno de repisas con libros, brebajes e ingredientes. Del bajo techo, de color negro, colgaba una araña de oro y piedritas rojas, la cual era la única fuente de iluminación, ya que en la sala no había ni ventanas ni otras lámparas.

—Tómame esto, anulará los efectos del maleficio.

Me pasó un frasco de más o menos diez centímetros de alto. Estaba lleno

de un líquido verde bastante denso que parecía un moco. Delicioso.

—Hasta al fondo.

Lo destapé y un vapor del mismo color del interior llegó a mis fosas nasales.

—Esto es asqueroso, huele a pipi de Lupino—alcé el frasco— A tu salud, mi querida amiga

Si el olor era asqueroso, el sabor era nauseabundo, pero me lo tomé todo. Sentí todo el trayecto que hizo desde mi boca hasta el estómago, el cual empezó a retorcerse mientras se esforzaba por mantener el líquido dentro. Eidel podría ser la mejor hechicera, pero definitivamente tenía que mejorar el gusto de sus pociones.

—Listo—el dolor de cabeza había disminuido y poco a poco empezaba a recuperar mi fuerza y mis sentidos, aunque las fuertes ganas de vomitar aún persistían.

—En realidad no tenías que tomártelo todo, con unas gotitas bastaba, pero me gusta verte sufrir como pago de tus estupideces—teniendo a una amiga así ¿para qué quiero enemigos?

Le arrojé el frasco de vidrio a la cabeza, pero ella lo esquivó con un hábil movimiento. El pobre recipiente de cristal estalló en mil pedazos contra la pared.

—Yo también te quiero—levantó su trasero de la silla y se puso al lado mío—Déjame ver esta cosa—empezó a desenvolver las casi completamente ensangrentadas vendas.

La escuché resoplar.

—Confirmando mi teoría de que eres idiota. ¿Para qué daemons te has puesto lágrima de dragón? ¡La lágrima de dragón es prácticamente una droga inhibidora de sentidos! ¡Por eso no sientes dolor allí! ¡Tuviste que haberte puesto flor de árnica!

Eidel era una loca de las plantas, todo el jardín de su pequeña casa estaba repleto de plantas medicinales de todos tamaños, gustos y colores. Si te llegabas a confundir en el uso de alguna en frente de ella, era mejor empezar a correr.

La vi buscar unas pequeñas flores amarillas, triturarlas en un mortero de mármol negro y poner la pasta que quedó de ellas sobre mi herida. Al principio ardió un poco, pero la herida cicatrizó perfectamente frente a mis

ojos, dejando una línea pálida en su lugar.

— ¿Cómo te está yendo en la misión? ¿Has encontrado información útil?—dijo cambiando rotundamente de tema.

—No todavía, pero planeo interrogar a ese maldito Fulgur. Muero de ganas por dejarle una herida igualita a la que él me dejó a mí—sonreí de sólo pensarlo— ¿Cómo vas con Octavius?—Él era su novio desde hacía casi dos meses.

—Oh, ese idiota y yo ya no somos nada. Me aburrí de él. Lo único que hacía era hablarme sobre su colección de insectos. Repugnante.

No me extrañaba para nada, Eidel cambiaba de novio como yo cambiaba de ropa.

—Casi me olvido—Eidel se levantó y fue a buscar una gran caja en su armario—Estuve toda la noche tratando de invocar a una de esas cosas, así que espero que te sea útil, no como el que hay en la fortaleza.

¿Eh?

Depositó la caja en el escritorio que estaba frente a mí. De ella sacó un busto tallado en mármol blanco de una mujer. Tenía facciones finas, un mentón pequeño, pómulos definidos y nariz curva. Tenía un peinado romano tradicional que le daba el aspecto de mujer adinerada e importante.

—Víctor me dijo que tu casa no tenía protección alguna, por lo que me tomé el trabajo de invocar un lar para que se encargara de ella. Samay, ella es Irina, tu protectora.

El busto de Irina empezó a temblar. Un fantasmal brillo verde agua salió de él, hasta tomar forma de la figura de la mujer que el tallado retrataba. Estaba vestida con una estola romana púrpura y un vestido blanco acendrado. Su cabello era castaño oscuro y sus ojos del mismo color del brillo que la acompañaba. Me hizo una reverencia.

—Un placer conocerte, querida. Espero que tú no me pongas en una asquerosa caja de cartón como cierta persona—miró recelosa a Eidel, la cual puso los ojos en blanco.

—El placer es mío, Irina.

Irina me dedicó una mirada amable, un gesto de mal gusto a Eidel y volvió a su busto tan rápido como había salido.

Depositó el busto arriba de una resistente mesa de cristal, la cual estaba adornada con varias plantas floreadas.

— ¿Aquí está bien?—le pregunté a Irina, la cual en los diez minutos que llevaba en mi casa, ya me había hecho cambiar el busto de lugar alrededor de doce veces.

Entre cerró los ojos y lo vio desde todos los ángulos posibles. Levantó su pulgar para comprobar la simetría con respecto a no sé qué.

—Muévelo un poco hacia tu derecha... ¡perfecto!

Suspiré aliviada de que al fin se conformara por un bendito lugar. Mis brazos se sentían como gelatina ¿Cuánto pesaba esa cosa?

La dejé hacer sus cosas de lar—vaya uno a saber qué clase de cosas son—y entré a la cocina muerta de hambre, ya que lo único que había comido en todo el día era un pedazo de pan, una ensalada y un brownie. Eidel me ofreció una especie de sopa, pero no me arriesgué a probarla, puede ser que la jardinería se le diera de mil maravillas pero, al igual que a mí, la cocina no era su fuerte.

Minutos más tarde, la cocina era un desastre. Había harina por todas partes, restos de huevos en el piso y aceite quemándose en un sartén. Yo sólo quería hacer pasta. Rindiéndome, tomé una chaqueta y salí a la intemperie, debía de haber una casa de comidas por aquí cerca. De paso, podría aprovechar para recorrer los alrededores, y buscar alguna que otra pista.

En la fortaleza no debía preocuparme por la cocina, ya que había una especie de comedor en la primera planta, el cual estaba abierto las 24hs. Su personal era muy amable y era capaz de preparar cualquier comida que le pidieras. Antes de ser profesora, trabajé allí por unos días como ayudante de cocina. Me echaron sin pensarlo dos veces.

Vi una librería, un parque, un centro de belleza y hasta un cementerio, pero ningún lugar de comidas.

Un cartel con una "M" gigante y amarilla llamó mi atención. Era un local atiborrado de gente llamado "McDonald's" o algo así, estaba lleno de fotografías de hamburguesas que me hicieron agua la boca. Estuve haciendo fila alrededor de diez minutos mientras elegía que tipo de hamburguesa quería. Había decenas de ellas. Finalmente me había decidido por un cuarto de libra con queso.

Un chico pelirrojo y lleno de granos me tomó la orden.

— ¿Desea agrandar su combo? —preguntó luego de anotar el pedido en la caja registradora.

—Eh, sí.

— ¿Quiere aprovechar nuestra oferta de dos por uno en helados?

—Claro, ¿por qué no?

— ¿Chocolate o vainilla?

—Chocolate

—El de chocolate cuesta unos centavos más.

—No importa.

— ¿Quiere una cajita feliz?

No sé qué demonios sea eso.

—Eh, sí.

—Elija su juguete.

Me dio tres bolsitas, con peluches distintos. Elegí el muñequito de la foca rosa sonriente.

— ¿Para llevar?

Asentí con un ligero movimiento de cabeza

Me dijo el total de la compra y saqué un par de billetes y monedas

—Retire su pedido en la caja próxima. Muchas gracias ¡Siguiente!

La noche era fría y no había ni un alma vagando por ahí. Comía una de las hamburguesas mientras recorría el parque de la ciudad. Este parque conectaba con un barrio Ignis, el cual había recibido varios ataques según la información con mi tío me había dado. Lo único que haría era echar un vistazo, ya que no traía ni mi espada ni ningún otro tipo de espada. Esperaba encontrar algo útil.

—Ey, Sam, ¡hola!

Miré hacia el lugar de donde salía aquella voz y me encontré con un sonriente Nicolai.

—Nicolai, hola ¿qué haces aquí?

—Estaba en la tienda de videojuegos, debatiéndome si comprar el nuevo de Mortal Kombat o el de Far Cry, aunque con el dinero que llevo encima no me alcanza ni para la tapa—hice cara de que entendía de lo que estaba hablando— ¿y tú?

—Fui a un tal McDonald's, ¿quieres un poco? Creo que he comprado comida suficiente como para una centuria.

—No sé lo que es una centuria, pero si es comida gratis, voy.

Nicolai miraba atentamente la bolsa mientras sacaba una de las hamburguesas. Casi que se podía escuchar a su estómago rugir.

—No estuviste para la clase de física ¿te escapaste?

Recordé que había huido del Fulgur en mitad de la jornada escolar.

—Algo así.

—Genial—rio—Si mis padres se llegan a enterar que me escapé de la escuela, aunque sea por diez minutos, no llego para contárselo a mis nietos ¿Qué hay de tus padres?

Tragué saliva mientras él le daba un gustoso bocado al cuarto de libra con queso.

—No son muy estrictos.

—Afortunada.

— ¡Eh, chico! ¡Comparte a la dama!—la voz de un hombre interrumpió nuestra conversación.

Tres hombres salieron de la nada, tomándonos por sorpresa.

—A que es bonita, ¿verdad? Ven con nosotros, te divertirás más aquí—dijo otro mientras se señalaba la entrepierna ¿Así era como cortejaban los humanos?

Los tres eran feos, bastante pasados de peso, ropa agüereada y con un olor a alcohol que se debía de oler hasta en la fortaleza. Genial, al fin

alguien más desagradable que Aitor, y más alcohólico que mi tío en Saturnales, eso debía de ser un récord.

—No tienen nada que hacer aquí ¡váyanse!—les gritó Nicolai, a lo que los hombres respondieron con unas sonoras carcajadas. No era por ser mala, no quería insultar su valor, pero Nicolai plantándose frente a esos hombres parecía un chihuahua ladrándole a tres Lupinos.

El grupo se dividió, dos se fueron en dirección a Nicolai y uno en la mía.

—Eres un pastelito, me pregunto qué sabor tendrás—me dijo el hombre mientras me agarraba de la cintura y me tiraba hacia su lado—  
¿Chocolate? ¿Vainilla?

Hace tiempo leí sobre una especie de ave que lanzaba vómito como mecanismo de defensa. Tal vez las arcadas que sentía en ese momento podrían servir de algo.

Vi como los otros dos sujetos le daban una paliza a Nicolai. Por las barbas de Neptuno, tenía que hacer algo, y rápido.

Utilizar encantamientos en humanos está totalmente prohibido y con posibilidades de que te arresten, pero esto era en defensa propia, por lo que esa norma no aplicaba en esa situación. O eso era lo que esperaba.

Una llama salió de mi mano y la utilicé para quemarle el brazo con el que me estaba sujetando. El tipo me soltó al instante profiriendo un aullido de dolor mientras me miraba confundido. Le pegué una patada en el esternón para derribarlo e hice un encantamiento para inmovilizarlo.

Observé a los otros dos sujetos los cuales estaban golpeando a un inconsciente Nicolai. Esperaba que solo inconsciente. Me acerqué sigilosamente y tomando sus grasientas cabezas hice que chocaran entre sí. Aturdidos cayeron al piso y les realicé el mismo hechizo que al anterior.

Me acerqué a Nicolai y ¡por todos los dioses! Aún respiraba. Lo cargué en brazos y me apresuré a llevarlo a mi casa, esperando a que sobreviviera el trayecto. Justo cuando creía que ese día no se podía poner peor.

## Capítulo 5

### Capítulo IV

Ahora tenía a un chico inconsciente en el sillón. Genial, definitivamente este era el día menos catastrófico de mi vida. Nótese el sarcasmo.

Los gritos desesperados de Irina y mis escasos conocimientos sobre medicina básica no eran de gran ayuda. Fui a buscar la caja de primeros auxilios y un manual gigantesco y lleno de polvo sobre la utilización de plantas mágicas y hechizos de curación.

Tenía dos noticias, una buena y la otra mala:

La buena es que, según lo que aprendí hoy de Eidel cuando curó mi herida, la flor de árnica (de color amarillo) serviría perfectamente para las heridas de Nicolai.

La mala, en la caja de primeros auxilios había al menos 5 ramos de flores amarillas, todas de distintos tamaños y formas.

Oh poderosa Eidel, te ruego que me transmitas tus conocimientos.

—Irina ¿sabes cuál es la flor de árnica?—dije mientras me fijaba que el manual que había traído estaba en griego antiguo (el cual no sabía leer) en vez de latín, o italiano, o cualquier otro idioma que entendiera ¿Por qué daemons tenía un libro el cual no podía leer en mi biblioteca? Ni la más mínima idea.

— ¡No, no lo sé!— su grito casi me deja sorda, tenía los síntomas de estar sufriendo un ataque de pánico. Ella se encontraba flotando por encima de Nicolai, tratando de detener la sangre de un profundo corte arriba de su ceja derecha. Como lo hacía con un pañuelo fantasmal, no servía para nada.

Elegí una de las flores al azar, la trituré con las manos y apliqué lo que quedó sobre una herida en su brazo izquierdo. Esta empezó a largar humo mientras se hinchaba y la piel de alrededor se volvía de color rojo.

Creo que esa no era la planta correcta.

— ¿Quieres que llame a Eidel?—preguntó Irina mientras yo limpiaba la herida que acababa de empeorar.

—Yo puedo, sólo déjame unos minutos. ¿Puedes ir a buscar la versión en

latín de este libro?

En un abrir y cerrar de ojos, Irina desapareció y volvió a aparecer con el libro que le pedí en las manos. Lo abrí y empecé a hojear hasta encontrar un hechizo que creí que serviría, un hechizo de curación el cual cerraría todas las heridas al instante. Como ya dije antes, hacer hechizos en humanos estaba prohibido, pero dejar morir a alguien estaba mal visto moralmente. Una vez que recité el hechizo, la piel de Nicolai empezó a volverse completamente verde, luego amarilla, azul y verde otra vez.

—Los hechizos de curación están planeados para inmortales, no tienen los mismos efectos en los humanos y pueden llegar a ser mortales en ellos—acotó Irina mientras se hiperventilaba ¿Los lares podían respirar?

— ¿Y me lo dices ahora?—genial, ahora tenía una lar con una crisis de ansiedad y que me decía las cosas con retraso, un mortal con complejo de camaleón y una idiota que se creía médica. Espera, esa soy yo...

—Creía que ya lo sabías. ¿Llamo a Eidel ahora?

— ¡Qué no! ¡Yo puedo sola!

¿Orgullosa, yo? ¿Por qué todo el mundo piensa eso?

— ¿Dónde estoy?... ¿Sam?—Nicolai empezó a abrir los ojos y a tomar conciencia.

— ¡El mortal no puede verme, es contra las reglas!— Irina tomó el manual tamaño familiar y lo dejó caer en la cabeza de Nicolai haciendo que este volviera a quedar inconsciente. Sólo inconsciente, oh por los Dioses, que sólo esté inconsciente.

— ¿iPero eres idiota o inhalaste la ceniza volcánica de Pompeya!? El chico está medio muerto ¿Quieres matarlo del todo?

—Lo siento, pero tenía que encontrar una forma rápida para que el mortal no me viera.

—Y dejarlo KO con un libro fue una forma rápida...

— ¡Sí!

Miré al rosado chicle Nicolai y contemplé como un hematoma se empezaba a formar donde Irina lo había golpeado. ¿A cuántos gatitos bebés maté en mi vida anterior para que los dioses me castigaran de esta forma ahora?

—Irina, ve a buscar a Eidel—dije rindiéndome con un gran suspiro. Ya estaba pensando en las "lindas palabras de amor" que me diría Eidel por molestarla esta hora.

— ¡Alabado sea Zeus! ¡Ahora mismo voy!—el lar se esfumó nuevamente.

Con un paño mojado, limpié la sangre del rostro de Nicolai. Lo bueno era que la herida de la ceja había dejado de sangrar. Lo malo, todo.

—Estaba soñando tranquilamente con el bello rostro esculpido a mano de Vytho, cuando me despiertan los gritos de una lar enloquecida ¿Acaso sabes qué hora...? ¡Por las barbas de Neptuno!—escuché la somnolienta voz de mi amiga a mis espaldas. Su pelo, blanco como la nieve, estaba despeinado, vestía un ajustado pijama rosa con fénix lilas y pantuflas de dragón azul.

— ¿Qué has hecho, mujer? ¿Estás demente? Apártate, deja a la profesional trabajar.

Me corrí antes de que fuera Eidel la que me dejara inconsciente con el libro.

— ¿Qué has hecho para qué se vuelva arco iris? No, espera, mejor no respondas. Vete a jugar con tu espada o a hacer algo productivo. Necesito silencio para concentrarme, así que, Irina, ¡CÁLLATE!

Irina, la cual estaba llorando a gritos, enmudeció y se tornó más pálida de lo que ya era.

Ahora sabía la sensación de estar en una sala de espera. Iba y venía por la cocina mientras Eidel trataba de enmendar mis múltiples errores. Limpié lo más que pude el desastre que había dejado hasta que la cocina quedó reluciente, conté las manchas de humedad de la pared (eran 23) y practiqué con mi espada usando a Irina como maniquí. Aunque la espada la atravesara sin hacerle daño alguno, ella gritaba como si la estuvieran destripando.

Decidí que la mejor idea para tranquilizarme era tomar una ducha. A diferencia de los demás Ignis, que el simple hecho de pensar en agua los estrazaba, a mí me relajaba de una manera inexplicable.

Abrí las canillas de la ducha y apenas las cálidas gotas tocaron mi piel, una sensación de calma me invadió. Me olvidé de todos mis problemas momentáneamente. Me olvidé del Nicolai inconsciente en mi sillón. Me olvidé de la importante misión que se me había encomendado. Me olvidé del chico que intentó asesinarme aquella mañana. Todo era paz y tranquilidad, hasta que el agua caliente se acabó y tuve que salir rápido si

no quería morir por culpa de la hipotermia. Estúpida agua fría.

Los Ignis no éramos capaces de sentir lo que todos llamaban "calor", pero éramos más sensibles al frío que cualquier otro ser viviente.

—No entiendo cómo puede gustarte tanto el agua—dijo Eidel una vez que salí del baño y fui a la sala de estar—date un baño de vapor como las personas normales, por favor.

Los Ignis teníamos dos maneras de higienizarnos, la primera era la que Eidel había nombrado y que era comúnmente conocida como "sauna". La segunda consistía en un Ignis entrando completamente desnudo a una llama del tamaño de su cuerpo, con el fin de matar a todas las bacterias y eliminar el mal olor. Este último método lo utilizaban los Ignis que tenían un profundo terror al agua, en cualquiera de sus presentaciones.

Eidel se encontraba al lado de Nicolai. Sus heridas estaban cerradas, no tenía hematomas y, lo más importante de todo, ya no parecía un arco iris.

—Ya he terminado, me costó bastante que volviera a su color normal, pero creo que lo logré—. Me miró atentamente— Deberías descansar, Sam. Tienes un aspecto terrible, además mañana tienes que ir a la escuela humana otra vez.

— ¿Otra vez? ¿Acaso casi ser asesinada no es suficiente para ti?

— ¿Tengo cara de Víctor? Quéjate con él, no conmigo.

—No tienes cara de Víctor, tienes cara de popó de Lupino—susurré.

— ¿¡QUÉ DIJISTE!?

—Qué te quiero mucho. Gracias por tu visita y por curar a Nicolai, te llamaré si necesito algo, ya puedes irte.

Eidel rodó los ojos malhumorada y se esfumó en unas cuantas llamas y humo.

Fui a buscar unas mantas para Nicolai y lo tapé para que no tenga frío (puedo ser hospitalaria cuando me lo propongo) y después me fui a dormir.

Me desperté sobresaltada cuando escuché los gritos de Irina.

— ¡El humano ha despertado! ¡Rápido, pásame un libro o algo grande,

tengo que noquearlo!

Miré al techo mientras me planteaba todas las decisiones que había tomado en la vida.

—Irina, cállate. Nada de noquearlo ni que tres cuartos. Ve a tu busto y quédate callada, quieta y tranquilita.

Irina se esfumó, dejando un poco de humo verde en la habitación. Más le vale que esté en su busto y no buscando un libro en la estantería.

Me fijé la hora en el reloj, 6:45. Dormí cuatro horas, aunque se sintieron como quince minutos. Me vestí rápidamente y agarré a mi hermosa Draconis—si, le puse nombre a mi espada ¿Algún problema?— la cual se encontraba colgada en la pared. Con un fácil hechizo la convertí en una pulsera de plata, para que pasara desapercibida ante los ojos de los mortales. Ricitos de oro no me encontraría desarmada otra vez. Era gracioso como podía convertir un objeto en otro totalmente distinto, me no podía curar un simple rasguño.

Nicolai se encontraba sentado en el sillón. Sólo tenía un ojo abierto y el pelo tan alborotado como si lo hubiera atacado una bandada furiosa de aves fénix.

— ¿Sam?—dijo apenas me vio— ¿qué haces en mi casa?

—Abre bien los ojos, genio, esta es MI casa.

Nicolai abrió el ojo que le quedaba y bostezó. Miró a sus alrededores.

— ¿Sam?

— ¿Sí?

— ¿Qué hago en tu casa?

—Ayer, nos atacaron esos hombres ¿recuerdas? Yo... Sé karate y los dejé inconscientes. Te traje a mi casa, estabas lastimado, por lo que curé tus heridas y creo que eso es todo.

—Oh, gracias—sonrió—Eres una buena médica, no tengo heridas notorias—dijo mientras inspeccionaba sus extremidades.

Suprimí una carcajada ante tal comentario, si tan sólo supiera...

— ¿Dónde están tus padres?

—Trabajando.

—Oh, suena lógico.

— ¿Quieres desayunar? Tendrás que prepararlo tú, la cocina me odia desde que nos conocimos.

—Será un placer cocinar para mi salvadora, aprendí a hacer unos waffles de maravilla en la cafetería donde trabajo.

Nicolai no mentía. Eran los mejores waffles que había probado en mi larga vida.

— ¿Puedes enseñarme a cocinar así? Puedo pagarte si quieres—dije con la boca llena.

Víctor siempre me decía que no debía hablar con la boca llena, pero él no estaba allí.

—Será todo un placer enseñarte y tranquila, lo haré gratis.

O algo así creo haber escuchado, estaba demasiado ocupada masticando y saboreando.

— ¿Me disculpas un momento? Tengo que llamar a mis padres, deben estar preocupados. Espero que esta cosa funcione.

Nicolai sacó una especie de azulejo del bolsillo de su pantalón.

— ¿Mamá? ¿Cómo estás? Tranquila, estoy bien ino me grites, estoy bien!

La primera vez que visité el mundo de los humanos fue en 1970 y, en ese entonces, se comunicaban entre sí con un artefacto bastante incómodo y grande llamado teléfono. Era increíble ver como habían avanzado tecnológicamente y conseguido poder hablar a través de un azulejo. Los Bellatorum usábamos pergaminos mágicos para comunicarnos a largas distancias. Uno escribía lo que quisiera en el papel, aclaraba quien era el destinatario y en cuestión de segundos el mensaje le llegaba a la otra persona.

—Mamá, que estoy bien, estoy vivo, no me violaron, ni me robaron, ni vendieron mis órganos en el mercado negro, ni nada que me perjudicara. Me quedé a dormir en lo de una amiga. No mamá, no hicimos eso ¡No nos cuidamos porque no hicimos nada!

Nicolai siguió hablando con su madre por un par de minutos hasta que colgó.

—Son las ocho menos veinte ¿tienes auto?

Me abofeteé mentalmente. Al escaparme ayer, por medio de un portal, dejé el auto en el estacionamiento de la escuela. Era un auto de último modelo, más vale que siga allí y sino, buscaré al ladrón esté donde esté, cueste lo que cueste.

—No.

—Entonces, si queremos llegar a tiempo a la escuela, será mejor que empecemos a caminar.

— ¿Qué es esa cosa por la cual llamaste a tu madre?—pregunté cuando estábamos a un par de cuadras de distancia de mi casa.

— ¿Te refieres a mi celular? ¿No tienes uno?

—Ni siquiera sé lo que eso.

—Te pareces a mi abuela—sonrió ampliamente—"Pa' qué es esa cosa, mijo"—imitó la voz de una anciana, encorvándose, temblando y simulando sostener un bastón.

— ¿Qué esperas? Nací en el siglo XXVIII.

Nicolai rio, creyendo que era un chiste.

—Gracias por salvarme el trasero anoche, te debo una grande.

—No hay de qué, en serio. Vete a saber lo que nos podrían haber hecho esos tipos.

Empezamos la caminata hacia la escuela, Nicolai divagaba y hacía payasadas, mientras yo pensaba en mis asuntos. Si Alain no dudó en asesinarme ni dos segundos, seguramente fueran los Fulgurs quienes estarían atrás de todos esos asesinatos. Debería de hacer un reporte cuando llegara a casa, o hablarlo con Víctor o Vytho.

Las bocinas de un coche sonaron atrás nuestro. Nos dimos vuelta al unísono para ver a qué se debía tremendo alboroto. Una camioneta blanca se detuvo al lado nuestro. La ventanilla del copiloto se bajó, dejando ver a

Theo, el amigo de Nicolai que conocí ayer en el almuerzo.

— ¿Los llevo?

—Yo me siento adelante—gritó emocionado Nicolai mientras abría la puerta.

Los asientos eran deliciosamente cómodos. Eran blancos, mientras que el piso y las paredes eran negros. Tenía un agradable olor a menta proveniente de un pinito colgado del espejo retrovisor interno.

Al igual que la mayoría de los Ignis, aborrecía la mayoría de los inventos humanos, pero los automóviles eran algo que me fascinaban y me encantaba conducirlos siempre que tenía la oportunidad.

Cuando quise recordar, Theo ya estaba estacionando la camioneta. Estacionó al lado de mi auto. Cuando me bajé me puse a inspeccionarlo, no tenía ralladuras, conservaba los 4 neumáticos intactos y ni siquiera tenía una minúscula mancha. Gracias a los Dioses estaba bien.

Entramos al instituto y nos encontramos a Agatha.

A Theo y a mí nos saludó con un beso y un abrazo, feliz de vernos, a Nicolai con una fuerte bofetada. Theo y yo nos miramos impactados.

—Tu madre me llamó anoche ¿Sabes lo preocupada que estaba? ¿Dónde demonios estabas, Nicolai Jason Simmons?

—Auch—exclamó mientras sobaba la mejilla que le había golpeado—Tranquila, pasé la noche con Sam.

—Vaya, no sabía que ustedes...—Agatha pareció asombrada y desilusionada al mismo tiempo.

—No la pasó conmigo de la manera que tú piensas—me apuré en decir—Apenas lo conozco hace un día, además, no es mi tipo—negué con la cabeza de sólo pensarlo—Sin ofender.

—Para nada.

Me dirigí a mi casillero. Ayer, en mi charla con Agatha al llegar, ella me había dado montones de libros los cuales guardé allí. Me fijé en el horario cuál era mi próxima clase y agarre los libros correspondientes. Iba a pasar una estupenda mañana en las horas de matemática. Una estupenda mañana de sufrimiento, mejor dicho.

Vytho no sólo se rindió conmigo tratando de enseñarme historia, sino también matemática. Tantos números, gráficos y símbolos extraños nunca

entraron en mi cerebro. Bueno, también se rindió tratando de enseñarme conceptos básicos sobre magia, astronomía y buenos modales, pero esos son versos de otros cuentos.

Me senté al lado de una chica pelirroja que lo único que hacía era usar su azulejo-celular y retocar su maquillaje. El profesor empezó a explicar algo de lo que no sé qué acerca del coseno y la tangente.

—Samay Stefano, se solicita su presencia en la oficina del director inmediatamente—el parlante que colgaba de la parte superior de la pared empezó a sonar y no necesité la mirada de mis compañeros de clase para saber que me había mandado una grande. El apellido que había inventado mi tío sonaba raro junto a mi nombre.

Le pregunté a mi compañera de banco donde quedaba dicha oficina y me dirigí allí en menos de lo que aulla un lupino. Nada podía ser peor en comparación a todo lo que me había ocurrido el día anterior, además, me perdería las horas de matemática.

## Capítulo 6

### Capítulo V

Golpee la puerta hasta que la voz un hombre tras ella dijo "Adelante".

Apenas abrí la puerta de la oficina, un olor a humedad, parecido al del mausoleo de la fortaleza, castigó mi sentido del olfato. Este era el tercer peor olor que alguna vez había sentido, siendo el primero el que Aitor expedía después de hacer ejercicio.

La sala era espaciosa, sus paredes eran blancas y estaban adornadas con estanterías repletas de libros y adornos. En el fondo de la oficina se podía ver una gran ventana, la cual estaba abierta y cuyas acendradas cortinas danzaban al compás del viento. Un gran escritorio de madera oscura se encontraba en medio del recinto y, en la silla que estaba al frente de este, un hombre de tercera edad me analizaba con su mirada.

Dicho hombre era calvo y llevaba unos lentes casi tan grandes como su cabeza, que dejaban ver tras ellos unos ojos marrones carentes de pestañas. Llevaba un traje negro con rallas grises y una corbata azul oscuro igual de arrugada que su cara. Sus largos dedos jugueteaban con las hojas de una planta con flores blancas que había sobre el escritorio.

—Buenos días, señorita Stefano—me dijo el director, con cara de estar oliendo caca de lupino—Tome asiento.

Frente al escritorio había otras dos sillas, del mismo color ébano de la mesa, tapizadas con una rasposa tela verde oscuro. Me senté en la silla de la derecha, la cual exclamó un desagradable chirrido cuando la arrastré por el piso.

—Me temo que tendré que hacerla esperar un poco, cité a su padre para esta reunión y todavía no ha llegado.

— ¿Mi padre? ¿Cuál padre?

Unos golpes en la puerta se hicieron escuchar apenas terminé de pronunciar las palabras. Sin esperar a la respuesta del director, la puerta se abrió dejando pasar a un sonriente hombre de pelo negro entrecano y barba de varios días.

—Oh, ese padre— dije al ver a Víctor.

El nombrado vestía una vestimenta digna de las pasarelas de París. Llevaba una camisa rosa chicle, una corbata verde fluorescente y un traje negro que simulaba la piel de una serpiente. Y como olvidar esos hermosos zapatos de vestir rojos con estampado de cebra. Fantastique.

—Lindo traje—dijo el tobogán de liendres que tenía en frente al ver el estilo que llevaba mi "padre".

—Gracias, muy amable—sonrió de oreja a oreja, sin notar el sarcasmo del director.

— ¿Qué sucede? ¿Por qué estás aquí?—le susurré a Víctor una vez que se sentó.

—Ni idea, este viejo me dijo que viniera aquí inmediatamente—dijo en voz no muy baja, por lo que sospecho que media escuela lo escuchó.

El director se aclaró la garganta y le dedicó una mirada no del todo agradable.

—Señor Stefano—ahora trataba de hacer una mirada intimidante—Lo he citado aquí por el comportamiento inadecuado que ha tenido su hija el día de ayer...

— ¿Inadecuado? Pero si yo no hice nada—no comprendía el porqué de las acusaciones, no creo que se hayan enterado de mi lucha con Alain, o que incendié una pared.

—En horas de clase—el viejo hizo como si no hubiera salido palabra alguna de mi boca—Samay ha salido de clases con la excusa de padecer un dolor de cabeza...

—Eso era verdad, no fue una excusa.

El director puso los ojos en blanco.

—En fin, su hija se ha ido de la escuela en plena jornada escolar. Esto puede deberse a una latente necesidad de llamar la atención a sus autoridades o, simplemente, falta de "mano dura" en el ámbito familiar

— ¿Puedes traducirme, por favor?—esta vez Víctor si susurró al hacerme la pregunta.

—Ha dicho que eres un mal padre.

—Lo he citado para dejarle en claro a usted y a su hija que en este instituto tenemos una política de tolerancia cero hacia esta clase de comportamientos, por ende, al finalizar el horario normal de clases,

Samay tendrá que quedarse una hora adicional para cumplir su castigo—.La colección de arrugas sonrió con malicia.

— ¿Quedarme una hora más en este infernum? ¿Es en serio?

—Concuerdo con el señor... —Víctor miró la plaquita de metal que había sobre el escritorio—Moore, Sam, debes cumplir tu castigo.

Ahora Víctor intentaba hacerse el "padre" súper responsable y preocupado por la conducta de su "hija". El mismo Víctor que cuando tenía 5 años me olvidó en mitad del bosque toda una noche en pleno invierno. Tuve suerte de no haberme convertido en la comida de algún Lupino o haberme muerto de hipotermia.

—No jodas, Víctor. Todo esto es injusto. Tal vez Eidel te lo haya dicho, ayer fui atacada, justo aquí. Por eso escapé.

— ¿Te atacaron? ¿Quién?

—Su Majestad el príncipe Alain de los Fulgur—dije en tono de burla.

—Hablaemos de esto más tarde.

Esta conversación fue en latín, por lo que el confundido hombre nos miró como si hubiéramos estado aspirando ceniza volcánica.

— ¿Ya han terminado? —Víctor y yo asentimos— ¿Puedo pedirle que firme esto, señor Stefano? Es la concientización para este castigo... y futuros.

Ja, "futuro", como si me metiera en problemas a cada rato.

El director abrió uno de los cajones a su derecha y le tendió un papel rosa y una lapicera a mi tío, el cual firmó con un "SPQR" rodeado por laureles. Nos volvimos a ganar esa mirada acusadora del director Moore.

El hombre nos despidió de la oficina con una sonrisa en su rostro (seguramente porque ya no tendría que soportarnos) y una vez que cerró la puerta, escuché claramente como decía "Necesito jubilarme".

Víctor me pidió que lo acompañara hasta la salida, pero en mitad de nuestro trayecto se detuvo en frente de una fila de casilleros.

— ¿Cómo fue eso del ataque? ¿Te lastimó? —Su semblante transmitía cierta intranquilidad al mismo tiempo que enojo.

—No fue la gran cosa, verás, papá... ¿Puedo llamarte así?

—No.

—Papá. Todo comenzó ayer a la hora del almuerzo, cuando el estúpido Fulgur ese maldijo mi comida, o al menos esa es mi teoría de como pasaron las cosas. La cuestión es que empecé a sentirme fatal, por lo que un profesor me mandó a la enfermería de aquí. Ya estaba volviendo al salón, cuando me interceptó, yo no tenía mi espada por lo que tuve que huir como alma que lleva Caronte y... ¡Ahí está!

Alain estaba sacando algunos libros de su casillero, el cual quedaba aproximadamente a un metro de donde nos encontrábamos Víctor y yo. Me oculté de manera de que él no pudiera verme, pero yo sí a él.

— ¿Qué haces, Sam?—preguntó extrañado Víctor.

—Acecho a mi presa—, hice un gesto para que se callara—él fue quien envenenó mi comida, y nadie se mete con la comida de Sam. También me lastimó el brazo, y nadie se mete con el brazo de Sam. Ahora va a ver.

Desenvainé, por decirlo de alguna manera, mi espada, la cual había disfrazado de brazalete unas horas antes y me aproximé al rubio con intención de mandarlo al mismísimo inframundo. Lo hubiera hecho, si Víctor no me hubiera sostenido del cuello de la camiseta.

— ¿Quieres usar el cerebro por primera vez en tu vida?—espetó con dureza mi mentor— ¿No crees que es algo estúpido atacarlo estando rodeados de humanos? Y, tal como dijiste, es el mismísimo príncipe Alain ¿Eres consciente de las consecuencias? ¿No crees que sería estúpido atacarlo?

Pensé en lo que me dijo por unos pocos segundos.

—No, para nada.

Víctor me dijo algo muy feo que no voy a repetir.

— ¿Pero qué tenemos aquí?—dijo una voz burlona a mis espaldas— ¿No tuviste suficiente ayer? Veo que trajiste a un amiguito ¿él también quiere unos cuantos golpes? ¿O es porque no puedes defenderte sola?

— ¿Lo ves, Víctor? Me está provocando—alcé mi espada de manera que quedara bajo el mentón de Alain—Te borraré esa sonrisita a base de espadas—Luego hice descender mi espada hasta que la afilada punta estuvo sobre su manzana de adán—Un movimiento o una palabra más y te hago una traqueotomía casera.

—Por lo que veo, su Majestad Alain—comenzó a Víctor a hablar—no recuerda los tratados que tomaron lugar en su palacio hace tres meses,

los cuales sostenían que ninguno de los suyos o ninguno de los nuestros tenía el derecho de atacar al otro sin una razón válida.

Touché, rubio teñido.

Alain apartó mi spatha con su mano, provocando un ligero corte en sus dedos al cual no le dio importancia.

—Por lo visto, varios de los suyos tampoco recuerdan dichos tratados y masacraron sin piedad a los nuestros hace algunos días. Lo que hice fue una advertencia, un recordatorio de lo que mi gente es capaz de hacer, por lo que le recomiendo, señor Cónsul, que actúe con precaución y mantenga vigilado a su pueblo

Una tormenta eléctrica se desataba en sus ojos mientras hablaba y, sin agregar otra palabra a su pequeño discurso Alain se fue, hecho una furia.

— ¿De qué está hablando? ¿Hubo un ataque?

—No, no lo sé. Que yo sepa, ningún Ignis atacó a un Fulgur—Su mirada era pensativa, como si tratara de descifrar las palabras de Alain. Estaba igual de perdido que yo—Si me disculpas, será mejor que regrese a la Fortaleza, tengo cosas que hacer.

Llegué justo a tiempo para la clase de biología, la cual tomaba lugar en un gigantesco laboratorio, repleto de estanterías las cuales tenían frascos con partes de animales en su interior. Cuando entré, vi un frasco, o mejor dicho, él me miró a mí, ya que dentro tenía un enorme ojo de calamar. Al ver a los alumnos, me percaté de algo, todos habían formado grupos de a dos. Todos menos yo, obviamente.

— ¡Profesora!—dijo una voz chillona la cual reconocí inmediatamente como la de Agatha— ¿Podemos ser un grupo de tres, y que Samay venga con nosotros?

La profesora, una anciana tamaño megalodón y pelo parecido a un estropajo, dio su consentimiento y yo me dirigí a la mesa en la cual se encontraban Agatha y Nicolai.

— ¿Por qué te citó el viejo Moore?—preguntó Nicolai una vez que había tomado asiento.

—Fue para castifarme por haberme ido antes del colegio ayer. Resulta que tengo que quedarme una hora adicional el día de hoy—hice un

desanimado gesto de festejo.

— ¿Castigarte por eso?—interrumpió Agatha—Es totalmente estúpido, yo creo que deberías estar en el récord Guinness. Ya me imagino el título "Samay Stefano, la chica que consiguió escaparse del colegio a las tres horas de su primer día de clases"

¿Guinness? ¿Qué tiene que ver la cerveza con todo esto?

—El día de hoy—la profesora empezó a hablar—tendrán que diseccionar un corazón de vaca, señalar sus partes e indicar sus funciones correspondientes.

Nicolai destapó la bandeja que estaba sobre nuestro banco y, en efecto, había un gran y rojo corazón en ella.

Traté de recordar las clases que me había dado Daven, centurión del ejército Ignis, acerca del corazón, venas y arterias: "Si le das un fuerte golpe con el mango de tu espada justo en el corazón, dalo por muerto. Si le haces un corte certero en la vena yugular, este se desangrará rápidamente y dalo por muerto. Si le haces un profundo corte en la vena braquial, este se desangrará lentamente, pero de igual manera dalo por muerto".

Agatha agarró el bisturí y empezó a cortar el corazón por la mitad, el cual, a causa de los nervios que extrañamente seguían en funcionamiento (no hay nada mejor como un corazón de vaca recién extraído un jueves por la mañana) hizo unos raros movimientos.

— ¡Sigue vivo!—gritó Nicolai y, sacándole el bisturí a la de cabello violeta, empezó a apuñalar al ahora inerte corazón—Hay que volver a matarlo, antes de que nos infecte con su virus zombi y nos convierta a todos.

—Espero que sepas disculparlo, tantos videojuegos le dejaron algunas secuelas—me susurró Agatha.

Lo único que hice fue ocultar mis rostro con la mano izquierda. No sabía si reírme por la situación, o salir corriendo por la vergüenza ajena.

— ¿Señor Simmons, que es todo este alboroto?—dijo la señorasa cuando los gritos del chico llamaron su atención.

—A mí no me engaña, este es el corazón de un zombi. Usted, vieja loca, confabula con Dios sabe quién para exterminar a la raza humana, pero yo lo impediré—Nicolai volvió a apuñalar centellares de veces al pobre corazón.

Y así fue como Nicolai se ganó un lugar en la sala de castigos por haberle faltado el respeto a una autoridad, causar un alboroto descomunal y una cita con el psicólogo escolar por estar como una cabra. Por lo menos no iba a estar sola esa tarde.

Era la hora del almuerzo. Agatha había perdido el apetito a causa de tanta sangre por lo que aproveché y me comí su sándwich de jamón y queso.

— ¿Así que están castigados? Deberían aprender de mí, yo soy un alumno ejemplar y sin ningún castigo—dijo Theo con aires de superioridad.

—Claro, sin ningún castigo de lo que va de la semana—dijo Nicolai— ¿Acaso ya te olvidaste de la vez que incendiaste todos los cestos de basura?

— ¿Cómo podría olvidarlo? A Moore casi le da algo ese día—Theo dijo tratando mientras reía.

—Como para que no le dé. Casi quemas toda la escuela—Michael pinchó su ensalada.

— ¿Theo? ¿Michael? ¿Me acompañan? Tengo que decirles algo—no me gustó para nada la sonrisa de malicia implantada en la cara de Agatha.

Ambos chicos la siguieron sin rechistar.

— ¿Y tú que planes tienes para el apocalipsis zombi?—preguntó Nicolai—Tienes un jardín muy grande en tu casa ¿Por qué no construyes un búnker? Yo te ayudo, no se mucho sobre construcción, pero ya nos las arreglaremos.

Nicolai estaba contándome acerca de sus planes para el apocalipsis y múltiples teorías de destrucción mundial, una más alocada que la otra, cuando un desagradable olor empezó a sentirse por todo el comedor.

— ¿Quién se tiró un pedo?—gritaron algunos.

— ¡Alguien no se bañó!—gritaron otros.

Resultado final: tuvieron que evacuar el comedor ya que por culpa de tal inmundito olor, casi no se podía respirar. Lo que más me dolió fue dejar el sándwich de Agatha a la mitad, estaba delicioso.

—Señorita Bernardis, Caballero Brooks y Caballero Hamilton, se solicita

vuestra presencia en la oficina del director.

Resultó ser que los tres habían tirado la bomba de olor. Unos chicos de primero los habían visto y no dudaron ni un segundo en decírselo a un mayor ¿Acaso no saben lo que les pasa a los soplones? En mis tiempos, a cualquier soplón lo ataban por los pies a una carreta y lo llevaban a dar un “bonito y tranquilo paseo” por el pueblo.

—No los queríamos dejar solos en su castigo, así que decidimos acompañarlo—utilizó de excusa Agatha cuando los cinco nos dirigíamos al aula donde recibiríamos nuestra sanción.

Michael se adelantó a nosotros y me abrió la puerta, inclinándose al hacerlo. Era cómico como algunas personas se humillaban solo por tener la atención de alguien.

Nos recibió el profesor de arte, el cual le sonrió a todos menos a mí. Yo también le quiero, profe.

—El día de hoy seré el profesor que estará a cargo de su castigo, así que pórtense bien y no hagan mucho ruido, ya que me la pasaré durmiendo la próxima hora—admiro su sinceridad.

Nos sentamos al fondo y empezamos a hablar de cosas variadas.

— ¿Cómo puede ser que no tengas un teléfono celular?—preguntó alarmada Agatha— ¿Tienes la tarde libre mañana? Tenemos que comprarte uno inmediatamente, además necesito comprar los preparativos para el sábado.

— ¿Quiénes irán?—la interrogó Nicolai.

—Tú, yo, ellos—nos señaló a los tres—y mi tía Norma, si puede.

— ¿Puedo quedarme a dormir?—interrumpió Theo.

—Claro, ¿pasa algo?

—Mi hermano tiene una nueva mascota, una tarántula llamada Squishy. Ayer a la noche, mientras dormía, él la puso en mi cara. Fue... Fue horrible y no quiero que vuelva a pasar—Theo miraba a la nada misma, con una cara de asco semejante a la que puso Vytho cuando el pequeño y enfermo Pluviam estornudó sobre su camisa, llenándola de mocos.

— ¿Una tarántula? Linda mascota, estoy seguro de que matará muchos

zombis el día del apocalipsis. Asegúrate de que la entrene bien.

— ¿Quieres parar con eso? No estás en uno de esos malditos videojuegos, los zombis no son reales—dijo una enojada Agatha.

—Los zombis son más reales que todo lo que ves aquí, mi querida Aggie—Nicolai posó su brazo sobre los hombros de la chica y noté un leve sonrojo en las mejillas de esta.

Imitándolos, Theo puso su brazo sobre los hombros de Michael, mirándolo con cara seductora y lanzándole un beso. A todo esto, Michael lo miraba como si le hubiera salido un tercer ojo, acción que provocó la risa de todos, inclusive la mía.

Al final de cuentas, mi estadía con los humanos no sería tan desagradable como yo pensaba.

## Capítulo 7

### Capítulo VI

Las clases del viernes se me habían hecho interminables, tal vez haya sido por el hecho de que el fin de semana estaba a la vuelta de la esquina, o bien porque el profesor de literatura me dio un largo sermón por haber llegado tarde a su clase. Si bien muchos Bellatorum subestimaban a los humanos por sus claras desventajas físicas (y mágicas), he de admitir que admiraba su organización y su capacidad de entender el inglés antiguo del poema de Beowulf.

Tal y como habíamos quedado con Agatha el día anterior, esa tarde iríamos a comprarme un azulejo/teléfono celular y algunos preparativos para su fiesta de cumpleaños, la cual sería mañana. Así que, una vez que la campana sonó anunciando el fin de la jornada, ambas nos dirigimos al centro de la ciudad en mi auto.

—La tienda de electrónicos está a dos manzanas de aquí—comentó ella, la pobre hizo de mi guía turístico y mapa personal durante todo el recorrido.

Una vez que hube estacionado, bajamos del coche y caminamos hasta el local. Ya dentro, dejé que Agatha conversara con el gerente acerca de los últimos modelos de celulares. No le di mucha importancia, ni siquiera quería un teléfono (y ni siquiera pensaba usarlo) pero como es el dinero de mi tío y no el mío...

Creo que debería empezar a ser más considerada con el pobre viejo.

Me puse a divagar e inspeccionar todos los artículos de la tienda y preguntarme por qué los humanos necesitaban televisores tan grandes. Averigüé sobre máquinas que hacen pan solas, eran fantásticas, tu solo tenías que poner los ingredientes y el aparatito lo hacía todo por ti. Debía conseguirme uno.

Estaba embobada viendo las imágenes psicodélicas de un televisor cuando Agatha me llamó, había terminado su conversación con el vendedor. Una vez que elegí el color del modelo y hube "pagado" el móvil nos fuimos de allí y empezamos a recorrer las tiendas de la zona. Agatha paró en varias locales de ropa, fascinada con los modelos que allí exhibían e insistió en que me probara algunas prendas, pero ante mis negativas, abandonó dicho capricho. Ya tenía suficiente con que Eidel me obligara a ir de compras con ella por lo menos una vez al mes, esas aburridas salidas duraban horas que podría ocupar entrenando, comiendo o haciéndole bromas pesadas a Aitor.

Volvimos al auto, ya que la tienda la cual Agatha quería ir se encontraba al otro lado de la ciudad— ¿no había una más cerca?—por lo que empezamos un nuevo recorrido. La de pelo violeta se dedicó a cambiar de emisora de radio todo el tiempo, hasta que encontró una que fue de su agrado (había una canción que hablaba sobre un tipo con ojos de gato y que volvía en negro, era raro, pero he de admitir que el ritmo era bastante pegadizo). Yo, en cambio, disfruté del viaje. Aunque no lo parezca, yo era de esas personas que les gusta mirar el paisaje mientras viajaba. La ciudad en la cual me encontraba era bastante pintoresca, con sus árboles deshojados y gente con largas bufandas yendo y viniendo, parecía un cuadro que había tomado vida.

Detuve mi mirada en una vieja y casi derruida casa, guiándose por su apariencia, se podría decir que estaba completamente abandonada. Tenía dos pisos y una seca y descuidada enredadera que llegaba casi hasta el segundo. Por lo que la planta dejaba ver, la madera de sus paredes y ventanas estaba maltratada por el paso del tiempo y la humedad, mientras que las tejas rojas del techo estaban empezando a decolorarse y a caerse, dejando grandes y oscuros parches. En definitiva, una casa digna de ser la protagonista de uno de esos cuentos de terror que Eidel me contaba cuando era una niña.

— ¿Pasa algo?—preguntó Agatha sacándome de mis pensamientos. Ahí fue cuando me di cuenta de que había parado el auto y empezado a mirar con la boca abierta a aquella casa.

—No, lo siento—fue mi respuesta mientras sacudía la cabeza y pisaba el acelerador.

La tienda estaba atiborrada con cosas de decoración "terroríficas". Desde guirnaldas en forma de calabazas naranjas y negras, hasta miles de botellas de sangre falsa. Y como olvidar las telarañas de algodón que colgaban de las paredes. Faltaba una semana para esa festividad que los humanos llamaban "Halloween" (que no estaba para nada inspirada en festivales paganos y que, por cierto, tomaba lugar el mismo día de mi cumpleaños) por lo que ese tipo de tiendas se llenaban de disfraces y demás cosas que se suponía daban miedo.

Hace algunos años festejé Halloween con mi tío, a él le encantaba esa festividad, por lo que pensó que sería buena idea llevarme a una ciudad de Estados Unidos e ir a pedir dulces como regalo de cumpleaños. Víctor fue disfrazado de calavera y yo de dragón. La cara de terror de los niños humanos fue espectacular cuando me vieron escupir fuego de verdad.

Esa fue la breve historia de la primera y única vez que Víctor me llevó a pedir dulces. Él dice que el hecho de no volver a llevarme era un bien para

la humanidad.

Me distraje viendo las diferentes cosas que había en el lugar, mientras que Agatha chequeaba la lista de compras y recorría todos los pasillos al mismo tiempo. Vi una máscara de una especie de monstruo, con los ojos salidos y la boca abierta llena de colmillos y sangre. Si me preguntan, era muy parecida a la cara de Aitor cuando se despertaba. Sin pensarlo dos veces, me puse la máscara y me escondí detrás de uno de los estantes y, cuando Agatha pasó por allí, salté de improviso mientras gritaba.

Del susto hice que tirara los vasos de plástico y servilletas de colores que llevaba en las manos. Mientras ella gritaba un montón de groserías dirigidas a mí y a mi familia, yo reía tan fuerte como me lo permitían los pulmones.

— ¿Pero qué tienes en la cabeza? ¡No es gracioso! Vamos, ayúdame con esto—se quejó mientras empezaba a recoger lo que había tirado.

Una vez terminadas las compras, llevé a Agatha a su casa. Me ofreció pasar a tomar algo, pero tuve que rechazar su oferta por miedo a molestar. Me dio las gracias por la ayuda y nos despedimos. Su casa quedaba casi en el centro de la ciudad, por lo que tenía un largo trayecto hasta la mía, la cual se encontraba a las afueras. Por suerte, el combustible del auto también corría por cuenta de Víctor.

Sin distraerme más, me dirigí hacia mi casa, pero un súbito recuerdo me abordó. Aquella casa abandonada, había algo raro en ella. De repente tuve un fuerte impulso de recorrerla, de saber qué era lo que escondía. Ni siquiera fui consciente de cuándo cambié de rumbo.

Estacioné el auto en frente de la vivienda, había empezado a anochecer por lo que el lugar parecía aún más lúgubre que antes. A medida que me acercaba a la puerta, los latidos de mi corazón se incrementaban, como si sintiera el peligro que se aproximaba, pero me era imposible detenerme. Tal vez haya sido la curiosidad la que me haya hecho adentrarme allí, o la estupidez, o algo más. No podía parar, no ahora que estaba tan cerca.

Golpeé la puerta una, dos, tres veces, pero no se oía respuesta alguna. Si bien parecía abandonada, nunca hay que dar por hecho las cosas. Estaba por golpear una cuarta vez, pero la puerta se abrió con un chirrido, haciendo que el olor a humedad de su interior llenara mis fosas nasales y me hiciera toser. Estaba totalmente oscuro y se me hacía muy difícil distinguir algo en aquellas tinieblas. Alcé una mano e hice que una llama brotara, permitiéndome así iluminar el recinto y poder ver algo. Tuve que haber huido en ese momento.

Lo primero que vi eran gruesas botas, luego espadas y a medida que iba subiendo la mirada, vislumbré parcialmente caras que me miraban con

desprecio, pendientes de cada movimiento que hacía.

"Una Ignis" oí que se susurraban unos a otros, mientras que algunos reían por lo bajo.

Me rodearon fácilmente. Eran, como mínimo, unas quince personas que no pararon de susurrar ni por un segundo, aturdiéndome y haciéndome sentir más confundida de lo que estaba. Lo único en lo que podía pensar era en que ya me había llegado la hora, ya escuchaba a las "Keres" sobrevolando el lugar, listas para reclamar mi alma de un momento para otro. Maldición ¿Quién me llamó a meterme ahí?

Las luces se prendieron ante mi sorpresa, y me permitió ver a los dueños de las caras. Hombres y mujeres de todas las edades, vestidos con armaduras doradas de penachos azules, empuñaban sus espadas, esta vez, apuntándome con ellas. Un hombre alto y de facciones fuertes interrumpió la formación de sus compañeros para pararse justo en frente de mí.

— ¿Pero que tenemos aquí?—preguntó él, riendo y haciendo una especie de espectáculo con lo que estaba ocurriendo — ¡Una Ignis! qué agradable sorpresa... Les dije que el hechizo funcionaría.

Hechizo, hechizo... Según Vytho, Eidel y todos los libros de magia, hay un hechizo que sirve para atraer a tus enemigos a determinado lugar, para hacerles una emboscada. Creo que mi pasatiempo a partir de ese momento era recibir maldiciones y caer en hechizos por parte de mis enemigos. Bien por mí.

Desenvainé mi espada y atravesé al sujeto ese justo abajo de la axila derecha (el único lugar que tenía descubierto), aprovechando que estaba distraído. Todos se empezaron a separar, algo confundido por lo inesperado de mi acto, así que aproveché para intentar escapar.

— ¡Atrapen a la perra!—gritó el que había herido mientras una mujer intentaba curarlo poniendo una mano sobre la lastimadura y recitando un hechizo.

Dos hombres y una mujer me cortaron el paso rápidamente, traté de esquivarlos pero fue en vano. Bloqueé sus ataques con mi espada rápidamente, y ellos bloquearon los míos con las suyas con más rapidez aún. Tres contra uno, era una injusticia. Al no tener otra opción, provoqué un pequeño incendio en el piso bajo sus pies, haciendo que tuvieran que apartarse. La mujer, al parecer mucho más astuta que los otros dos, apagó el fuego con... con un tentáculo de agua que salió de su mano.

Traté de provocar más incendios, pero fueron rápidamente interrumpidos gracias a esos extraños tentáculos de agua. Uno de los soldados

aprovechó mi confusión y elaboró un hechizo para que quedara suspendida boca abajo. Agité mi espada como pude, tratando de cortarle la cabeza a alguno, pero el ángulo en el que me encontraba lo hacía totalmente inalcanzable.

Me bajaron rápido y sin previo aviso, por lo cual me di un fuerte golpe contra el piso. Mareada y aturdida, me levanté como pude pero, más temprano que tarde, volvieron a alzarme otra vez. Ahora, mi pie izquierdo pendía de un tentáculo. Estaba confundida por todo lo que estaba pasando, estas personas podían controlar el agua según su voluntad. Era imposible, no podían ser lo que yo creía que eran.

Tenía el estómago revuelto y me dolía la cabeza al sentir que toda mi sangre se almacenaba en ella.

— ¡¿A qué se debe todo este alboroto?!—Escuché que una mujer gritaba desde la segunda planta. Estaba a espaldas de ella, pero gracias al reflejo sucio de una de las ventanas pude ver como bajaba las escaleras apresuradamente.

— ¿Quién es ella?

—Una Ignis, señora.

—Suéltala—ordenó la mujer mientras regañaba al tipo que me sostenía por los aires. Al parecer, ella era la líder o, algo por el estilo, de todas esas bestias incivilizadas.

Me volvieron a bajar de un golpe. ¿Era normal no sentir parte del cráneo?

— ¡Pero despacio, animal!

Escuché pasos que venían en mi dirección y una mano que se posaba delicadamente en mi magullado hombro.

—Date la vuelta, querida.

Hice caso a sus palabras, di la vuelta y miré a la mujer a los ojos. Sus facciones eran finas, su nariz era pequeña y respingada. El cabello, oscuro como la noche, le llegaba ondulando hasta las caderas y sus ojos, que estaban rodeados de abundantes pestañas, eran del azul cielo más hipnotizante que había visto en mi vida. La mujer se paralizó por unos segundos mientras empezaba a hiperventilarse invadida por el asombro, tan pálida que parecía haber visto un fantasma. Dio unos pasos hacia atrás y tartamudeó un nombre.

— ¿T-Thais? ¿Thais, eres tú?—preguntó.

¿Eh? ¿Quién demonios es Thais? Negué con la cabeza.

—Mi nombre es Samay— ¿era peligroso revelarles mi verdadero nombre a estas personas?

Si antes dije que la mujer estaba asombrada, pues ahora estaba asombrada, sorprendida, anonadada, aturdida, estupefacta y demás sinónimos. Todos juntos.

—Samay... Sam-ay.

Susurró mi nombre, como si lo estuviera asimilando, como si lo analizara letra por letra mientras que sus ojos se llenaban de lágrimas y sus labios empezaban a temblar.

Ya sabía que mi nombre no era tan "lindo", pero no hacía falta ponerse a llorar. Seguro ella tenía un nombre más feo. Era el momento perfecto para que lograra escaparme ya que, al igual que la señora, los demás soldados estaban paralizados por todo lo que estaba ocurriendo.

—La verdad, ha sido un placer conocerla y... ¿Sorprenderla?—comencé a hablar— Y también ha sido un placer haber recibido una paliza por parte de ustedes, aunque diesi tantos contra uno es algo injusto ¿no les parece? Peeero, creo que es momento de que nos separemos aquí y que cada uno siga con sus vidas. Que les vaya bien.

Acto seguido, me levanté y corrí, corrí hacia la salida como si no hubiera un mañana. La mujer salió tras de mí, gritando y llorando de forma histérica. Decidí no hacerle caso, no quería caer en dos engaños en menos de media hora.

— ¡Samay, espera! Yo... Yo... ¡Tú...!

Y antes de darle una oportunidad para que dejara de tartamudear y completar la frase, arranqué el auto y salí de allí a la velocidad máxima permitida.

## Capítulo 8

### Capítulo VII

Casi no había podido pegar un ojo en toda la noche. Cada mínimo ruido que oía, cada sombra que creía ver, mi mente se las arreglaba para conspirar en mi contra, y pensar que algún ejército esperaba el momento adecuado para atacar. No me sentía segura estando allí.

La tarde de ese sábado era una de esas típicas tardes otoñales. El viento frío barría con fuerza las hojas caídas de los árboles, mientras que las nubes grises se amontonaban en el cielo anunciando una próxima tormenta.

Estaba en los jardines de la fortaleza—en busca de sentirme más protegida— precisamente en mi lugar favorito. Una especie de templete tallado en madera, con una mesa de ajedrez en su interior y montones de plantas exóticas a su alrededor que luchaban entre ellas por los espacios verdes y trepaban por las columnas de la ya mencionada estructura. Me encontraba al final de una partida de ajedrez con Vytho en ese momento. Era la tercera vez consecutiva que me ganaba, obviamente, porque yo había dejado que lo hiciera. No quería que su título de "campeón ajedrecista" se viera opacado por mis dotes innatas para el juego. Bueno, tal vez eso no sea muy cierto (por no decir casi nada).

Decidí que era momento de contarle lo que pasó el día de ayer. No podía que quedarme callada ante un hecho tan importante y extraño. Siempre me resultaba mucho más fácil hablar con Vytho que con mi tío, ya que Víctor era demasiado cabeza dura y le era difícil creer en algo sin haber visto las pruebas con sus propios ojos, sabía de antemano que mi relato le parecería una mentira mal montada y me mandaría de paseo.

— ¿Qué son todos esos hematomas?—dijo, prestando por primera vez atención a mis brazos. El encuentro de ayer me había dejado varios de estos por todo el cuerpo que decidí no curar porque, a fin de cuentas, eran unos simples moretones...

Bueno, está bien, no los curé porque no tenía ni la más mínima idea de cómo hacerlo y estaba demasiado cansada como para hacerle una visita a Eidel.

La respuesta a la pregunta realizada por Vytho era una forma excelente para empezar con el relato.

—No creerás lo que me pasó—dije para llamar aún más su atención y, acto seguido, le conté todo lo sucedido con mucho detalle, enfatizando el hecho de que a esos sujetos les salieran tentáculos de agua de las manos

y la reacción que tuvo la mujer de los ojos azules al verme y saber mi nombre.

Vytho miró hacia abajo con cara de concentración, como si estuviera procesando palabra por palabra lo que le acababa por decir.

—Me preguntó si me llamaba Thais ¿Sabes quién es?

Levantó su mirada y, alzando las cejas, la juntó con la mía. Su expresión era de incertidumbre, sorpresa y preocupación.

—No, no la conozco—respondió con rapidez, casi se podría decir que estaba nervioso. Era evidente que mentía, no soy estúpida... Tan.

Pero ¿Por qué lo hacía?

— ¿Seguro? Intenta recordar un poco—pregunté dándole una segunda oportunidad para que me dijera la verdad.

—Seguro, ¿Vas a jugar?—señaló el tablero, queriendo cambiar de tema.

Moví el alfil que me quedaba, el cual, segundos más tarde, fue derribado por uno de los peones de mi oponente.

— ¿Tú crees que eran Aquas?

Mi pregunta casi lo hizo atragantarse con su propia saliva. Volvió a alzar las cejas y se levantó de la mesa, tirando algunas piezas mientras se acomodaba los lentes.

—Si me disculpas, debo irme. Tengo que hacer un par de cosas. Nos vemos más tarde.

—Pero...

—Con tu permiso.

Vytho se fue corriendo de allí como si le hubiera confesado que tenía una enfermedad mortal ultra contagiosa y que se la pegaría si lo llegaba a tocar.

No quería quedarme con los brazos cruzados, era evidente que allí había gato encerrado. Se alarmó cuando le conté lo sucedido anoche, pero se alarmó más cuando mencioné dicha estirpe Bellatorum y cuando oyó el nombre de Thais. ¿Quién era ella? Lo iba a averiguar y nadie me lo iba impedir.

Fui tras los pasos de Vytho, dispuesta a que me diga la verdad, o por lo menos parte de ella, por las buenas, o por las malas. No sabía exactamente dónde estaba, pero lo suponía, así que fui directo allí.

Estaba a unos pasos de la entrada de la biblioteca, escuchaba unas voces discutir, pero no podía escuchar claramente lo que decían. Iba a abrir la puerta, cuando fui interrumpida.

— ¡Eh, Sam! ¿Cómo va todo?—miré para ver a quien pertenecía esa grave voz.

Un hombre de tez increíblemente pálida y gran altura sonreía con los brazos en las caderas. Sus ojos rojos emitían la misma calidez del fuego y su lacio cabello rubio platino le llegaba a la altura de los pectorales.

— ¡Daven! ¿Cómo has estado?—hacía tiempo que no lo veía, era una grata sorpresa tenerlo frente a mí.

Daven era uno de los centuriones del ejército. Su ascendencia era nórdica y, al igual que sus antepasados, practicaba la misma religión. A veces me contaba mitos e historias sobre sus Dioses, mi favorita era una en la que el Dios Thor intentaba beberse una jarra de hidromiel conectada al océano. Me hacía acordar a mi tío durante cualquier fiesta, o a un día común y corriente en la vida de Tiberius.

— ¿Qué es ese peinado?—lo interrogué, alzando una ceja, cuando noté unas pequeñas trencitas entre su melena.

— ¿Esto?—rio mientras sostenía una entre sus gruesos dedos—Es producto de algo de tiempo de caridad con mi nieta, Ophelia.

Sonreí de solo imaginarme la situación, un tipo de más de dos metros de altura sentado en una diminuta silla de plástico violeta mientras bebía de una taza del tamaño de su falange.

De repente, se me encendió la lamparita, Daven tenía muchos más años que Vytho, por lo que seguramente él debía saber lo que el otro me ocultaba.

—Oye, Daven, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro, dime.

— ¿Sabes quién es Thais?

— ¿Thais hija de Marcus? Pues, si es ella, fue una importante comandante en la "Guerra de la impureza", la conocía personalmente, éramos del mismo bando—sonrió algo nostálgico y me miró—Ahora que lo pienso, te

pareces un poco a ella, la misma forma de cara, los ojos, y también era tan tozuda como tú.

Ignoré lo último que dijo.

— ¿Y dónde está? ¿Qué fue de ella?

—Fue asesinada cuando la guerra tocaba su fin. Está en todos los libros de historia, niña ¡lee un poco!

—Es culpa de Vytho que yo sea tan ignorante, repróchalo a él por rendirse conmigo.

— ¡Abuelo! ¡El té ya está listo!—se oyó una chillona voz infantil provenir de una de las habitaciones.

—Creo que debo abandonarte, me espera una larga tarde llena de ceremonias de té y peluches. Hasta luego.

Luego de despedirse, Daven entró con una sonrisa de oreja a oreja a la habitación en la cual estaba su nieta. Era totalmente adorable.

Volviendo a mi cometido, apoyé la mano en el pomo de la puerta de la biblioteca, pero decidí que la mejor idea sería agudizar el oído y escuchar la conversación. Era Víctor el que hablaba.

—... Bernadette. No creo, ¿sabes que es prácticamente imposible, no?

—Pero —respondió Vytho— ¿Y si...?...Tal vez encontraron una forma... No subestimes a Septimus.

Algunas palabras eran casi inentendibles, pero algo logré captar. Según Vytho, un tal Septimus encontró una forma de escapar de no sé dónde. Muy bien, todo con mucho sentido. Ahora tenía muchas más preguntas que antes.

—Sé que eres una mocosa insolente, pero... ¿De verdad has caído tan bajo como para escuchar a escondidas conversaciones que no te incumben en lo más mínimo?

Oí la desagradable voz de Aitor a mis espaldas. Alcé la vista y lo encontré mirándome despectivamente. Estaba más feo que de costumbre ¡rompió su record!

Sin previo aviso me tiró de las orejas y abrió la puerta, obligándome a entrar.

—Encontré a esta palurda escuchando tras la puerta—tiró aún más fuerte de mi oreja al decir la palabra palurda. Si será infeliz.

— ¿Qué has escuchado?—preguntó Vytho entre alarmado y enojado.

— Solamente palabras sin sentido, lo juro ¡Ay!

—Suéltala—pidió Víctor enojado.

El viejo cascarrabias me soltó y me empujó al suelo.

—Y la palurda soy yo...—susurré mientras me levantaba y limpiaba el polvo de mis rodillas. No le vendría nada mal una limpieza a fondo al piso de la biblioteca, o a Aitor. Viejo mugriento.

— ¿Puedo hablar contigo a solas, Sam?—me preguntó mi tío, aún enojado. Me limité a asentir con la cabeza. Creo que era hora de escribir mi testamento. Contando esta, iba a ser la tercera vez que iba a estar al borde de la muerte en menos de una semana.

Mientras bajábamos por las escaleras y veía cuadros y demás representaciones de eventos pasados, algo hizo clic en mi cabeza y la escasa información que había reunido esa tarde cobró sentido. Si mal no recuerdo de mis pobres clases de historia, Thais y Septimus eran una Ignis y un Aqua que lideraron al bando de los revolucionarios en la "Guerra de la impureza". Casi al final de esta guerra, miembros del bando conservador elaboraron una emboscada y abrieron un portal hacia el inframundo, confinando a toda la estirpe Aqua en aquel lugar. Si encontraron una forma de escapar, definitivamente no estarían aquí para negociar.

Luego de tanto recorrido, llegamos al comedor, una gran habitación con paredes rojas y mesas de madera oscura distribuidas por todas partes. Retratos de cónsules pasados decoraban la habitación mientras que en el centro de sala había un gran fuego, "el fuego sagrado de Vesta", que nunca se apagaba. Camareros iban y venían con las órdenes, mientras que unos guardias echaban a unos hombres que habían tomado más de lo debido.

Nos sentamos en una de las mesas más alejadas de la multitud.

—Cuéntame qué pasó ayer—la severidad de su rostro me empezaba a impacientar.

—Me atacaron unos tipos que tenían control sobre el agua. Solamente eso.

— ¿Insinúas que son...?

— ¿Aguas? No quiero sacar mis propias conclusiones, pero es muy probable.

— ¿Probable? ¿Tú, al igual que Vytho, vas a empezar con la estupidez de la probabilidad?—levantó una ceja mientras apretaba fuertemente sus puños.

—Sé... Sé que suena loco. Los Aguas fueron desterrados al inframundo hace muchísimos años, pero tal vez...

—Tu misma lo acabas de decir. Fueron desterrados al mismísimo inframundo hace dos siglos, es imposible que hayan sobrevivido

—...Sólo tal vez —, seguí con lo que estaba diciendo antes de ser interrumpida—hayan conseguido una manera de escapar. En lo personal, nunca tuve contacto con ninguno, por lo que no podía asegurar al cien por ciento que las personas con las que me topé anoche lo eran, pero entonces ¿Qué eran? Controlaban el agua, traté de matar uno pero créeme, esos tipos eran duros, hablaban latín, Víctor ¿necesitas otra prueba más para que confirmes lo que eran?

Mi tío dio un largo y profundo suspiro mientras sus dedos tamborileaban en la superficie de la mesa.

—Por eso mismo no tienes ningún derecho a sacar tus propias conclusiones. Nunca has visto ninguno, no sabes cómo lucen, no sabes cómo se comportan, no sabes cómo son a la hora de luchar, ¡No sabes nada!

— ¡Sé muy bien lo que vi!

— ¡No, no lo haces! Como Vytho me contó, estabas bajo los efectos de un hechizo ¿Y si era tu mente haciéndote una mala jugada? ¿Y si era un grupo de Fulgurs haciéndote una broma? No sería la primera vez que pasa. Como he dicho, tú no sabes nada. Lo peor es que te conozco, irás por todas partes a contar lo que me cuentas a mí ahora. Si llego a escuchar a alguien hablar sobre los Aguas, te aseguro que tendrás tus consecuencias correspondientes.

Se levantó hecho una furia, vi como empezaban a emerger pequeñas chispas de fuego de su piel. Salió del comedor antes de que alguien más lo viera en ese estado.

Sequé mis lágrimas de impotencia y me tragué mi devastado orgullo para dirigirme a las afueras de la fortaleza. Necesitaba un tiempo para estar

conmigo misma.

No muy profundo en el bosque, había un enorme sauce llorón al cual me gustaba trepar cada vez que me sentía triste, por eso mismo le había apodado "Tristitia". Colgaba boca abajo desde una de sus ramas más bajas, la punta de mis dedos casi podían rozar el suelo. El sol se estaba escondiendo tras el horizonte y el frío iba en aumento, enfriando las lágrimas que recorrían un camino desde mis ojos hasta la tierra.

No comprendía por qué Víctor no podía creerme, o por lo menos realizar una investigación en el lugar de los hechos. Se había cerrado totalmente ante lo que le había planteado. Si ni siquiera iba a escucharme, ¿por qué me había dado esta misión en primer lugar? No importaban todas las cosas que él dijera, yo estaba muy segura de lo que había visto, y no iba a parar hasta demostrarlo.

Me levanté hasta poder sentarme en la rama, y de allí salté hasta el suelo, invoqué un portal entre dos árboles y volví a Inglaterra. Ya debían de estar esperándome.

Tomé una rápida ducha y me vestí de manera más o menos decente para el cumpleaños de Agatha. Tomé su regalo—un pequeño brazalete de plata que había permanecido sin uso alguno en mi armario durante años, pero que seguro le gustaría— y me dirigí a su casa.

Tenía la esperanza de que pasar la noche con mis nuevos amigos me despejaría de todo lo sucedido aquella tarde. Me puse a recordar un poco, aunque cada parte de mi haya querido evitarlo. El comportamiento de Vytho había sido muy extraño, me mintió diciendo que no conocía a Thais, pero según lo dicho por Víctor durante nuestra discusión, el cónsul me creía.

Estacioné el auto cerca de la entrada y desde esa distancia ya se podía oír la música. Toqué el timbre varias veces hasta que finalmente me abrió una sonriente—como de costumbre—Agatha. Me invitó a pasar y me ofreció algo para tomar y una porción de pizza que acepté si protestar, moría de hambre. Le di su regalo, el cual le encantó. Me dio las gracias y se lo puso de inmediato. Saludé a los invitados, hasta ese entonces sólo estaban Theo, Michael y algunos familiares.

—Nicolai vendrá dentro de poco, espero. Ya se hizo un poco tarde.

—No te preocupes, Aggie—Theo la abrazó por los hombros—Seguro ya debe estar por llegar.

Pasaron varios temas, bailamos, jugamos, hablamos de banalidades, Agatha sopló las velas—17—, pero Nicolai seguía sin aparecer.

—Es raro en él, no es de los chicos que llegan tarde ¿y si le pasó algo?—la del cumpleaños empezaba a alterarse.

—No creo, lo conoces bien, a veces es un poco distraído. Seguro se quedó jugando League of Legends—. Theo trataba de tranquilizarla—llámalo, apuesto lo que quieras a que es eso.

Agatha lo llamó, Michael y Theo también, ¡Incluso yo lo hice! Pero Nicolai nunca respondió.

—Sí, está bien, la mantendré al tanto, adiós—Michael acababa de llamar a la casa del desaparecido—Su madre dice que no está allí. Dijo que salió para aquí hace como dos horas.

—No... No puede ser—Agatha estaba al borde de una crisis nerviosa.

Pasamos el resto de la noche en vela, tratando de dar con el paradero de Nicolai. Dimos vueltas por toda la ciudad, pero no hubo resultado, llamamos a la policía cuando eran las cinco de la mañana y seguíamos sin noticia alguna. Me encargaron la tarea de tranquilizar a Agatha, mientras que Theo y Michael se encargaban de tranquilizar a la familia de Nicolai.

La policía dijo que harían todo lo que estaba a su alcance para encontrarlo. Los días siguientes, la ciudad se había llenado de carteles de búsqueda. No se hablaba de otra cosa en las noticias de la televisión, periódicos o radios, y varias personas suponían lo peor.

Era como si la tierra se lo hubiese tragado.

## Capítulo 9

### Capítulo VIII

Esos días en el instituto no me sentaron muy bien que digamos; todo el nerviosismo y la conmoción de las personas me afectó más de lo que me hubiera gustado. Nicolai era un muchacho el cual le caía bien a todo el mundo, por lo que varios de los alumnos se solidarizaron en su búsqueda, incluso los profesores, pero hasta el momento nada daba resultado.

Era miércoles por la tarde, había arreglado para juntarme con Agatha en un café del centro esa tarde. Quería animarla un poco, ya que no la estaba pasando nada bien en ese momento, casi no iba a la escuela y se la pasaba llorando todo el tiempo. Nuestra conversación se dispersó en todo tipo de tópicos y, a pesar de que yo no entendía varias cosas de las que hablaba, hacia lo posible para seguirle la corriente y ocultar mi ignorancia en esos temas. Por lo menos la pasamos bien y la ayude, aunque sea un poquito, a distraerse y sobrepasar la dura situación que estaba atravesando.

Al día siguiente decidí separarme un poco de ese ambiente de tensión y me tomé el día libre (obviamente, sin consultarle ni a mi tío ni a Vytho antes). Me pasé el día en la fortaleza evitando que me vean estos dos, comiendo, bebiendo, hablando y entrenando con otros miembros de la guardia y, como no, jugando con Pluviam. Le había llevado el juguete más grande que encontré en una tienda de mascotas, un peluche del monstruo del lago Ness que debía medir, de cabeza a cola, unos 60 centímetros aproximadamente. De más está decir que el muñeco no le duró más de cinco minutos.

Era cerca del mediodía cuando fallé en mi misión de evitar a Víctor y Vytho. He de reconocer que no fue una buena idea tratar de ocultarme de ellos precisamente en el lugar donde viven. Tomaré nota para la próxima.

— ¿No tendrías que estar en la escuela?—preguntó Vytho cuando me lo crucé de frente al doblar en una de las varias esquinas de la fortaleza. Me limité a alzar los hombros y mostrar señal de desconcierto.

Vytho suspiró resignado y se quedó pensativo durante unos segundos, seguro pensando un cruel castigo para mi desobediencia. Sólo esperaba que no me hiciera limpiar el recinto otra vez, kilos y kilos de caca de caballo no eran para nada agradables.

—Ahora que lo pienso...—hizo una pausa mientras sonreía con malicia—Me vienes muy bien en este momento, sígueme.

Vytho me llevó a hasta la herrería, un espacio grande y de techo abovedado, donde se llevaba a cabo la producción de todas nuestras armas: espadas, arcos, flechas, hachas de guerra y un largo etcétera. Saludamos a los herreros y Vytho agarró algunas espadas, las envolvió con unas cuantas telas y las hechizó para que encogieran su tamaño. Una vez que tuvieron la dimensión de una aceituna, las metió en una cajita, la ató con una cinta roja y me pidió que las guardara en mi bolsillo.

—Un miembro de la guardia, el cual reside en un pueblo en los límites de Roma, pidió este encargo. Como ha sufrido varios percances, no ha tenido tiempo de retirarlas y nos ha pedido encarecidamente que se las entregáramos a domicilio.

—No parece difícil, un simple portal y problema resuelto.

—No tan rápido, jovencita. Por desobedecer las órdenes y no ir a la escuela hoy, tu castigo será realizar la entrega a pie.

— ¿A pie?

—Te prohíbo terminantemente que utilices un portal. Te aconsejo que partas ahora, son 14km entre ida y vuelta.

— ¿7 kilómetros?—dije atónita.

-Si, 7 kilómetros, te felicito por saber dividir entre dos. Ahora más vale que te apures, no querrás volver cuando sea de noche.

Equipada con mi espada, un poco de agua y algunos bocadillos empecé a andar. No era un trayecto demasiado largo y, si trotaba, estaría allí en menos de una hora. Aunque eso no evitó que le hubiera dicho una buena dosis de insultos a Vytho y a sus familiares por haberme encargo esa misión. Ya tenía suficiente con la que tenía actualmente como para agregarle otra más, por más que sea breve ¿Un descanso es mucho pedir?

Vytho era una de esas personas con cara de ángel y personalidad de demonio. A primera vista parecía una persona agradable, si intercambias algunas palabras con él, seguramente te parecería alguien encantador, buena persona e incluso guapo. De hecho, varias chicas cayeron en sus garras—no por nada tenía fama de mujeriego—.Pero una vez que lo conocías más a fondo te dabas cuenta de que era todo lo contrario. Un completo hijo de su mami. Conmigo era, dentro de todo, bastante amable, pero le había visto hacerle la vida imposible a varios miembros de la República o de la guardia, mientras coqueteaba con sus esposas.

Iba inmersa en mis pensamientos, apenas consiente de lo que pasaba a mi alrededor, por lo cual me impresioné demasiado cuando una flecha

pasó silbando cerca de mi nariz y se clavó en el árbol que estaba tras de mí.

— ¿Qué mierda?—pronuncié al ver aquel proyectil en el árbol. Traté de inspeccionarlo, pero al querer tocarlo, este me dio una ligera descarga eléctrica.

Miré en a la dirección de la cual había venido la flecha, pero lo único que el reflejo del sol me dejaba ver era una figura femenina... ¡Apuntándome! Me agaché antes de que pudiera hacer un kebab con mis sesos y una nueva flecha voló sobre mi cabeza y se incrustó otra vez en ese pobre árbol. Desfundé mi espada y me dirigí rápidamente hacia donde estaba esa Fulgur, esquivando las flechas lo más rápido que podía.

Llevaba una brillante y ligera armaduraa de acero dorado, la cual emitía un tintineo metálico cada vez que flexionaba el brazo para disparar. Su pelo rubio estaba recogido en dos trenzas pegadas a su cuero cabelludo, mientras sus ojos, una mezcla entre azul y ámbar, se entrecerraban por momentos por culpa del sol. Sus facciones finas y su figura alta y esbelta la hacían parecerse a una de esas modelos de las revistas que había en la casa de Agatha.

Al ver que me acercaba, guardó su arco y en un rápido movimiento desenvainó su espada, interrumpiendo una estocada mía con un fuerte impacto. Di unos pasos hacia atrás, para retomar fuerzas e impulso y el intercambio de golpes, estocadas y desvíos empezó.

Di una vuelta para evitar que clavara su espada en mis costillas, al no tener una armadura o algún otro tipo de protección, presentaba una gran desventaja ante ella. Frené su espada a centímetros de mi cara con gran esfuerzo, aunque no pude evitar un pequeño corte en mi mejilla izquierda. Ignoré el ardor y cuando pude sacármela de encima, barrí con la espada el piso a sus pies, acción que hizo saltar a mi contrincante. Mientras se encontraba en el aire, golpeé fuertemente su pecho, provocando que se desestabilizara y callera a varios metros de distancia. Ni corta ni perezosa, me aproximé a ella puse y la hoja de la espada a la par de su cuello, aprovechando que con la caída había soltado su arma.

— ¿Quién eres?—pregunté toscamente, mientras limpiaba con la manga de mi remera las finas gotas de sangre que habían empezado a correr por mi pómulo.

— ¿No crees que debería ser yo quien preguntara eso?—sonrió sarcásticamente para luego volver al semblante serio que había tenido durante la breve batalla. —Este es uno de nuestros territorios.

— ¿Quién eres?—volví a preguntar impacientemente y cortando la

distancia entre la espada y su cuello.

—Soy Elodie, hija del Rey Aulus y nieta de bla, bla, bla, ¿Quién eres tú y qué haces aquí?

Al parecer, la realeza Fulgur había tomado por costumbre el querer verme muerta. Me preguntaba quién sería el siguiente ¿El Rey? ¿Su hijo bastardo?

Ahora me hacía una pregunta más seria, ¿Por qué el príncipe se encontraba en Inglaterra, y la princesa en Italia, siendo que su palacio quedaba en Mónaco?

—Samay, hija de alguien. Lo que hago aquí no te incumbe.

—De hecho, me incumbe y demasiado. Como ya dije, estos son territorios nuestros y, viendo la tensa situación en la que se encuentran nuestros pueblos en este momento, no tienes nada que hacer aquí—apartó con escasa sutileza mi espada mientras me analizaba con la mirada.

—Que sean territorios suyos no impiden el paso de los nuestros siempre y cuando sea en son de paz—dije recordando una ley—Voy a hacer una entrega a un pueblo en los límites de la provincia.

Elodie puso los ojos en blanco, pasando totalmente de mí. Se puso de pie elegantemente, yo me puse en guardia ante la espera de un ataque.

—No pienso luchar contigo... Por ahora—hizo una señal para que bajara la espada, la cual desobedecí—Te doy dos minutos para que salgas de mi vista, comenzando ahora.

— ¿Qué?

Me miró mientras hacía una mueca de disgusto, lo cual provocó en mí unas terribles ganas de rebanarle el descubierto cuello a la princesita. Por otro lado, eso sin lugar a duda desataría una guerra entre ambas estirpes, y Víctor se pondría furioso.

—Desperdicias tu tiempo...—la hoja de su espada empezaba a iluminarse por la energía eléctrica que despedía.

Normalmente me quedaría a pelear, era demasiado orgullosa como para dejar que me amenazaran de esa manera y conservaran todas sus extremidades, pero no tenía ganas de entretenerme en una pelea estúpida. Deseaba con ansias terminar la misión y volver a la fortaleza, o a mi nueva casa.

Utilizando el dolor que me provocó el corte, ya que cierta magia necesita de ciertos sacrificios, realicé un hechizo de glamour y me volví invisible ante sus ojos—y ante los de cualquiera que estuviera viendo—y me fui de ese lugar, retomando mi camino al pueblo. Elodie pareció enfadarse un poco, seguramente pensó que me iría corriendo como una niña o algo parecido. Ilusa.

Llegué al pueblo después de casi una hora de haber empezado el viaje. Deshice el glamour y empecé a buscar la dirección la cual Vytho me había indicado.

Aquella villa era bastante pintoresca. Sus calles estaban adoquinadas con ladrillos color terracota y sus veredas decoradas con pequeños arbustos. Las casas, en su gran mayoría de dos pisos y una pegada a la otra, lucían viejas pero bien cuidadas. Había montones de vendedores ambulantes, trayendo carretas repletas de productos de aquí para allá y anunciando a cántico sus mercancías. Algunos Bellatorum estaban haciendo espectáculos en medio de la calle y los niños a sus alrededores se entusiasmaban al verlos. Era como un pequeño pueblito de antaño perdido en medio del siglo XXI. Le di un denario a una chica que estaba tocando una hermosa melodía en una guitarra con cuerdas de fuego.

Tras un breve recorrido por los caminos, llegué a la casa del soldado. Golpeé la puerta de madera clara y esperé a que abrieran, cosa que ocurrió escasos segundos después. Un muchacho alto, de piel bronceada y ojos rojos estaba parado en el umbral. Su pelo castaño oscuro estaba desordenado y su barba de un par de días se empezaba a ver desalineada. Me miró de arriba abajo y con una melodiosa voz grave dijo:

— ¿Puedo ayudarte en algo?

A riesgo de parecer una degenerada, ese chico podía ayudarme en todo lo que quisiera y más. Traté de mantener la compostura, no era el primer chico guapo que veía.

—Eres Jarek, ¿verdad?—dije rogándole a los Dioses que no me ruborizara. Él solo sonrió y asintió—Me presento, mi nombre es Samay, vengo desde la fortaleza, tengo una entrega para ti.

Saqué la caja con las espadas de mi bolsillo y se las entregué.

—Genial, muchas gracias ¿gustas pasar?

—No hace falta, no quiero molestar.

—Para nada, en serio, pasa.

Jarek se hizo a un lado para dejarme pasar y, para no quedar como una desagradecida, lo hice. La casa no era tan grande, más bien era un departamento. La cocina y la sala de estar eran un mono ambiente moderno y minimalista, y un largo pasillo a la derecha conectaba con las otras habitaciones de la vivienda, me invitó a sentarme y me invitó algunos snacks los cuales rechacé amablemente.

Me dio la paga correspondiente por las espadas, unos cuantos Áureos, y dos denarios como propina. También me preguntó por la herida que tenía en la mejilla, le conté lo sucedido y me ayudó a curarla.

—Es raro que haya habido alguien ahí—dijo cuándo me tendió un paño húmedo para desinfectar la herida—Esas tierras están completamente deshabitadas.

Sacó otro paño del botiquín y esta vez lo empapó de un líquido negro.

—Tal vez esto te arda un poco—nuevamente me entregó el paño, el cual rápidamente pasé por mi mejilla. Sentí un pequeño picor mientras sentía que el corte se cerraba.

— ¿Hace mucho que eres miembro de la guardia?—preguntó curioso.

—Prácticamente desde que aprendí a usar una espada. Víctor es mi tío y tutor, por lo que vivo en la fortaleza desde que él me adoptó. Apenas pude levantar una espada y manejarla correctamente, él me hizo miembro oficial.

— ¿Así que tú eres la famosa sobrina de Víctor? ¿La misma que dejó abierto el establo y tuvo que atrapar todos los caballos luego?

—Exacto. Me costó un mes lograr atraparlos a todos, quién diría que esos bichos pueden ser extremadamente escurridizos si se lo proponen.

— ¿La misma que hizo explotar la biblioteca?

—Detestaba las clases de historia de Vytho, y no encontré otra forma mejor de evadirlas que esa.

— ¿La misma que...?

—Ok, ya entendí, me suelo meter en muchos problemas, no hace falta que me lo recuerdes.

—Lo siento, no quería incomodarte—se rio y mordió su labio inferior, acción que lo hizo ver aún más guapo. Fingí un pequeño ataque de tos

para disimular lo rojo de mis mejillas.

Nuestra conversación se desvió y terminamos hablando de varios temas durante, más o menos, una hora. Nos habíamos entretenido un poco contándonos diversas anécdotas. Jarek era una persona amable y sencilla con la cual te podías sentir a gusto rápidamente.

Llegué a la fortaleza cerca de las tres y media de la tarde, intenté ser lo más precavida posible durante el trayecto y por suerte no tuve ningún inconveniente con alguna princesa guerrera, pero ahora tenía que intentar evitar a mi tío otra vez.

Me puse a pasear por los jardines para perder un poco de tiempo, este era un pequeño espacio verde que se encontraba en la parte trasera de la fortaleza. Estaba compuesto, en su gran mayoría, por inmensos rosales de dos metros, cuyas flores eran más rojas que la sangre y su aroma era tan potente que podía llegar a sentirse a casi medio kilómetro de distancia.

Cansada de tantas flores, decidí volver a mi casa a eso de las ocho. Cené un par de sobras de la pizza que había encargado la noche anterior y me dispuse a ver la televisión, he de admitir que Agatha me había hecho adicta a una serie llamada "Friends" que, a pesar de no entender a varias de sus referencias, me resultaba entretenida. A mitad del tercer episodio de la segunda temporada, escuché que alguien tocaba la puerta.

Oh por los Dioses, seguramente Víctor se enteró de mi inasistencia hoy y viene a regañarme. No, alto, conociéndolo, él sólo se aparecería en la habitación y empezaría a gritar y protestar.

Le puse pausa al episodio y me dirigí hacia la puerta, pero Irina empezó a gritar histéricamente.

— ¡No se te ocurra abrir la puerta!—dijo interponiéndose en mi camino. Sonaba nerviosa—Son ellos, vienen a atacarnos. Llama refuerzos ¡Llama refuerzos ahora! ¡Los Aqua vienen a atacarnos!

## Capítulo 10

### Capítulo XIX

— ¿Acaso algún humano te dio para fumar algo extraño? ¡Te dije que no aceptarás nada de ellos!

Irina empezó a jalarme la manga de la camisa, tratando de evitar que fuera hacia la entrada, pero como no estaba materializada me deshice de ella fácilmente.

—Sólo déjame ver quién es—dije para que Irina dejara de molestarme. Esa lar era una verdadera pesadilla ¿Aguas aquí? ¿En mi casa? no creía que fueran tan estúpidos.

— ¿Acaso no puedes sentirlo? ¿Acaso no puedes sentir el peligro, el malestar en el ambiente?

—El único malestar que siento es en mi estómago, creo que es un gas—La pizza con salsa picante resultó ser demasiado para mi pobre estómago.

Busqué las llaves y una vez que estuvieron en mi mano, me dirigí a la puerta ignorando las desesperadas suplicas de Irina. Hice girar la llave dos veces y, cuando la puerta se abrió, lo único que fui capaz de ver fue una persona, un chico para ser más precisos, con su cabeza hacia abajo. Vestía una campera negra, cuya capucha impedía verle el rostro.

—Eh, hola ¿necesitas ayuda en algo?—pregunté extrañada.

El chico levantó la cabeza. Por sus pálidas mejillas corrían cientos de lágrimas y sus ojos azules estaban enrojecidos de tanto llorar. Lo reconocí casi al instante. Nicolai.

—Mierda, Nicolai ¿Dónde has estado? ¿Estás bien? Ven, pasa, ¿quieres que llame a alguien?

Me hice a un lado, dándole espacio para que pase al interior de la casa y se resguarde, pero él no reaccionó, se dedicó a mirarme fijamente.

— ¿Por qué nos has mentido?—dijo en un susurro apenas audible.

— ¿A qué te refieres? Nicolai, ¿te sientes bien? Dime cualquier cosa que necesites.

—Por qué no... ¡¿Por qué no nos has dicho que eres un monstruo?!

Para mi sorpresa, Nicolai desfundó una spatha de bronce tan pesada que apenas podía sostenerla.

—Nicolai, suelta eso, vas a lastimarte—dije tratando de calmar las cosas.

Hice memoria de lo que Irina me había dicho minutos antes. Los Aquas. ¿Era posible que lo hayan transformado a Nicolai? Su aura era distinta, más poderosa, extraña. El muchacho empezó a avanzar, con la espada en guardia, no tuve otra opción que sacar a Draconis también, no quería hacerle daño, pero no tenía otra opción.

—Nicolai, basta, no quiero lastimarte.

Nicolai dio el primer golpe, el cual pude repeler con facilidad para poder empezar a atacarlo yo. El chico, como era de esperarse, era un novato con la espada, no me tomó mucho tiempo derrotarlo. Le di un golpe en la cabeza con la empuñadura y quedó inconsciente en el acto, desparramándose en el piso. Tenía unas cuantas heridas superficiales lo cual hizo que me recordara vagamente a aquella vez que, en vano, traté de curar las que le habían provocado esos borrachos.

— ¿Irina?—La fantasma se había escondido en su busto minutos antes de que la pelea comenzara. No le gustaba la violencia.

Salió de su estatua y me miró acusadoramente, reprochándome el no haberle hecho caso.

— ¿Me crees ahora de que se trataba de un Aqua?

La situación me recordó al momento que había pasado con mi tío días antes. Le pedí incesablemente que me creyera, pero no lo hizo.

—Yo... Lo siento—me costaba reconocer cuando me equivocaba— ¿Qué se supone que debo hacer ahora con él?

— ¿Imagino que debes matarlo, no es así?

—Así dice la ley, pero no quiero hacerlo. Es mi amigo.

Puse atención en él, vi un brillo azulado a la altura de su pecho, me agaché junto a él y examiné lo que causaba tal brillo.

—Un collar.

Una gruesa hebra de cuero negro la cual se encargaba de sostener un extraño dije, una especie de perla con la forma de una gota de agua. Parecía de cristal, o de algún tipo de gema, era azul y algo en su interior parecía moverse. Me quedé embobada por unos cuantos segundos,

hipnotizada por la luz que emitía.

—No es un collar, al menos no uno común y corriente—dijo Irina—Se trata de un talismán.

—Recuerdo—hice una pausa mientras intentaba refrescar la memoria—que Vytho, o tal vez Eidel, me habló de ellos una vez. Se utilizan para transformar a un humano en Bellatorum y, si mal no recuerdo, se elaboran con almas.

—En efecto, esa cosa que se mueve en su interior es el alma de un Aqua.

Inevitablemente miré lo que hasta ese momento pensé que era una simple joya y me dio un escalofrío de solo pensar en su verdadera naturaleza. Estar destinado por el resto de la eternidad a estar encerrado en un talismán. Corté el cuero con el filo de mi spatha y guardé el talismán en mi bolsillo.

—Creo... Creo que sería una buena idea que vaya a hablar con Víctor.

—Ve, yo veré como me encargo de esto.

— ¿Cómo lo harás?

Me imaginaba a Irina corriendo y gritando por toda la casa, implorando a los Dioses que vinieran en su auxilio.

—No lo sé, tal vez llame a la policía humana. Diré que apareció en este estado en el jardín o algo por el estilo.

Desconfiada, miré a Irina, aunque parecía tenerlo todo bajo control, por muy raro que sonara. Resignada, abrí un portal, me despedí de ella y lo cruce, no sin antes rogarles a los Dioses para que Irina no ocasionara ningún problema.

Me agarré la cabeza fuertemente, siempre me daba una leve cefalea cuando cruzaba los portales, que afortunadamente no duraban mucho. Aparecí en uno de los muchos pasillos que tenía la fortaleza, miré una de las puertas que había en él y leí en la pequeña chapita que estaba atornillada.

"Habitación CCCXXXIV"

La habitación de Víctor.

Tragué saliva antes de llamar a la puerta, no sabía qué hora era, por lo cual desconocía si Víctor estaba allí durmiendo, si estaba afuera, o cualquier otra cosa. Bastaron tres golpes para que la puerta se abriera. Un

somnoliento Víctor me miró, sus grandes ojeras delataban la falta de sueño. Cerró la puerta y nos quedamos ambos en el pasillo.

—Tío, tengo que hablarte de algo—dije antes de que el pudiera pronunciar palabra alguna, pero los recuerdos de nuestra discusión me abrumaron de golpe.

— ¿Pasó algo?

Era incapaz de hablar, sentía las cuerdas vocales de cemento. Temía que si sacaba a colación el tema de los Aguas nuevamente no me hiciese caso y volviera a gritarme.

—Sam...

Saqué el talismán de mi bolsillo y se lo mostré. Dicen que una imagen vale más que mil palabras.

— ¿Qué?—él me miró alarmado— ¿De dónde sacaste esto?

Traté de tranquilizarme y contarle toda la historia, desde la desaparición de Nicolai hasta ahora. Las piernas me temblaban y mi respiración era irregular.

— ¿Vas a empezar con esas idioteces otra vez?—Su mirada me desaprobó.

— ¿Por qué mierda no puedes creerme aunque sea una maldita vez en tu vida, Víctor?—estallé antes de que pudiera siquiera pensar en lo que decía— ¿Cuántas veces en mis casi 231 años de vida te he mentado o fallado? ¿Tan difícil es escuchar lo que te digo? ¿Tan imbécil eres que no quieres ver la realidad aunque esta te esté golpeando?

— ¿Quieren parar con tanto escándalo? Necesito mi sueño de belleza—Vytho salió de la habitación contigua, con una bata celeste y un antifaz negro en mitad de la frente.

Víctor nos miró a ambos y me cerró la puerta en la cara.

—No le hagas caso, ha estado muy susceptible últimamente—puso su mano en mi hombro y me acarició delicadamente— Tal vez deberías disculparte con él.

— ¿Disculpame? Él debería disculparse por ser un idiota.

—Habla con él, es la única solución. Y por favor, no vuelvas a gritar, en

verdad, necesito dormir, ¿acaso crees que ser cónsul es fácil?

Vytho volvió a entrar en su habitación luego de sus "palabras de aliento" y yo quedé dubitativa frente a la puerta de la habitación de Víctor. Él no iba a volver a abrirme después de cómo le grite. Tampoco iba a recibir respuesta alguna, se limitaría con ignorarme, pero no perdía nada en intentarlo. Volví a golpear la puerta.

No hubo respuesta.

—Tío, no debí hablarte así—apoyé la frente sobre la madera y no pude evitar que unas cuantas lágrimas se me escaparan ante la impotencia que sentía—Pero en verdad, en verdad necesito que me creas, sabes que jamás inventaría algo así. Yo... Yo te necesito en esto, eres una de las pocas personas en las que confío, eres mi única familia, no quiero que estés enojado conmigo, no más.

Estaba a punto de perder las esperanzas e irme cuando la puerta se abrió y casi me caigo de frente. Nunca antes había entrado a su habitación, de hecho, estaba prohibido para cualquier persona entrar ahí, Víctor odiaba que invadieran su espacio privado.

La habitación no era muy grande, una cama individual se encontraba en el lado derecha y tenía una mesita de noche haciendo juego con la oscura madera de la primera nombrada, sobre ella había una pequeña lámpara que iluminaba con un suave matiz beige la habitación. Del otro extremo de la habitación había un escritorio con varios libros y papeles sobre él. Entre estos dos muebles, había una pequeña ventana de cortinas negras y con las persianas bajas.

Mi tío estaba sentado en la cama, mirándome fijamente.

—Siéntate—me dijo, y así lo hice, a su lado—Yo... Lo siento Sam, lo siento. Estoy pasando por momentos difíciles ¿sabes? Y creo que estoy descargando todo mi estrés en ti. Lo siento tanto.

Víctor me abrazó y nos quedamos así por unos cuantos minutos hasta que el abrazo perdió su fuerza, mi mirada empezó a recorrer cada sitio de esa pequeña habitación la cual tenía el gusto de inspeccionarla por primera vez. Me detuve especialmente en el cuadro que estaba colgado sobre el escritorio, este era de una bella mujer, su pelo cobrizo jugaba con el viento al igual que su vestido blanco, mientras que sus dedos tensaban sutilmente las cuerdas de una lira. Parecía una diosa, pero no podía identificar de quién se trataba, ¿tal vez una musa?

— ¿Quién es ella?—pregunté al no poder seguir aguantando mi curiosidad.

Víctor suspiró.

—Helena.

— ¿La de Troya?

—No... Es mi difunta esposa.

¿Qué? ¿Mi tío tenía una esposa? ¿Mi tío tenía una esposa fallecida? ¿Por qué nadie me habló sobre eso?

— ¿Y por qué recién me entero de su existencia?

—Nunca me gustó hablar del tema. Falleció un día antes de que nacieras, no llegó a conocerte. Seguramente se llevarían bien.

Era el viernes por la madrugada. Era un día antes de mi cumpleaños.

—Hoy—dije casi sin pensar. Víctor asintió.

—Creo que es por eso que ando tan irritable estos días. Aún la extraño.

— ¿Cómo se conocieron?

—Fue hace muchos años, durante los saturnales del año 10 después de Cristo. Fui a una pequeña ciudad humana a celebrar, en esos tiempos tenía varios amigos mortales. En un pequeño rincón había unos cuantos músicos y ahí estaba ella, tocando la lira y cantando con una voz con la que todavía sueño. Me acerqué a ella y fue como si la conociera de toda la vida, me enamoré profundamente.

— ¿Ella era humana?

—Sí, aún no olvido su cara cuando le dije quién era yo en realidad, casi se desmaya—sonrió al recordarlo—Le regalé un talismán muy parecido al que me mostraste hace un rato cuando cumplimos 7 años juntos, y unos meses más tarde, nos casamos. Pensaba que así la muerte jamás nos separaría, pero me equivoqué.

— ¿Qué le sucedió?—Víctor dio un pesado suspiro que hizo que me arrepintiera inmediatamente de hacer tal pregunta—Lo siento, no tienes que contestar si no quieres.

—No pasa nada, no creo que sea algo malo hablar del tema con alguien de una vez por todas. Verás, después de cierta edad, los humanos transformados mediante talismanes deben utilizarlos obligatoriamente y no sacárselos bajo ninguna circunstancia. Sus cuerpo mortales siguen envejeciendo y los talismanes son los únicos capaces de frenar el paso del

tiempo. Si se sacan el talismán, su cuerpo corresponderá automáticamente a su edad mortal, tengan 20 años o 500. Eso le pasó a mi querida Helena, tenía 1774 años. La encontré ese día en nuestra alcoba, su piel estaba seca, llena de arrugas, prácticamente momificada y el talismán en su mano derecha. Parecía un suicidio, pero no había ningún tipo de carta que explicara su accionar. Hasta el día de hoy sigo preguntándome por qué lo hizo.

Se me pusieron los pelos de punta de tan solo ponerme en su lugar. Encontrar en tal estado a una persona la cual amas con todo tu ser y compartiste gran parte de tu vida debía de ser horrible. No sabía qué decir o hacer ¿Cómo reaccionar después de que te dijeran algo así?

—Yo... ¿Quieres que te traiga algo? ¿Quieres un té?

—No, gracias Sam. Será mejor que me vaya a dormir, este será un día duro... Y será mejor que tú también, mañana tienes escuela.

Pobre mi tío, creía seguía yendo.

—Está bien, que tengas dulces sueños.

—Dulces sueños, Sam.

Luego de despedirnos, salí de la habitación e hice un portal para volver a casa. Con lo que acababa de pasar, me había olvidado que había dejado solo a Irina resolviendo el asunto de Nicolai

Estaba en medio de mi dormitorio, desde el cual se podía escuchar la conversación que mantenían dos personas. Abrí la puerta y me encontré a una mujer de pelo rubio agachada junto a Nicolai, acariciando su cabeza.

—Entonces escuchó unos ruidos, abrió la puerta y se encontró a mi hijo, ¿y se desmalló apenas entró a su casa?

—Así es, mi sobrina fue quien lo encontró, de hecho—Irina se había vuelto sólida, una habilidad que tienen algunos lares, aunque sólo dura unos minutos—Oh Sam, cariño, ¿puedes contarle a la señora exactamente lo que pasó? Necesito ir al baño—Su pierna izquierda se había empezado a volver transparente.

Le conté lo que había pasado a la mamá de Nicolai, obviamente omitiendo ciertos detalles. Cuando estaba terminado, llegó su padre, luego de despedirse, ambos subieron a Nicolai al auto para llevarlo al hospital.

Me quedé sola, sentada en el piso de la sala de estar, pensando en todo lo

que había pasado, y en todo lo que podía llegar a pasar.

— ¿Estás bien? —Irina se acercaba lentamente a mí, volvía a ser translúcida.

—Eso creo—la miré— ¿Cómo hiciste para que sus padres vinieran hasta aquí?

—Me hice pasar por ti y le pedí a Agatha el número de ellos—señaló mi celular, el cual estaba en la mesita al lado de su busto.

—No sabía que sabías usarlo.

—Créeme, yo tampoco lo sabía... Creo que me iré a descansar, nos vemos mañana Sam.

Y nuevamente me quedé sola, sentada en el piso de la sala de estar, pensando otra vez en todo lo que había pasado, y en todo lo que podía llegar a pasar.

# Capítulo 11

## Capítulo X

La huerta de Eidel era como uno de esos museos bizarros en los que entras para reírte un poco y perder el tiempo. En ese espacioso vivero, podías encontrar cualquier tipo de planta, desde inofensivas margaritas hasta la más escalofriante planta carnívora. Precisamente estaba viendo como una de estas se tragaba entero a un escarabajo del tamaño de mi puño. Ver eso me hizo recordar que no había desayunado, y que ya casi era hora del almuerzo. Mi estómago gruñía más que mi tío.

— ¿Te falta mucho?—pregunté a mi amiga que estaba demasiado concentrada recortando algunas hojas. Me había prometido que una vez que haya terminado pediríamos pizza.

—Solo unas plantas más y...—No fui capaz de escuchar lo que Eidel dijo a continuación.

La vi acercándose lentamente, como si su lentitud compensara su falta de camuflaje. Me paralicé, no sabía qué hacer, mi cabeza se puso en blanco casi al instante, mientras que al mismo tiempo que mi respiración se aceleraba. Lo único que pude hacer fueron unos extraños ruidos con la boca que, afortunadamente, llamaron la atención de Eidel, la cual se acercó hasta donde la infiltrada estaba.

— ¿Es en serio? Tienes de mascota a una bestia fea, sucia y peluda ¡¿Y le tienes miedo a una pobre e inocente lombriz?!—Mientras un escalofrío me recorría la columna vertebral, ella tomó a ese ser del inframundo y lo depositó en una maceta cercana.

—No le hables así a mi tío. Ya le dije que se bañara, pero no me hace caso. Estoy hambrienta, vayamos a pedir esa pizza de una buena vez.

Los humanos tenían ese genial y práctico invento llamado teléfono con el cual, en cuestión de segundos, podías comunicarte con cualquier persona estuviera donde estuviera. Nuestra comunicación a larga distancia, desde mi punto de vista, era un poco más complicada e ineficiente. Teníamos lo que llamábamos "Magicae Chartam", el cual venía en dos incómodas versiones. La primera consistía en dos pergaminos conectados entre sí que tele transportaban cualquier cosa que escribieras en ellos al otro papel en cuestión. La segunda, eran "papiros universales", por decirlo de algún modo, en el cual sólo había que aclarar específicamente quién era el destinatario. No tenían tono de llamadas, ni luces, ni nada por estilo para hacer que el receptor se enterara que tenía un mensaje, por lo cual eras un suertudo si alguna vez leían lo que escribías. Por suerte, los de la pizzería leyeron nuestra orden y en poco más de 30 minutos teníamos ese

sagrado y delicioso alimento en nuestras manos.

Traté de juntar valor mientras luchaba con el queso inusualmente elástico de la pizza. Demás estaba decir que no fui a visitar a Eidel para ver como sembraba semillas o pedirle consejos para cuidar tulipanes. Más que una amiga, ella se sentía como parte de mi familia y, por más que ya hubiera enterrado el hacha de guerra con mi tío, era la persona en la que más confiaba en ese momento.

Le conté todo lo que me había pasado. Los supuestos Aguas, la discusión con Víctor, la desaparición y aparición de Nicolai. La otra discusión con Víctor. Todo. Se quedó callada, como asimilando lo que acababa de contarle. Después de casi un minuto de silencio se dignó a hablar.

— ¿Víctor no te cree ni un poquito?

—Nada de nada. Hasta ha desviado la conversación una vez.

Volvió a sumirse en sus pensamientos. Una ligera sonrisa surcó sus labios, para luego desaparecer tan rápido como apareció. Conocía ese gesto, se le había ocurrido una idea.

—Hace algunos días me encontré a una Fulgur en el mercado, y como no todo encuentro entre nuestras estirpes significa lucha a muerte, nos pusimos a hablar. Lo que me contó casi hace que me caiga de culo. Ella estaba en una misión idéntica a la tuya, Fulgurs habían sido asesinados cerca de la región del río Támesis y ella estaba tras las pistas.

— ¿Y?—pregunté tratando de descifrar lo que me había dicho.

—Cerebro de lombriz ¿no te das cuenta? Miembros de ambas estirpes están siendo asesinados bajo extrañas circunstancias en una misma región. Si los Aguas volvieron, no fue para invitarnos a una ceremonia del té. Ellos quieren venganza, y la están teniendo.

Esa última frase hizo que mi respiración se cortara por escasos segundos.

—Recuerdo algo que Alain me dijo hace tiempo...

— ¿Alain el príncipe idiota?

—Si—dije sonriendo, su acotación me había causado gracia—Dijo algo sobre que, supuestamente, habían atacado a algunos de los suyos. Ahora las cosas empiezan a tener sentido.

—Ahí lo tienes—. Suspiró—Calculo que es correcto decir que estamos en un periodo pre-guerra—Eidel miraba con melancolía la corteza de la pizza que había dejado. Ella era una pacifista, odiaba cualquier encuentro bélico

por más pequeño e insignificante que fuese, y lo que nos esperaba no era para nada pequeño e insignificante.

—Pero, ¿qué puedo hacer? Víctor no me cree, y si de él dependiera, nos quedaríamos todos sentados de brazos cruzados esperando a que nos maten.

— ¿El príncipe idiota va a tu escuela, verdad?

—Sí.

—Habla con él.

— ¿Qué?

—Tanto Fulgurs como Ignis tenemos ahora un enemigo en común. Si es un príncipe con dos dedos de frente, le preocupará más el bienestar de su pueblo que una vieja rivalidad.

— ¿Estás proponiendo una alianza?

—Se puede decir que sí.

—Pero... ¿Qué le digo? No puedo encararlo como si fuéramos amigos de toda la vida, y como si no hubiéramos tratado de cortarnos la cabeza antes, y decirle "Eh, nos están matando esos loquitos del agua, vamos a juntar nuestros ejércitos"

— ¿Y por qué no? Plántele todo lo que me has contado, quién dice que él no haya vivido situaciones similares que lo hayan encaminado hasta tu misma hipótesis. Aunque, creo que hay algo más importante que debes hacer antes.

— ¿Qué cosa?

—Hablar con el chico ese, el desaparecido. Sacarle información.

— ¿Nicolai? No sé dónde está, además, no creo que quiera hablar conmigo. Me odia.

Mi amiga sonrió.

—Tengo un plan.

Corrimos sigilosamente por los pasillos tratando de perder a la enfermera

que nos venía persiguiendo desde que nos vio.

—No puedo creer que estemos haciendo esto—susurré regañando a la albina—Se supone que yo soy la impulsiva y tú la coherente, ¿Cuándo intercambiamos roles?

Gracias al teléfono azulejo, pude comunicarme con Agatha y que me dijera en qué hospital y habitación estaba Nicolai. Lamentablemente, no nos encontrábamos en el horario de visita, pero eso no le importó a Eidel y me arrastró en un nuevo problema. Eso último era lo lamentable

—Cállate y corre—Aprovechamos el hecho de que una enferma que se encontraba en el corredor se entretuviera haciendo cosas de enfermera, y nos mentimos en el sector en el cual estaban las habitaciones.

—Víctor va a matarme.

—No tiene por qué enterarse. Ahora lo importante.

Nos detuvimos frente a la habitación 144, la habitación de Nicolai. Eidel estaba por abrir la puerta, cuando un doctor alto y con cara de poco amigos salió de ella.

—No es horario de visitas.

Eidel se puso a buscar en su mochila. Allí dentro había empacado cualquier cantidad de pociones y drogas con múltiples efectos, para utilizarlas en quien fuera necesario.

—No somos visitas—dije tratando de hacer tiempo—Somos... Somos de limpieza.

— ¿Y sus uniformes?

—Se están lavando, ahora si nos permite—Tomé el pomo de la puerta, pero el médico seguía bloqueando el paso, reticente y negado a cambiar su opinión.

—Llamaré a seguridad.

—Llámala en tus sueños, si puedes— Eidel depositó en polvo amarillo en su mano y lo sopló en dirección a la cara del médico, el cual tras balbucear cosas sin sentido, se desplomó roncando en el suelo.

—Esto es ilegal en muchas formas.

— ¿Y a mí qué importa? Vamos, adentro.

La habitación era grande y blanca, tenía una cama en el centro en la que obviamente estaba Nicolai, jugando con esa cosa que él llamaba "consola portátil". Alzó a vista y, en cuanto me vio, palideció. Tomó una especie de botón y lo apretó reiteradas veces.

— ¡Enfermera! La loca vino a terminar su trabajo ¡Vino a asesinarme!

— ¿Asesinarte? ¿A ti te dan suero o alucinógenos?

—Basta de pláticas, niño bonito—Eidel puso una mesa trancando la puerta, para evitar que alguien entre—Tenemos unas preguntas para ti y más vale que las respondas.

Teníamos un plan. Yo sería la policía buena y mi amiga la policía mala. Ambas nos acercamos a la cama para interrogar a Nicolai, una de cada lado.

— ¿Qué hiciste la noche que te secuestraron?

— ¡Enfermera! ¡Ayuda! ¡Por favor que alguien venga!

—Vamos a ver niño, más te vale que cooperes, tengo varios de sueros de la verdad y no querrás que los use en ti.

—En serio no quieres que lo haga. Un día me hizo probarlo. Sabe a cera de oídos.

— ¿Cómo sabes cuál es el sabor de la cera de oídos?—Eidel puso cara de asco.

—Hay que interrogarlo a él, no a mí. No lo distraigas.

Ambas miramos fijamente a Nicolai. El pobre chico pareció rendirse, y luego de un largo suspiro, comenzó su relato.

—Estaba caminando en dirección a la casa de Agatha, recuerdo haber escuchado unos ruidos y luego nada, todo se volvió negro.

— ¿Quiénes te tuvieron secuestrado?

Nicolai frunció el ceño.

—Eran como los maestros agua de Avatar.

—Explícate jovencito—Eidel puso mala cara.

—Podían controlar el agua. También podían hacer magia. Tenían espadas y armaduras y...—me miró—Y me dijeron que eras mala, ¿Qué eres Sam?

Sentí un vacío en el estómago. Le debía explicaciones a Nicolai. Muchas explicaciones.

—Oye, oye, nosotras hacemos las preguntas aquí. ¿Sabes si estás personas se autodenominaban de alguna forma?

—Se... Se llamaban a sí mismos "Aguas"

Eidel y yo nos miramos, nuestras sonrisas reflejaban alivio al saber que teníamos razón, pero, al mismo tiempo, ocultaban una profunda preocupación.

— ¿Te dijeron algo? ¿Qué planeaban hacer?

—Me dijeron que te ataque. Que no eras quien decías ser. Ahora sé que tenían razón

— ¿Y qué...?

Frené a Eidel. Ya sabíamos todo lo que queríamos. Ahora era mi turno de responder preguntas.

— ¿Qué quieres saber de mí?

Nicolai me miró atónito ante el cambio de roles, pero finalmente sonrió. Iba a obtener lo que tanto quería: respuestas.

— ¿Qué eres?

—Una Ignis. Formo parte de una estirpe de guerreros inmortales capaces de controlar el fuego y hacer magia.

Eidel tosió, parecía que se había atragantado con algo.

— ¿Cuántos años tienes?

—Mañana cumplo 231.

— ¿Vas a hacerme daño?

Suspiré.

—No. No tengo idea de qué es lo que te dijeron, pero te aseguro que es mentira.

Le expliqué todo sobre los Bellatorum a Nicolai, las tres estirpes, sus poderes, su enemistad. También le conté sobre mí, dónde vivía, qué hacía allí, cuál era mi trabajo. Me sinceré completamente con él, después de todo, había sido metido por la fuerza en mi mundo, ¿de qué servía mentirle, o dejarlo lleno de preguntas, si ya sabía parte de la verdad?

—Espera un poco, no entendí nada de lo que dices—. Nicolai tenía los ojos cerrados y un dedo en la sien.

—Déjame, yo lo hago—. Eidel vino a recatarme, se me complicaba un poco explicar las reglas de nuestra magia— Empecemos otra vez. Hay dos tipos de hechizos: los hechizos con sacrificio y los hechizos sin sacrificio.

La maestra por un día hizo una pequeña pausa para asegurarse de que el muchacho entendiera lo que dijo, él asintió con la cabeza y ella continuó.

—Los hechizos sin sacrificio son los más sencillos, se pueden realizar sin ofrecer nada a cambio, por ejemplo...

Eidel levantó la mano y de ella surgió una pequeña bola de luz, la cual se alzó hasta casi tocar el techo y alumbrar todo lo que la lámpara del techo no podía. Un hechizo de iluminación.

—Los hechizos con sacrificio son los más difíciles, y mientras mayor sea su nivel de dificultad mayor será el sacrificio a realizar. Normalmente estas ofrendas consisten en sangre o dolor, pero también hay casos en los que se han ofrendado personas, o sea, muertes.

Nos quedamos un rato en silencio mientras Nicolai trataba de procesar la nueva información. Lo único que nos interrumpió fueron sonidos en el pasillo y alguien intentando abrir la puerta. Eidel y yo nos miramos.

—Creo que debemos irnos.

—Creo lo mismo.

Ni lenta ni perezosa, cree un portal fijándome que no haya nada inflamable a los alrededores de este.

— ¡Qué carajo!—escuché gritar sorprendido a Nicolai. Al parecer me había olvidado de contarle sobre los portales.

Las enfermeras entraron justo cuando hubimos cruzado el portal. Ruego

porque no hayan visto nada.

Aparecimos en la sala de estar de mi casa.

—Primera parte de la misión lista—dijo ella mientras respiraba agitada—  
Ahora solo queda que hables con ese tipo.

—No vas a acompañarme, ¿verdad?—se limitó a negar con la cabeza.  
Suspiré y miré el reloj en la pared. Ya casi era el horario de salida de la escuela, así que debía apresurarme si quería encontrarlo y que la misión se completara.

—Luego avísame cómo te fue.

—Deséame suerte—me despedí de mi amiga y elaboré otro portal.

Todavía no me acostumbraba a eso de "guardar las apariencias". Afortunadamente, ningún mortal me vio salir del montón de fuego. Me apoyé en la pared que estaba al lado de la puerta y, como no podía ser de otra forma, me puse a esperar. Afortunadamente no fue mucho, cinco minutos después empezaron a salir los alumnos, así que presté atención.

Fue fácil divisarlo. Él medía casi dos metros, mientras que el humano más alto con suerte llegaba al metro ochenta. Esperé un poco y comencé a seguirlo. Se dirigía a un rincón aledaño a la escuela, donde no había muchos humanos.

— ¿Puedo hablar contigo?—dije tranquilamente, no quería asustar a Alain, ni tomarlo por sorpresa. No si quería conservar mi cabeza.

Al darse cuenta de que me dirigía a él, dio vuelta lentamente hasta que estuvimos cara a cara. Al ver que se trataba de mí, su respuesta fue ponerse a la defensiva.

— ¿Qué quieres?—estaba atento a cada movimiento que yo realizara. No lo culpaba, yo habría hecho lo mismo.

— ¿Tienes tiempo?—no esperé su respuesta, solo empecé a contarle todo lo que había estado ocurriendo lo más rápido que pude, sin dejarle oportunidad de hablar.

Pensé que iba a atacarme en cualquier momento, pero contra todo pronóstico, me escuchó atentamente. Analizó mi discurso palabra por

palabra y, una vez que hube terminado, dijo:

—No puedo quedarme a hablar ahora. Encontrémonos mañana al mediodía en las puertas de la biblioteca de la ciudad. Tengo algo que mostrarte.

Y, antes de que pudiera responderle, desapareció de mi vista tan rápido que lo último que vi de él fue un escaso brillo relampaguear frente a mis narices.

## Capítulo 12

### Capítulo XI

De la escala del uno al diez, ¿qué tan mala idea era confiar en un Fulgur?

Diez, sin lugar a duda.

Y de la escala del uno a un millón, ¿qué tan imprudente, descuidada e idiota era?

Los dejaré sacar sus propias conclusiones.

Pensé en huir y hacer de cuenta que no había oído lo que Alain me dijo ayer por la tarde, pero cuando lo vi cruzar la esquina supe que era demasiado tarde. Por las barbas de Neptuno, yo y mi estúpida curiosidad ¿acaso no podía pasar más de 2 días seguidos sin arriesgarme a morir lenta y dolorosamente?

Por suerte y, tal vez por primera vez en mi vida, había sido lo suficientemente inteligente como para llevar mi espada.

—No pensé que vendrías—dijo cuestionando mi honor y valentía (como si no hubiera pensado en escaparme hace 5 segundos).

—Creo que no tengo otra opción—Luego de decir estas palabras al completo azar, fui consciente de la verdad tras ellas. Si Alain no me mataba en ese momento, lo haría un Aqua en cualquier otra ocasión. Confiar a ciegas era mi única opción, y tal vez también la de mi pueblo.

Como era de esperarse, la biblioteca estaba llena de ancianos que no conocían lo que era un Kindle. No los juzgo, hace dos semanas yo ni siquiera sabía lo que era internet. El lugar me hacía acordar a la biblioteca de la fortaleza, la cual estaba casi todos los días repleta de personas de más de 700 años buscando información en grimorios casi tan viejos como ellos.

La bibliotecaria se nos acercó a penas cruzamos la puerta. Era muy delgada y de baja estatura, su cabello castaño estaba recogido en una cola de caballo y sus ojos, del mismo marrón intenso, estaban enmarcados por unas pestañas con vaya uno a saber cuántos kilos de máscara.

— ¿Lo ayudo en algo, su alteza?—La chica me miró con severidad. Genial, otra Fulgur de la que tendría que escapar si todo se iba al mismísimo

daemon.

—Necesito las llaves.

—En seguida, señor.

En menos de dos segundos, la chica volvió con las ya mencionadas llaves. Se las dio a Alain y este me hizo un gesto para que lo siguiera.

Llegamos a una puerta de madera que estaba entre dos estantes. Luego de que el Fulgur forcejeara con las llaves y la lograra abrir, se ganó la queja de un señor relleno, el cual estaba a la cabeza de una especie de club de poesía, ya que la condenada puerta chirrió como un cordero siendo sacrificado.

Tras ella, todo estaba oscuro. Un escalofrío me invadió de repente y mi paranoica mente empezó a trabajar. Alain me estaba llevando a una especie de máquina de tortura, con muchos pinchos y cosas que duelen. No, me estaba llevando a un calabozo y dejaría que me muriera de inanición, ¡o peor aún! Me obligaría a comer lombrices.

Alain hizo un hechizo de iluminación, una pequeña bola blanca ascendió hasta quedar un poco más arriba que nuestras cabezas permitiéndonos ver por dónde íbamos, un largo pasillo, frío y húmedo. Al final de este, se podían ver los primeros escalones de una escalera de piedra. Por un instante, me sentí como aquella vez que con mi tío visitamos las interminables catacumbas bajo el templo de Belona, en el foro.

Caminamos en silencio, nuestros pasos retumbaban por todo el lugar. Una vez que bajamos la escalera, otra puerta nos esperaba, y cuando vi qué había tras ella, casi me grito del asombro, y del miedo. No había ni máquinas de tortura, ni calabozos ni lombrices, solamente una habitación oscura, de techo bajo, piso de madera vieja y como ignorar que en el centro había un tipo sentado en una silla, con las manos atadas.

El Aqua levantó la cabeza y cruzamos mirada, pude ver la súplica en sus grandes ojos azules, un desesperado pedido de ayuda que me hizo sentir lástima por él. Tenía un corte de pelo al estilo militar, su piel estaba bronceada y tenía cientos de cicatrices en todo el cuerpo, recientes y viejas. Había sangre en el piso, y en su pierna había una herida infectada, la cual le ocasionaría serios problemas si no era tratada de inmediato.

—Que no te de pena, el bastardo mató a dos familias enteras en menos de un día y trató de hacer lo mismo conmigo.

Sonrió con malicia a pesar de su situación y de la mirada suplicante del principio, una sonrisa que dejaba en claro que no se arrepentía de nada. Ya no era lástima lo que sentía, en cambio, una especie de acidez empezó

a subir desde mi estómago hasta mi garganta y en mi mente empezaba a instalarse el rencor, la impotencia ante las vidas inocentes que había tomado.

—Ojo por ojo, diente por diente—dijo sin dejar de contentarse.

La respuesta de Alain fue electrocutarlo.

—No te di permiso para hablar.

Siguió electrocutándolo hasta que empezó a sentirse olor a quemado en el aire. El Aqua respiraba con dificultad.

—Déjame ponerte en situación, Samay. Al igual que ustedes, nosotros también nos hemos dado cuenta de varias bajas provenientes de la misma zona. La primera hipótesis era que ustedes, Ignis, estaban tras de dichos asesinatos, pero el tiempo dijo otra cosa.

Le acercó al tipo un vaso con agua, obligándolo a beberla. Debía de estar mezclada con algún tipo de pócima, ya que mejoró casi al instante. Sus cicatrices se volvieron menos notorias y sus nuevas heridas, producto de la reciente descarga eléctrica, se cerraron.

—Siguiendo varias pistas y topándome con varios hechos difíciles de explicar, llegué a la misma conclusión que me contaste ayer por la tarde. Aquas. Encontré a este con las manos en la masa, atacando a unos Ignis desprevenidos. No dudé en ayudarlos. Lo dejamos inconsciente entre los tres y lo traje aquí.

— ¿Y qué quieres que hagamos con él?

—Interrogarlo, obviamente—Esta vez se dirigió al cautivo— ¿Cuántos hay de los tuyos?

Solo obtuvo silencio a cambio.

— ¿Te niegas a hablar?—rió—Sam, haz los honores.

Me sentí un poco incómoda ante esta petición. Torturar a alguien para hacerlo confesar no formaba parte de mi historial, ni tampoco me parecía la mejor opción, por más crímenes que haya cometido. Por otro lado, sabía muy bien que si no era él, sería yo o algún ser querido.

Dejé que el calor fluyera desde todos los lugares de mi cuerpo hasta una de mis manos. Una pequeña llama salió de mi palma, luego se fue agrandando hasta abarcar mi mano en su totalidad. Con ella formé un gran círculo de fuego, rodeando al Aqua, hasta que luego de un par de

minutos, su alta temperatura lo hizo hablar.

—No sé el número exacto—grandes gotas de sudor surcaban su frente, mientras respiraba con dificultad—Seremos unos 1500, tal vez 2000.

— ¿Cuáles son sus planes?

El muchacho permaneció en silencio por un momento, mientras recuperaba aire. Alain me dijo que apagara el fuego y así lo hice volviendo a reabsorber la energía. El Fulgur le volvió a dar un vaso de agua y repitió:

— ¿Cuáles son sus planes?

Alain se acercó al cautivo pero este en vez de responder a sus preguntas, le escupió en la cara. Sin siquiera pestañar, cargó su mano con el poder del rayo maestro y la descargó sobre el hombre, arrancándole alaridos desesperados de dolor.

—Detente—casi pongo una mano en su hombro, luego de pensarlo por medio segundo consideré que no era una buena idea—Déjalo hablar.

Y así lo hizo. Limpió su rostro y escuchó atentamente lo que el tipo tenía que decir.

—Roma...Fin de—hizo una pausa, buscando aire desesperadamente—año.

Luego, se desmayó.

—Mierda—exclamó enojado el rubio, solamente esperaba que no se desquitará conmigo. En lugar de eso, se puso a mirar a la nada, serio ¿pensando, tal vez?

Me quedé pensando en las últimas palabras que dijo el Aqua antes de quedar inconsciente, "Roma" y "Fin de año". Roma, la capital de los Ignis. Dos meses para fin de mes. Me hacía una ligera idea de lo que esas palabras podían llegar a significar. No quise pensar en aquello, lamentablemente, Alain sacó el tema.

— ¡Es obvio!—gritó él, como si se tratara del mismísimo Arquímedes exclamando ¡Eureka!

Se giró hacia mí, preocupado.

— ¿Sabes lo que sus palabras significan, lo que su plan significa, verdad? Una invasión. Tienen planeada una invasión a Roma para fin de año.

—2000 Aquas listos para el combate. Son demasiados. Nuestro ejército, con suerte, debe llegar a 1200 soldados.

—El nuestro debe rondar cerca de los 1000 soldados—Nos miramos simultáneamente, y fue en ese momento en que recordé la idea que Eidel me había presentado el día anterior.

Una alianza.

—2200 soldados—susurré sin dejar de mirarlo.

—Juntos resistimos, divididos caemos—dijo él. Juraba haber escuchado esa frase en la letra de una canción.

—Lamentablemente, debemos ser los únicos que piensan eso. Una alianza entre Fulgur e Ignis... Suena descabellado, incluso si tú no fueras de la realeza y yo sobrina de un cónsul, podríamos ir presos.

—No me imagino proponiéndole esa idea a mi padre, ni siquiera a mi hermana—recordé fugazmente el encuentro que había tenido con Elodie—La última vez que mi familia pensó en aliarse con alguna otra estirpe...

Hizo una pausa, nostálgico. Sus ojos habían perdido un poco de su brillo característico mientras suspiraba pesadamente. Lo único que interrumpió el silencio fueron los jadeos y la tos del Aqua volviendo a la realidad.

— ¿Qué piensas hacer con él?—La duda me invadió de repente.

—No lo sé—hizo una pausa—Tenía pensado matarlo, pero creo que lo mantendré aquí, hasta que me deje de ser útil al menos.

A continuación, el príncipe realizó un hechizo, dejando inmobilizado al otro. El lugar se envolvió en un profundo silencio nuevamente.

—Será mejor que pensemos en esto por unos días, en frío.

—De acuerdo—Unos días para pensar los pro y contra del asunto no me vendrían mal, además, me esperaban en otro lugar y ya se me estaba haciendo tarde.

—Te mantendré informada.

Y ambos subimos las escaleras, emergiendo a la superficie, como si no acabáramos de torturar a un tipo en el sótano de una biblioteca pública.

— ¡Sorpresa!—gritaron todos apenas entré al comedor de la fortaleza.

La rutina de todos los años, ellos me hacían una fiesta sorpresa de cumpleaños y yo fingía estar sorprendida, como en los últimos 67 años. No me mal interpreten, me encantaba que dedicaran parte de su tiempo en pensar y planear algo para mí, pero luego de tanto tiempo se me hacía algo repetitivo. Quería algo nuevo.

Había guirnaldas por todas partes y un enorme cartel que en letras negras anunciaba "Beatum diem natalem, Sam" y un "CCXXXI" un poco más abajo. Mesas con un montón de comida, juegos, bebidas y lo mejor de todo, Aitor con un sombrerito de cumpleaños de lunares multicolores, ¡se veía tan ridículo!

Eidel me abrazó tan fuerte que casi me rompe las costillas. Mis pequeños alumnos, de no más de diez años, me abrazaron todos al mismo tiempo, acción que casi me tira al piso y mi tío, más temprano que tarde, se entonó con las copas de vino junto a Tiberius. Esta última era una escena normal en las celebraciones de la fortaleza. Había leído algo sobre una agrupación llamada alcohólicos anónimos estando en Inglaterra y estaba considerando seriamente anotarlos a ambos allí.

Llegó el momento de los regalos. Eidel, como siempre siendo la primera, me dio una caja de tamaño regular, al abrirla se podían ver varias macetas con distintos tamaños llenos de plantas y flores. Vytho me dio un escudo de bronce, el cual me debía como mi pago de misión, y un libro sobre la vida y obra de Alejandro Magno. Pobre hombre, seguía intentando, en vano, que me interesara por la lectura.

Daven llegó con su esposa aferrada a al brazo, se la veía muy entusiasmada. Me tenían preparado un regalo.

—Yo le dije que esa cosa no te interesaría—dijo él revoleando los ojos—Eres una guerrera, no una esteticista.

— ¿Quieres callarte de una vez? Que sea una guerrera no le impide tomarse un tiempo para su cuidado personal, toma—me tendió una bolsita blanca— antes de que se la estampe en la cabeza.

Un set que profesaba "Haz de tu casa tu propio spa", con mascarillas, velas aromáticas, exfoliantes, cremas humectantes y demás cosas.

— ¡Es genial!—La mayoría de personas tomaba por hecho de que, como me gusta pelear y hacer cosas "masculinas", no tomaba en cuenta mi

apariencia.

Malditos estereotipos. Una chica podía, sin ningún problema, luchar a muerte con alguien y cinco minutos después ir a hacerse manicura.

Una vez que ya todos me habían felicitado y me dejaron en paz por unos minutos, me aparté un momento para hablar a solas con Eidel, sobre lo que había sucedido hoy a la mañana.

— ¡Pero ese tipo es un psicópata!—apenas entendí lo que dijo, tenía la boca llena con un gran bocado de tarta de manzana—No te hizo daño, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—Hablamos sobre lo que me dijiste ayer, esa especie de Alianza.

— ¿Y?

—No hay nada concreto aún, es tan solo una idea. De aquí a que mi tío, o el Rey Aulus estén de acuerdo...

La alegre música de la fiesta cambió para convertirse un uno de esos lentos tan empalagosos que uno pensaba que le iba a dar diabetes tipo 2 de solo escucharlo. Sentí una mano en mi hombro.

— ¿Me permitirías esta pieza?—el moreno me tendía una de sus manos.

— ¡Jarek!—Eidel me daba codazos mientras e miraba con malicia— ¿Qué haces aquí?

—Jamás de los jamases me perdería una fiesta en la fortaleza, mucho menos si esta es por tu cumpleaños.

¿Soy yo, o hacía demasiado calor allí? Oh, esperen, soy una Ignis, no puedo sentir calor.

Acepté bailar y con el rabillo del ojo vi a mi amiga dar saltitos de alegría y escucharla decir que iría a buscar a Vytho. Otra pobre chica más enamorada del cónsul más mujeriego de la historia. Rápidamente Jarek y yo, con su mano derecha en mi cadera y la mía en su hombro, nos hicimos con el centro de la pista uniéndonos, junto con las otras parejas, al compás de la música.

La noche pasó rápido, entre bailes, comida y celebraciones. También recibí mensajes de mis amigos humanos, vía WhatsApp. Agatha llenó sus mensajes con montones de esas cosas que llaman emojis, caritas y corazoncitos por doquier. La velada tocaba su fin, me encontraba en uno

de los montones balcones, junto a Jarek. Estaba contándome sobre una vez que se enfrentó a una manda de Lupinos hambrientos sin ninguna espada o armadura.

—Tenía que improvisar. En ese entonces tenía 243 años, toda una vida por delante. Lo que hice fue...

—Perdonen las molestias—Interrumpió un ya sobrio (o casi) Víctor.

Miró a Jarek con cara de poco amigos, tal y como hacía con cada hombre que se acercaba a mí.

— ¿Pasó algo?

— ¿Creías que iba a dejarte sin regalo de cumpleaños? Si no nos vamos ahora, sabe Júpiter a qué hora llegaremos. Seguramente puedan retomar esta conversación más tarde.

"¿Si no nos vamos ahora?" ¡Por las barbas de Neptuno, mi tío me llevaría a eso que llaman Disney World!

Se vale soñar.

— ¿A dónde iremos?

—Sorpresa. Pero vamos, apúrate, los caballos nos están esperando.

Estaba impaciente por develar la sorpresa que me tenía preparada. Me despedí de Jarek, me dio un beso en la mejilla, acción que desencadenó un leve ataque de tos a mi tío. Qué casualidad.

En efecto, dos caballos estaban esperándonos en las linderas del bosque. Terminé de acomodar la silla y una vez que ambos estuvimos arriba, nos dispusimos a empezar el trayecto que nos tomaría casi una hora. La noche era oscura y fría, se oía a los lejos aullar a los Lupinos y la luna parecía más grande y blanca que nunca. Traté de sacarle un poco de información a mi tío durante el camino.

— ¿Puedes darme una pista?

—No.

—Por favor.

Suspiró.

—No es un "regalo" propiamente dicho. Es algo más, como decirlo,

significativo, tal vez. No es un regalo feliz, es más bien uno triste.

—Si es triste entonces no es un buen regalo.

—Tal vez. Pero creo que ya es momento de que veas esto.

Llegamos a un claro. El frío viento azotaba las hierbas descuidadas sin compasión. A lo lejos pude vislumbrar una especie de cabaña hecha con piedras y mármol. A medida que nos acercábamos pude ver lo que en realidad era. Un mausoleo.

Era pequeño, mucho más pequeño que un mausoleo común y corriente. Con suerte, habría espacio para dos ataúdes. Sus paredes exteriores estaban grises y erosionadas, mientras que una tupida enredadera luchaba contra la edificación para ganar terreno.

Bajamos de los caballos, Víctor tenía una llave en la mano. Al mismo tiempo que la puerta se habría, mis piernas empezaron a temblar. En su interior, flores marchitas y una pequeña placa metálica con un único epitafio, "Jasmine".

El nombre de mi madre.

—Hace tiempo que quiero que vengas a visitarla, pero nunca supe cuándo sería el momento indicado.

Avancé hasta estar a unos pasos de la tumba.

—Cada vez que vengo le hablo sobre ti. De lo hermosa y fuerte que has puesto. Ella estaría muy orgullosa de ti, Sam.

Sin aguantar más, tiré sobre el lugar donde reposaba eternamente mi madre. El cuerpo me temblaba, las lágrimas salían a cántaros de mis ojos. Sentía mucho frío, también me sentía muy débil. Sentía que iba explotar entre tanto llanto y mocos.

—Hola, mamá, ¿Puedes oírme?

—Esperaré afuera. Toma—me dio un ramo con rosas tan blancas como la nieve—Dáselas.

Así hice, cambié las flores y el lugar parecía, irónicamente, tener un poco más de vida. Repasé el nombre grabado con la yema de mis dedos y volví nuevamente a mi charla de madre e hija.

—Lo siento, lo siento mamá. Nunca te he hablado, nunca supe cómo. Lo siento—hice una pausa para secarme las lágrimas y aclararme la garganta—Si estuvieras aquí, si tan sólo estuvieras aquí... Oh mamá, me

haces mucha falta.

Una vez que termine de hablar con ella me sequé nuevamente las lágrimas y salí del pequeño edificio. Mi tío estaba unos metros más lejos, mirando como pastaban los animales. Me acerqué a él.

— ¿Cómo era ella?

— Alegre, divertida, una de las mejores personas que he conocido. Ella te amaba mucho, Sam. Ella te ama mucho.

—Y yo a ella.

## Capítulo 13

### Capítulo XII

Decidí disfrutar mis posibles últimos días en Inglaterra con mis nuevos amigos. Aunque Nicolai fue dado de alta el domingo por la tarde, aún no le permitían asistir a clases, pero eso no nos impidió para que nos juntarnos con él luego de la escuela el martes por la tarde.

—Esos malditos secuestradores no sabían con quién se habían metido. Apenas se distrajeron, me deshice de las ataduras y los noqueé antes de que pudieran decir "Nicolai el temible".

—Levanten las manos los que creen que lo dejaron ir por molesto—dijo Theo.

Por más que estaba demasiado ocupada revolviendo el café para que el azúcar se disolviera y al fin se endulzara dicha bebida, levanté la mano. Al igual que Agatha, Michael y el propio Theo.

Con Nicolai nos intercambiamos una mirada cómplice. Por suerte mi relación con él había mejorado, ya no me consideraba un monstruo ahora que entendía quién era yo realmente y quienes los tipos que lo secuestraron.

La cafetería estaba casi repleta. Al parecer, no fuimos las únicas personas que decidieron refugiarse del frío otoño con bebidas calientes y muffins de chocolate. Nos encontrábamos en una de las mesas de la terraza, el viento soplaba levemente en aquella tarde de martes y jugaba con hojarasca ocre de los casi calvos árboles.

Los días anteriores me la pasé analizando los pro y contra de la alianza que habíamos planteado con Alain. La única contra que había encontrado era la posibilidad de que la enemistad entre ambas estirpes—Ignis y Fulgur— causara conflictos internos. Todo lo demás eran ventajas, el poderoso ejército que se formaría, el intercambio de tácticas de ataque y defensa, la oportunidad de vencer y de no estar solos en esta guerra, entre otras.

Otra cosa que tendría que ver es la forma de hacer entrar en razón a mi tío. Si bien no estaba tan negado como antes, aún me costaba que me creyera.

— ¿Qué demonios es eso?

—Parece un águila.

— ¿Cómo va a haber un águila en medio de la ciudad?

La discusión entre Nicolai y Agatha me desconcentró. Miré al animal en cuestión, en efecto, era un Águila Real, y no lo decía por la especie de ave, lo decía porque era el tipo de águila que usaban en la realeza Fulgur.

El pájaro en cuestión debía medir, aproximadamente, 50 cm de largo y un metro y medio de envergadura. Los tonos de su plumaje variaban entre marrón oscuro, rojo y dorado, mientras que tanto su pico como sus garras eran completamente negros. Tenía una carta atada a la pata derecha y deduje que era para mí.

—Tengo que ir al baño, discúlpeme.

Me levanté rápidamente, procurando no tirar ninguno de los platos o tazas sobre la mesa. Salí del edificio y apenas me vio el águila, emitió un graznido que debió de haber aturcido a la mitad de la población. Con el rabillo del ojo vi que había empezado a seguirme, por lo que me fui a un callejón cercano, para que ningún humano dudara de mi cordura al verme hablar con un pollo.

Aterrizó sobre un contenedor de basura y con su cabeza, del tamaño de mi puño, empezó a señalar la carta. Era un sobre dorado, sellado con pasta roja y un hilo del mismo tono que la mantenía sujeta a su pata. La desaté.

—No tengo nada para darte, vete—el águila había empezado a hacer un extraño sonido, esperando algo a cambio.

Ante mi negativa, gracias al Olimpo, solamente se fue volando. Aún recuerdo cuando tenía 135 años y un águila me atacó. Mi cara se parecía a un queso rallado luego de eso.

Rompí el pequeño sello, el cual tenía forma de un águila y empecé a leer la carta.

"Samay

Sé que es un poco imprevisto, me disculpo por ello, pero en verdad tienes que ver esto. Encontrémonos en la biblioteca otra vez.

Alain"

Esperaba que no haya secuestrado a nadie más.

Guardé la carta y me dirigí a la cafetería.

— ¿Ya te vas?—me cuestionó Agatha al ver que sacaba unas cuantas libras para pagar lo mío, mientras me ponía la mochila al hombro.

—Sí, mi... Mi madre me llamó. Quiere que vuelva a casa. Al parecer es algo urgente.

—Oh, buena suerte entonces.

—Gracias.

Realmente la iba a necesitar.

Menos de quince minutos después, estaba frente a la biblioteca. Me senté un uno de los bancos de la entrada a esperar que Alain se dignara a aparecer. Ensimismada en mis pensamientos, no me di cuenta del hombre que se sentó a mi lado hasta que me habló.

—Usted es Samay ¿verdad?

Debía tener casi 40 años y sin lugar a duda su ascendencia provenía de la India. Su tez oscura contrastaba con su acendrada sonrisa, mientras que sus ojos dorados se achinaban por la misma. Iba vestido con una larga camisa blanca con detalles color oro y unos pantalones bordo los cuales estaban un poco descuidados.

Lo miré un poco sorprendida, no era normal que un desconocido se sentara al lado tuyo y te llamara por tu nombre. Ahí fue cuando me percaté de su energía, extrañamente cálida y familiar, pero también eléctrica. Era un Fulgur. Estuve tentada de sacar mi espada, acción de la cual se percató el hombre.

—Tranquila, no voy a hacerle daño. El príncipe Alain me mandó a buscarla, está un poco ocupado ahora.

Esperó de mí una respuesta, la cual nunca llegó.

—Perdone mis modales, no me he presentado—me tendió una mano la cual acepté un poco resignada—Mi nombre es Keshav, hijo de Khan, y soy parte de la guardia Real de los Fulgur.

—Samay, hija de Ícaro, pero obviamente ya lo sabías.

Me dio un escalofríos nombrar a mi padre, prefería mil veces decir de quién era sobrina o simplemente evitar nombrarlo. No sé por qué lo hice

esta vez.

Keshav volvió a sonreír, su actitud me recordaba a la de Agatha.

—Bueno, si ya terminamos con las presentaciones, creo que es mejor que nos vayamos. Su majestad Alain la está esperando.

— ¿Qué es exactamente lo que ocurre?

— ¿No le ha contado nada?

—Nada de nada.

—Oh, bueno, tal vez es preferible que él sea quien se lo cuente. Mientras tanto le diré que el lugar en cuestión no queda muy lejos de aquí.

—Llévame con él entonces.

Keshav tenía una noción de distancia muy diferente a la mía. Lo que para él era "no queda muy lejos de aquí", para mí era unos cuantos kilómetros, cerca de los límites de la ciudad. Por lo menos estaba cerca de mi casa y podía huir rápido si la ocasión lo requería.

Llegamos a una casa de paredes blancas y un montón de ventanas. Alain nos estaba esperando en la entrada.

—Llegan tarde.

—Perdone usted, prínceso, pero no estábamos justamente a dos cuadras de distancia.

Alain estuvo a punto de cortarme el cuello.

— ¿Traes tu espada?

—Siempre la traigo—dije mientras tocaba la empuñadura.

—No dijiste lo mismo la vez que te conocí.

Ahora era yo la que casi le rebana el cuello, mientras él me miraba divertido.

Se apartó de la puerta para darnos paso. La sala era espaciosa, había un lago sillón negro a un costado de la pared, justo abajo de unos cuadros que representaban un paisaje marino. Del otro lado del lugar, había una especie de mini bar, con taburetes y montones de botellas de vidrio. En

piso había una alfombra persa y, cómo no, un cadáver sobre ella.

— ¿Tengo cara de médica forense o algo por el estilo?

—Te diría de qué tienes cara, pero no creo que te agrade.

—Iré a revisar las habitaciones de arriba, con su permiso, señor—Keshav huyó.

—No, en serio. ¿Eres psicópata o algo? Primero me invitas a torturan a un rehén y ahora a examinar un cadáver, ¿qué será lo siguiente? ¿Matar a alguien?

—Es posible que todo esto termine en una guerra, así que lo veo bastante factible.

Y ahí fue cuando la realidad me golpeó tan fuerte que casi me quedo sin voz.

Si bien había sido criada para eso, era estúpido no temerle a la proximidad de una guerra, aunque no sabía si a lo que le temía era a la muerte o lo que iba a pasar después. Con los Aquas ahora entre nosotros, nada iba a ser como antes.

— ¿Qué quieres que haga?—dije rindiéndome. Mientras más pronto termináramos, más tiempo para descansar iba a tener.

—Según lo que aprendí de todas esas series policiales, lo primero que hay que establecer es la causa de muerte.

Vi a la pobre mujer, tenía una gran herida en el vientre y parte de sus tripas caían sobre la alfombra, sobre un gran círculo de sangre.

—Sin lugar a duda se murió de un ataque al corazón ¿Acaso no lo ves?

— ¿Siempre eres así? —me preguntó mientras me dirigía al mini bar y agarraba un jugo en cajita de naranja.

— ¿Así cómo?

—Así de idiota... E insensible.

—Lo de idiota te lo acepto —, le di un gran sorbo al juguito— pero que tú me digas insensible a mí es lo más irónico que he escuchado en mis 231 años de existencia.

Lo oí suspirar con pesadez antes de que empezara a analizar el cuerpo.

Sacó una libreta y empezó a anotar cosas en ella.

— ¿Para qué me llamaste?

Alain alzó la vista.

— ¿A qué te refieres?

—No entiendo nada de lo que estamos, o mejor dicho, estás haciendo. Me siento inútil.

—Necesito a alguien que me crea, y tú eres la única que lo hace.

— ¿Acaso no eres el príncipe?

—Eso no tiene nada que ver, mi título no me da veracidad. Mi padre está loco, ni siquiera sé dónde está mi hermana y la gente que se supone que está a mi disposición apenas me conoce.

— ¿Qué hay de Keshav?

—Tampoco. Fue muy amable en acompañarnos, pero ya me dejó en claro que cree imposible que los Aquas hayan vuelto.

— ¿Así que somos los únicos?

—Por ahora, sí.

— ¿Por qué estás aquí, entre los humanos?—cambié de tema, era una pregunta que me hacía desde que lo conocí—No creo que sea como parte de una misión.

—No...—Sonrió ligeramente—Es algo personal.

Intuí que no iba a contarme nada más. Tampoco insistí, aunque me moría de ganas por hacerlo

Escuché unos ruidos provenientes de arriba, Keshav debía de estar moviendo unas cosas. Mientras Alain seguía anotando cosas en su libreta, empecé a inspeccionar la sala de estar. Había varias fotografías de la mujer, una Fulgur según deduje gracias a una de las imágenes.

Más ruidos provenientes de arriba interrumpieron mi recorrido, haciendo que me preocupara. Cada vez se escuchaban más fuertes.

— ¿Qué mierda está haciendo Keshav allá?

El mismo bajó corriendo las escaleras.

—Siento interrumpirles, mi señor, pero tenemos visitas.

Vi como un pie pateaba al hombre, haciendo que rodara por las escaleras. Rápidamente se dio vuelta, y realizando un hechizo, una lanza de hierro apareció en sus manos, la cual terminó clavada en la garganta del Aqua que lo empujó.

Alain y yo desenvainamos nuestras espadas mientras cinco Aquas bajaban las escaleras, esquivando el cuerpo de su compañero. Keshav se levantó y vino con nosotros. Los tres nos pusimos en posición de defensa.

— ¿Ahora me crees, Keshav?

—Sí, señor.

Hace muchos siglos, las tres estirpes habían firmado un convenio el cual prohibía usar nuestros poderes en contra de alguien cuando se libraba una batalla. Esto impedía que un Ignis, Aqua o Fulgur se dedicara calcar/ahogar/freír a sus oponentes. Gracias a mi primer encuentro con los Aqua,, deduje que ya no se valían según esa ley, pero esta vez lo confirmé cuando con unos de sus tentáculos de agua volvieron a levantarme y a colgarme boca abajo...

¿Acaso no tenían otro tipo de ataque?

Se me ocurrió una idea, encendí una llama y con su calor empecé a evaporar el agua que me mantenía suspendida. El tentáculo se deshizo y caí fuertemente sobre el piso.

— ¿Está usted bien? —Keshav me tendió una mano y me ayudó a levantarme.

—Sólo siento dolor.

Me incorporé rápidamente y ambos fuimos a ayudar a Alain, el cual se estaba enfrentando solo a cuatro de ellos.

—No tan rápido—una mujer nos impidió el paso. En su cara se veía que tenía ganas de hacernos mucho daño.

Keshav alzó la mano y antes de que ella pudiera reaccionar, él la electrocutó.

—Si ellos usan sus poderes contra nosotros, yo también usaré los míos

contra ellos... No le diga a mi superior que incumplí una ley.

Vi cómo el ennegrecido cuerpo de la mujer largaba humo.

—Tranquilo, no lo haré.

Una vez que nos acercamos a Alain pude ver lo agotado que estaba. Estaba empapado de sudor y tenía varios moretones producto de los golpes que había recibido, pero lo estaba haciendo de manera excelente.

—Aquí vino la ayuda—dije mientras paraba la espada de un hombre la cual iba en dirección a las costillas de mi compañero de pelea.

—Gracias.

Alain y yo nos enfrentábamos con un Aqua cada uno, mientras que Keshav lo hacía con los dos restantes. El tipo que me tocó a mí medía más de dos metros, tenía hombros demasiado anchos como para considerarlos proporcionados, y era extremadamente fuerte, por lo cual me resultaba difícil resistir sus ataques. Poco a poco fue ganando espacio en nuestra lucha, había conseguido que nos apartáramos de los demás. Estaba sola con aquella bestia. De una estocada, hizo que mi spatha fuera a parar a la otra punta del salón, transformó la suya en una lanza y la clavó en mi pie derecho, atravesándolo por completo.

— ¿Unas últimas palabras?

El dolor me había hecho inclinarme sobre mi misma, mis ojos se empañaban por las lágrimas y lo poco que veía era sangre. Mi sangre. Alcé la vista, el Aqua había vuelto a transformar su arma en una espada y la había puesto a la par de mi cuello.

Cerré los ojos, esperando lo peor, pero en vez de sentir el filo de la hoja, y ver la luz al final del túnel, sentí una mano en mi hombro.

— ¿Estás bien? —me preguntó Alain.

Abrí los ojos. El cuerpo del tipo con el que estaba peleando se encontraba a unos cuantos centímetros de distancia, y ya no tenía cabeza.

Negué con la cabeza. Intenté ponerme de pie, pero el dolor era tan grande que volví a desmoronarme. Más lágrimas fluían de mis mejillas.

—Tranquila, ya terminó todo. Acabamos con ellos.

Me ayudó a levantarme, cruzó uno de mis brazos por sus hombros y me ayudó a caminar, manteniendo mi pie herido levantado. Nos dirigimos

hacia donde estaba Keshav.

—Yo me ocupo de todos los cuerpos señor, usted no se preocupe.

Como si fuera una muy mala broma, cuando Keshav terminó de hablar los cuerpos se evaporaron, dejando solo unos cuantos charcos de agua por todo el lugar. Teníamos finalmente una prueba tangible de que los Aquas habías logrado escapar y se desvaneció, literalmente, frente a nuestras narices. Los tres nos quedamos boquiabiertos, Alain dejó escapar un fuerte bufido.

—Bien, creo que solo me queda ocuparme de nuestra pobre compañera—Miró de soslayo al cuerpo de la Fulgur.

— ¿Estás seguro? El hechizo de recién... Tal vez haya otro Aqua cerca.

—Sí, señor. Usted encárguese de la señorita Samay, ella necesita su ayuda más que yo.

—Mi casa no está tan lejos—dije tratando de aguantar el dolor—Tengo medicamentos.

—Vayamos allí entonces. Keshav, ve cuando termines.

—Sí, su majestad.

— ¿Lista para saltar sobre el pie que te queda?

Nota mental: patearlo con mi pierna sana en cuanto tenga oportunidad.